

EUROPA Y EL MUNDO ATLÁNTICO

Serie: INSTITUTO UNIVERSITARIO DE HISTORIA SIMANCAS
COLECCIÓN DE BOLSILLO, n.º 30

Europa y el mundo atlántico / Porras Gil, María Concepción (1961-), ed. lit. Lafuente del Cano, Jorge, ed. lit. Martínez Martínez, María del Carmen (1962-), coaut. Instituto de Historia Simancas. Universidad de Valladolid, 2024

185 p. ; 20 cm. Colección de bolsillo (Instituto de Historia Simancas) : 30

ISBN 978-84-1320-326-3

1. Europa -- Relaciones -- América Latina. 2. América -- Relaciones exteriores -- Europa I. Universidad de Valladolid, ed. II. Serie

327(4+7/8)

MARÍA CONCEPCIÓN PORRAS GIL
JORGE LAFUENTE DEL CANO
(Editores)

María del Carmen Martínez
Pedro García Martín
José María Portillo
Jordi Canal i Morell
Santiago Aurell

EUROPA Y EL MUNDO ATLÁNTICO



EDICIONES
Universidad
de
Valladolid



Instituto Universitario de
Historia Simancas
Universidad de Valladolid

En conformidad con la política editorial de Ediciones Universidad de Valladolid (<http://www.publicaciones.uva.es/>), este libro ha superado una evaluación por pares de doble ciego realizada por revisores externos a la Universidad de Valladolid.

© LOS AUTORES. Valladolid, 2024

© EDICIONES UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Preimpresión: Ediciones Universidad de Valladolid

ISBN 978-84-1320-326-3

Diseño de cubierta: Ediciones Universidad de Valladolid

Motivo de cubierta: Planisferio de Domingo Teixeira 1573.

Dep. Legal: VA 662-2024

Imprime: Podiprint

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

María Concepción Porras Gil. Directora del Instituto Universitario de Historia Simancas (Universidad de Valladolid) 9

VIAJEROS Y EMIGRANTES: LOS INICIOS DE UNA RELACIÓN TRANSATLÁNTICA

María del Carmen Martínez (Universidad de Valladolid) 17

LA EDAD DE ORO DE LOS MAPAS: DE LA CASA DE LA CONTRATACIÓN DE SEVILLA A LOS IMPRESORES DE FLANDES

Pedro García Martín (Universidad Autónoma de Madrid) 47

RAZÓN MONÁRQUICA, RAZÓN NACIONAL, RAZÓN COMERCIAL. LOS INICIOS DE LA DESIMPERIALIZACIÓN EN LA MONARQUÍA HISPANA

José María Portillo (Universidad del País Vasco) 89

FIN DE SIGLO, UN MOMENTO EUROAMERICANO

Jordi Canal i Morell (École des Hautes Études en Sciences Sociales de París) 121

LA AUTOESTIMA DE OCCIDENTE

Santiago Aurell (Universidad de Navarra) 169

PRESENTACIÓN

Europa y el mundo atlántico es un título atractivo. Tanto que bajo este epígrafe se ordenan las asignaturas del Máster de Historia de la Universidad de Valladolid, dirigido desde el Instituto Universitario de Historia Simancas, así como su programa de Doctorado. Europa y el mundo atlántico está lleno de sugerencias y posibilidades que se abren a múltiples transcurso merecedores de ser investigados. Un universo que teje un sinfín de relaciones culturales sin las que no podemos explicar el mundo moderno.

Es un hecho que la llegada de Cristóbal Colón a las islas del Caribe: El Salvador, Santo Domingo, Cuba, supuso un hito sin precedentes, máxime al constatar que aquello formaba parte de una realidad diferente, ajena a lo que en inicio se pensó como las indias. Aquel Paraíso, pues así fueron inicialmente descritas dichas tierras, pasó a formar parte de la Corona de Castilla y con ello, del orbe cristiano. Como toda conquista y como toda sociedad, la epopeya americana cuenta con luces y sombras, aunque realizado un balance ponderado, incluso desde nuestro punto de vista actual, son más las luces que las penumbras.

Sin embargo, no vamos a entrar en cuestiones éticas sobre la conquista, no es tal el objeto de este libro, sino el de comprender los cambios producidos en Europa tanto a nivel económico, religioso moral, médico, o simplemente de costumbres, como resultado de dicho encuentro. Así, lo que en inicio provocó curiosidad y expectación, como toda novedad exótica, pronto se transformó en un proceso de trasvase cultural de profundo calado e insospechadas consecuencias.

A Europa llegaron animales desconocidos, aves de plumajes extravagantes, extrañas plantas y productos como el cacao o el tabaco que pronto fueron aceptados, poniéndose de moda su consumo y haciendo de ellos una fuente de riqueza. Se crearon jardines y gabinetes que mostraban las maravillas contenidas en aquella otra realidad y se describieron y pintaron para mostrarlas al mundo. El *Sumario de la natural y general historia de las indias*, obra de Gonzalo Fernández de Oviedo, seguida en 1535 por la *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*, divulgaron flora y fauna en imágenes; frutos como la piña o animales como el armadillo, para el saber de Occidente. A ello vino a sumarse la literatura científica, donde a la descripción narrativa o pictórica se añadió el estudio del uso terapéutico de dichas plantas y glándulas animales. Un texto pionero fue el de Nicolás Monardes: *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras indias*. Un libro de notable interés publicado en 1565, pero que en pocos años, contó con traducciones al inglés, italiano, francés y latín dada su novedad al fusionar la medicina europea con las prácticas terapéuticas de los amerindios.

No es baladí que en 1536 se contara ya en Nueva España con instituciones académicas para el estudio de la medicina como el colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, institución que en pocos años había formado una generación de médicos que habían cruzado los saberes botánicos, farmacéuticos y médicos hispanos, con las prácticas propias de los indígenas con excelentes resultados. Una simbiosis científica accesible para todos al recogerse en textos bilingües castellano-náhuatl. Una herramienta intercultural que habían probado con éxito los misioneros franciscanos para acercar el catecismo y que tuvo en Fray Bernardino de Sahagún uno de sus mejores exponentes. Profesor en Tlatelolco, Fray Bernardino es el autor de la obra más ambiciosa del siglo XVI, su *Historia general de las cosas de Nueva España* en la que, en dieciséis volúmenes, compiló la descripción de más de tres mil plantas, animales y minerales mesoamericanos, hasta entonces desconocidos en Europa. Su

propósito, como consta en su lauda sepulcral, escrito de su propia pluma, no fue sino el «aumento de las letras».

Conquistar, más allá de ampliar territorios suponía civilizar, y ello estaba unido a poblar. «La máxima de conquistar ha de ser poblar» afirmaba López de Gómara en su *Historia de las Indias y la conquista de México* (1553) tal y como nos advierte la profesora María del Carmen Martínez en el ensayo que inaugura el contenido de este libro. La profesora Martínez, catedrática de Historia de América de la Universidad de Valladolid, nos acerca de forma magistral y sin embargo amena, a una realidad en construcción que, observada desde la península Ibérica y desde la Cristiandad en su conjunto, suponía una oportunidad de mejora. Su investigación: *Viajeros y emigrantes: los inicios de una relación transatlántica* nos indica cómo la recepción del suceso vivido por Colón, en sus cuatro expediciones, generó una percepción en las gentes que sirvió como acicate para atravesar el otrora «proceloso mar», como queda probado en la expedición organizada por Pedrarias de Ávila, de la que Herrera afirma: «si a diez mil se quisiera dar pasaje, todos fueran de buena gana».

Sin embargo, no se podía dejar el tránsito al augur y ya a inicios del s. XVI se redactaron normas y capitulaciones, dadas a particulares, para ir a poblar llevando en sus tripulaciones a hombres preferentemente casados, con animales y semillas, asegurando a estos ventajas fiscales para asentarse y hacer vida en las nuevas tierras de la Corona castellana. Hubo además obligación de registros, a fin de conocer la identidad de los desplazados, una tarea administrativa que se llevaba a través de la Casa de Contratación de Sevilla y que excluía del pasaje a moriscos y judíos recién convertidos, así como extranjeros, a fin de evitar posibles contaminaciones en la misión de cristianizar. Normas restrictivas burladas en más de una ocasión a la sombra de la corrupción o el fraude.

No todos eran colonos, eran idas y venidas con desplazamiento de frailes, soldados y cargos de gobierno con estancias a

término, a lo que se añadían los tránsitos inversos de América a Europa realizados por indígenas y criollos, que se instalaban y hacían carrera en el viejo continente, pues todos: hispanos, criollos e indios, eran en paridad súbditos de la Corona de Castilla con igualdad de derechos, como así quedó ratificado desde 1512 con la promulgación de las leyes de Burgos reconociendo el derecho indiano.

Las nuevas tierras exigieron su conocimiento, de tal forma que, en la conquista al poblador hubo de sumarse el humanista que bien a través de relatos y descripciones, como a través del dibujo y los mapas iba dando forma visual a lo recién descubierto. Dichos mapas que en primer término ayudan a fijarnos en el espacio, a guiarnos para no perder el rumbo en las navegaciones, fueron a la par producciones de gran belleza. Nos lo cuenta Pedro García Martín en el segundo capítulo titulado: *La Edad de Oro de los mapas: de la Casa de la Contratación de Sevilla a los impresores de Flandes*. Catedrático de Historia Moderna en la Universidad Autónoma de Madrid, el profesor García Martín, con una sensibilidad estética fuera de lo habitual, da inicio a su escritura señalando: «hubo un tiempo en que los libros de viajes los escribían los poetas, las historias fantásticas los cuentacuentos y los mapas los pintaban los pintores». Un preludeo que nos desvela, cómo los mapas por encima de su función eran Arte.

Nos queda claro al seguir de mano de su pluma los maravillosos mapas tardomedievales en los que la geografía se volvía relato de seres fantásticos, de sagrados o míticos personajes que, como los reyes magos, recorrían las lejanas tierras de oriente, o los monstruos y quimeras que decoraban los ignotos mares recorridos por las líneas que salían de su rosa de los vientos. Unos mapas que van buscando progresivamente un realismo que permitiera seguridad en las navegaciones; portulanos genoveses y venecianos que dibujaban el perímetro de las costas con un sin-fín de nombres que situaban cabos y puertos.

Todo cambió con el paso del Atlántico y así los mapas comenzaron a trazarse unidos a la ciencia y fueron materia reservada para proteger la conquista. Eran mapas de derrota, de navegación y mapas del territorio sacados por navegantes y cosmógrafos, por tanto, secretos de estado, susceptibles de caer en manos enemigas. Sucedió en 1501 cuando los otomanos se apropiaron del preciado botín que guardaba una nave rendida. Un material capturado por el almirante corsario Kemal Reis y que éste regaló a su sobrino el cosmógrafo Piri Reis. Con ello, el mundo supo la entidad de lo sucedido, y se fascinó por la ampliación experimentada por el planeta.

Percibir el mundo a través de lo visual constituyó un deseo, una inquietud científica y ello llevó a dos caminos simultáneos. De un lado el secreto, que lleva a la monarquía hispana a decretar en 1510 que los nuevos mapas se guardaran en un arca con tres llaves, cada una de ellas fiada a un funcionario real distinto, a fin de preservar la preciada información contenida de robos o venta de información. De otro, la producción de mapas atlas y mapamundis con un objetivo claro, el de construir la imagen visual del mundo y a la vez emocionar.

En todo ello la presencia de la imprenta fue determinante, al diseminar dichas imágenes por todo el orbe. El principal hacedor de estos recorridos demandados por la nobleza, el clero y la burguesía, fue Plantín a quien Felipe II concedió el monopolio de este tipo de obras. Unas producciones crecientes en número que recogían la realidad y generaban una imagen construida que, en ocasiones, no coincidía con lo real, pero que fue la que construyó el imaginario que durante siglos tuvo Europa de su *alter ego* atlántico.

La tercera investigación, corre a cargo del profesor José María Portillo, Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco. Bajo el título *Razón monárquica, razón nacional, razón comercial. Los inicios de la desimperialización en la monarquía hispana* Txema Portillo, aborda la primera mitad del siglo XIX en el que se produce un proceso

complejo que irá derivando en la configuración de un nuevo espacio internacional.

Un transcurso que en lo que respecta a Venezuela, Virreinato de Nueva Granada y Virreinato de la Plata se resolvió con paso acelerado (1820-1836) y que como afirmó en 1822 el diputado Guatemalteco Mateo Ibarra «Ya es física y moralmente imposible que la España americana deje de hacerse independiente de la España europea». Sin embargo, asumir la realidad no dejaba de ser un acto doloroso, como lo demuestra el anecdótico viaje del acta de independencia mexicana que se transportó oculta en el marco de un cuadro. De esta forma, llegados cuadro y acta a la Península, el rey, entonces Fernando VII, lo colgara en su gabinete sin comunicar a nadie su existencia hasta que llegara la coyuntura positiva para hablar de tales empresas.

Aquellos dos continentes que, durante más de tres siglos, habían estado mirándose, sustanciándose entre sí de pronto se habían dado la espalda. Un distanciamiento que se acentuó en el fin de siglo. Y es que como señala Jordi Canal, prof. de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales de Paris* y autor del siguiente texto: fin de siglo es un «cronónimo» que define un contexto de decadencia, crisis y degeneración. Así, su aportación: *Fin de siglo un momento euroamericano*, reflexiona sobre la crisis de identidad advertida al término del siglo XIX. Los finales de siglo se asemejan, pero en este caso, lo referencian con claridad un notable grupo de filósofos, escritores y periodistas a través de sus obras.

Joris-Karl Huysmans y su novela *Là-bas*, sirve de ejemplo al autor para ahondar en ese momento en el que más allá de la detección de una serie de problemas, que ponen a la sociedad en crisis, hemos de hablar de un desapego general al orden dado, incluso de un odio a la historia propia y a la tradición. Puede que, por todo ello, la relación entre ambas orillas del atlántico se haya teñido de alteridad mirando al otro lado como una realidad diversa, cuando ambas han compartido la matriz de Occidente, si bien personalizándola con algunas peculiaridades construidas

a posteriori. No en vano, tal y como recogen los trabajos de Serge Gruzinski, al final de la época colonial, la población de Hispanoamérica, incluida la población indígena, formaban parte inequívocamente de la civilización occidental. Algo que se contrarió con la crisis de las independencias al producirse una ruptura identitaria, que hacía contradictorio ser europeo y ser americano. Una pulsión que escarba en los disensos culturales, y que ya es momento que dé paso a otra, que explore las afinidades. Como nuestra vida queda marcada por las fases de diástole y sístole que ritman el corazón, la Historia igualmente camina a través de valles y simas, pero tal y como Mario Vargas Llosa señala se puede- y yo añadiría: se debe- ser otro sin dejar de formar parte de Occidente.

Entre 1918 y 1922, Oswald Spengler en su obra *La decadencia de Occidente* afirmaba como las unidades significativas de la Historia no eran las épocas, sino las entidades culturales, entre ellas Occidente, que evolucionan como verdaderos organismos. Es de ese Occidente, tal vez envejecido y gastado, pero aún hermoso, sobre lo que nos invita a reflexionar Santiago Aurell, catedrático de la Universidad de Navarra con su profundísima reflexión: *La autoestima de Occidente*. Una autoestima que ha ido sufriendo desde hace ya mucho tiempo una flagelación constante, lo que ha conseguido que sus sociedades hayan cedido a una progresiva desmoralización.

Un desarrollo que ha convertido a Occidente en un complejo cultural válido para el pasado, pero insuficiente para el futuro. Una situación que entraría en ese «cronónimo» *fin de siglo* del que se hablaba en el trabajo anterior. Occidente fascina en el pasado, es algo sublime, pero que causa desafección en el presente. Occidente precisa que lo recuperemos y ello significa en palabras de Gustav Mahler que, *...no se trata de adorar las cenizas, sino de avivar el fuego*, justo lo contrario de lo que estamos haciendo.

Recuperar Occidente es preciso y ello pasa –como señala Aurell– por recuperar, a la luz de la historia, nuestra autoestima,

tomando conciencia del error cometido al haber procedido desmitificando a nuestros héroes, o igualando las obras artísticas con producciones de otras civilizaciones bastante menos creativas.

No es comprensible que Occidente, que se ha extendido impregnando Iberoamérica, USA, Japón, o Australia se haya autocancelado, se sienta culpable de todo el mal que acontece en el planeta. Una culpa que se va acentuando y que le lleva a desmarcarse de sus tradiciones. Y es que, desvincularse de la tradición es romper con la historia, dinamitar las raíces que sujetan la cultura, en definitiva, anular el alma de dichas sociedades.

María Concepción Porras Gil

Directora del Instituto Universitario de Historia Simancas

**VIAJEROS Y EMIGRANTES:
LOS INICIOS DE UNA RELACIÓN TRANSATLÁNTICA**

María del Carmen Martínez.
Catedrática de Historia de América.
Universidad de Valladolid

**VIAJEROS Y EMIGRANTES: LOS INICIOS DE UNA RELACIÓN
TRANSATLÁNTICA***

El regreso de Colón de su primera travesía atlántica supuso el inicio de un proceso sin retorno, el de las relaciones entre el Viejo y el Nuevo Mundo. El extenso océano, que separaba el mundo hasta entonces conocido del apenas esbozado en la travesía de 1492, pronto fue surcado por un creciente número de embarcaciones. A las expediciones descubridoras o de exploración, que protagonizaron los primeros años, se sumaron otras cuya finalidad era esencialmente pobladora. A la par que los castellanos ampliaban el horizonte, se fundaron villas y ciudades, se establecieron puertos y se mejoró la navegación. En los viajes se vieron implicados cada vez un mayor número de personas que, al amparo de un capitán promotor o individualmente, se aventuraron a emprender la travesía, no exenta de dificultades

* Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación LE028P20, financiado por la Junta de Castilla y León y cofinanciado con fondos FEDER.

y peligros. Pronto se puso de manifiesto que, como afirmó el cronista Francisco López de Gómara en la primera parte de la *Historia de las Indias y conquista de México*, publicada en Zaragoza en 1552: «la máxima del conquistar ha de ser poblar» (López de Gómara, 1979: 67).

1- EL INTERÉS POR LOS DESPLAZAMIENTOS MIGRATORIOS

El interés por los movimientos migratorios en la Edad Moderna se ha mantenido entre los investigadores, con diferente intensidad desde el siglo pasado. Para comprobarlo, basta un repaso a las principales contribuciones, aunque la relación sea más extensa que el sumario panorama que es posible comentar en este trabajo. Desde la década de los años 40 del siglo XX, filólogos, historiadores y archiveros, se acercaron a los protagonistas de los viajes de Europa a América desde ópticas diferentes. Peter Boyd-Bowman (1964; 1968) se preocupó por conocer el origen de los pobladores de Indias en sus estudios sobre el origen del español de América, lo que lo llevó a fijarse en su procedencia regional y elaborar un catálogo de más de 56.000 pobladores (Boyd-Bowman, 1985). Por otro lado, desde el Archivo General de Indias se preparó el material para la edición del conocido *Catálogo de pasajeros a Indias*, cuyos primeros volúmenes vieron la luz en la década de los años cuarenta y cuya edición se retomó a partir de 1980. Pero, sin duda, fueron los años 90 los más fecundos en la aparición de estudios sobre los movimientos migratorios desde España a las Indias. A los trabajos precursores de Magnus Mörner (1975; 1991) les siguieron, al calor de la conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, otros en que primó el análisis cuantitativo y la perspectiva regional, la mayoría centrados en la época de los Austrias. Así, se analizó el aporte de Galicia (Eiras Roel, 1991; Eiras Roel y Rey Castelao, 1992), Murcia (Andreo García y Provencio Garrigós, 1991), Andalucía (Díaz Trechuelo et al., 1992), Extremadura (Altman, 1992; Sánchez

Rubio, 1993; Lemus López, 1993), Castilla y León (Martínez Martínez, 1993; Pereda López, 1999), Navarra (Aramburu Zu-daire, 1999) y Canarias (Macías Hernández, 1992). Otros tuvieron un enfoque general, como el volumen coordinado por Pedro Vives (1992) o la síntesis de Carlos Martínez Shaw (1994) con los estudios más relevantes de los años 90. Pese al tiempo transcurrido, el interés no ha decaído en el presente siglo, con nuevas contribuciones, sobre todo para el siglo XVIII y la emigración canaria (Hernández González, 2005; Rodríguez Mendoza, 2004).

La ampliación de las fuentes consideradas en el análisis de los desplazamientos migratorios ha permitido lecturas más cualitativas que cuantitativas y conocer mejor a algunos grupos involucrados en los viajes, entre ellos los naturales de las Indias (Mira Caballos, 2000 y 2023; Rojas, 2009; Taladoire, 2014; Deusen, 2015, Dodds Pennock, 2022) así como las mujeres (Almorza, 2018). Tampoco han faltado lecturas del proceso como «primera mundialización» (Hugon, 2019: 347-348) o análisis del estado de la cuestión (García Hidalgo, 2019).

En las siguientes páginas nos detendremos en los inicios de los desplazamientos transatlánticos, concretamente, en el primer cuarto del siglo XVI, etapa en la que se produjo el salto del espacio antillano al continental y, de manera particular, en el afán poblador de la Corona.

2- LAS INDIAS, UNA OPORTUNIDAD PARA TODOS

En Santa Fe de Granada, en las capitulaciones que en nombre de la Corona firmó el secretario real Joan de Coloma con Cristóbal Colón, quedó establecido el marco de actuación en los primeros años de relación entre Castilla y las Indias Occidentales, nombre con el que se identificaron las tierras a las que llegó el Almirante. Las dificultades para reunir la tripulación en el primer viaje de Colón contrastan con la euforia desatada tras su regreso, al difundirse la noticia de que habían hallado tierra al

fondo del océano. Aunque en el fuerte de La Navidad permanecieron los que no pudieron volver por la pérdida de la *Santa María*, de aquel pequeño contingente no hubo supervivientes y no fueron recordados como primeros pobladores.

En el deseo de emprender la travesía tuvo un importante papel la imagen que se difundió del territorio. El primero que contribuyó a propagar una visión idílica fue Colón. En la carta que escribió a Luis de Santángel, escribano de ración de los Reyes Católicos, fechada el 15 de febrero de 1493, se ocupó de destacar la exuberancia de la vegetación y las posibilidades para el asentamiento de población:

«La Spañola, es maravilla: las sierras y las montañas i las vegas y las campiñas y las tierras tan fermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para hedificios de villas e lugares. Los puertos de la mar, aquí no habría crehencia sin vista, y de los ríos muchos y grandes y buenas aguas, los más de los cuales traen oro. En los árboles y frutos e yerbas ay grandes diferencias de aquellas de la Iuana; en esta ay muchas specierías, y grandes minas de oro y de otros metales» (Colón, 1984: 141).

Su relato se vio apoyado por las muestras recogidas y por el grupo de naturales que embarcó, los primeros que viajaron desde las Antillas a la Península. No hay que perder de vista este hecho pues, aunque en un número difícil de estimar, los habitantes de las Indias estuvieron presentes en los viajes atlánticos desde el primer momento.

En los apresurados preparativos del segundo viaje fueron muchos los que decidieron seguir al Almirante. Para la ocasión se fletaron 17 barcos y, aunque no hay unanimidad en el número, se estima que participaron entre 1200 y 1500 personas (León Guerrero, 2007: 32). El padre Las Casas señaló que, entre los integrantes del nutrido grupo que lo siguió en la segunda singladura, había «muchos caballeros, mayormente de Sevilla, y otras personas principales y algunos de la casa real» (Casas, 1951: 347-348). Tras llegar a la isla Española, los integrantes de

la armada vieron desvanecerse sus sueños de un enriquecimiento rápido como el humo y comprobaron que no era posible la promoción personal por el férreo dominio de los Colón.



Bahía de Baracoa, Cuba.

Con el deseo de que el horizonte que había abierto el Almirante no quedase reducido a una empresa particular, la Corona tomó cartas en el asunto con la intervención de Juan Rodríguez de Fonseca y disposiciones sucesivas. La iniciativa individual no era posible porque el acuerdo establecido entre la Corona y Colón dejaba al margen cualquier otra posibilidad. Por ello, hay que reconocer la relevancia que para la «apertura» del espacio atlántico supuso la Real Provisión de 10 de abril de 1495. Con ella, el espacio indiano fue una posibilidad para los que quisieran comerciar o ir «a vivir e morar en Isla Española». En ella quedó claro aquel principio de actuación y la política de la Corona:

«Que cualesquier personas que quisieren ir á vivir é morar en la dicha Isla Española sin sueldo, *puedan ir é vayan libremente*, é que allá sean francos é libres, é non paguen derecho alguno, é ternán para sí é por suyo propio é para sus herederos o para quien dellos hobiere causa, las casas que ficieren, é las tierras que labraren, é las heredades que plantaren, según que allá en la dicha isla les serán señaladas tierras é lugares para ello por las personas que por Nos tienen é tovieren cargo; é que á tales personas que así vivieren é moraren en la dicha Isla Española é no llevaren sueldo nuestro, como dicho es, *se les dará mantenimiento por un año*; é demás queremos, é es nuestra merced é voluntad, que yendo con licencia de los que nuestro poder tovieren é hobieren para ello á la dicha Isla Española, hayan para sí la tercia parte del oro que hallaren é cogieren en la dicha isla; é demás desto yendo con licencia hayan para sí todas las mercaderías é otras cualesquier cosas que fallaren en la dicha isla, dando el diezmo de ello a Nos» (Fernández de Navarrete, 1859: 186-187).

El horizonte poblador y promotor de actividades agropecuarias quedaba también patente en el texto de la Real Provisión. Desde los primeros momentos, la Corona mantuvo el control de quiénes podían viajar a las Indias y también fomentó el asentamiento de los pobladores con diferentes medidas: exenciones fiscales, ayudas para el asentamiento, reparto de tierras y la posibilidad de beneficiarse de las riquezas de las Indias.

Las disposiciones se sucedieron, traduciendo la necesidad continua de legislar sobre situaciones novedosas en un periodo en el que la realidad se modificaba cada día con la ampliación del territorio conocido. Desde enero de 1503, con el establecimiento de la Casa de la Contratación en la ciudad de Sevilla, sus oficiales se ocuparon del control de las embarcaciones que iban o venían de las Indias, lo que suponía la vigilancia de las mercancías y pasajeros. A partir de 1524, el Consejo de Indias asumió las riendas de los asuntos indianos y tuvo un importante papel legislador. Para afrontar nuevas realidades en el control

del tráfico atlántico, la Casa de la Contratación tuvo que «actualizar» en varias ocasiones sus ordenanzas. En ellas se fueron definiendo sus competencias en cuanto al control de los pasajeros. Con el tiempo, muchas disposiciones relativas a los pasajeros a Indias se incorporaron a la *Recopilación de las Leyes de Indias* (1681).

Cuando todavía no se había superado el ámbito antillano, la intención pobladora de la Corona se manifestó con claridad en la armada de frey Nicolás de Ovando, enviado como gobernador de las Islas y Tierra Firme; con claras instrucciones para asentar a la población (Mira Caballos, 2014). Poco más de una década después, de aquel mismo afán fue claro exponente en el ámbito de Tierra Firme la expedición de Pedrarias a Castilla del Oro, estudiada con detalle por M.^a Carmen Mena García (1998). Superado el ámbito antillano, fue la empresa capitaneada por Cortés desde la isla Fernandina (Cuba), la que dio a conocer las posibilidades de un territorio que, poco a poco, dio muestras de sus dimensiones. En el camino desde la costa hacia el interior, los castellanos notaron las diferencias con las islas en las que se habían aclimatado y vivido. La similitud con lo conocido en España llevó a Cortés a proponer al rey el nombre del territorio:

«Por lo que yo he visto y comprendido de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace y en otras muchas cosas que la equiparan a ella, me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del Mar Océano, y así en nombre de Vuestra Majestad se le puso aqueste nombre» (Cortés, 2016: 308).

Al igual que Colón en su carta a Luis de Santángel, Cortés presentó en su segunda relación al emperador (Segura de la Frontera, 30 de octubre de 1520) la posibilidad de un horizonte poblador en el que cabían todo tipo de actividades, desde las agropecuarias a las extractivas. El contenido de ambos textos, cada uno de ellos destinado a una persona concreta, superó el ámbito privado cuando se dieron a la imprenta. El efecto que

causaron avivó la curiosidad, como todo lo novedoso, e invitó a más de uno a realizar el viaje. No obstante, en el arrastre poblador tuvieron un peso relevante en las primeras décadas del siglo XVI las capitulaciones que se concedían a particulares para asentar pobladores en ámbitos concretos. Para ello, los capitulantes se comprometían a llevar un número determinado de hombres casados acompañados de sus mujeres. La Corona, además de dar instrucciones, entre las que se incluía el buen trato a los naturales, concedía a los pobladores exenciones o ventajas fiscales, como no pagar el almojarifazgo o embarcar sus herramientas y aperos sin coste. Si bien no hay muchas capitulaciones que tengan como único objetivo la población, en la mayoría de las ocasiones esta va unida al descubrimiento y la pacificación. Así se advierte en las obtenidas en 1505 para descubrir y poblar la isla de San Juan por Vicente Yáñez o en 1512 por Juan Ponce de León para Bimini (Vas Mingo, 1986: 56-58).

3- DE LAS ANTILLAS A TIERRA FIRME: LA PREOCUPACIÓN POBLADORA

La mala gestión colombina y el descontento generalizado del nutrido grupo que se enroló en el segundo viaje puso de manifiesto las dificultades para arraigar a la población en las Indias. El régimen establecido entre los Reyes Católicos y Colón en las Capitulaciones de Santa Fe dio paso a las decisiones de la Corona para imponer en el escenario de las Indias Occidentales el dominio real.

El relevo de Colón y la designación como gobernador de frey Nicolás de Ovando, comendador de Lares, marcó un cambio de rumbo a partir de 1501. Basta repasar las instrucciones que se le entregaron para vislumbrar que la política pobladora y colonizadora era la pauta que quería establecer la Corona.

En el verano de 1501 se encargó a Ovando la preparación de una flota con destino a las Indias. Las 32 embarcaciones que se reunieron para la ocasión son un indicio del incremento de barcos que cruzaban el Atlántico a comienzos del siglo XVI. La

Corona se ocupó de la organización y asumió un tercio del flete, es decir, fue una empresa mixta, modelo que se repitió en numerosas ocasiones. Para fomentar el enganche de pobladores, se concedió pasaje gratuito a 382 personas, entre ellos: el gobernador y sus criados, los oficiales reales (veedor, fundidor, contador, factor, tesorero) y sus criados, un grupo de 62 escuderos, 15 oficiales de diferentes oficios (albañiles, carpinteros, caleros, aserradores, tejero, tendedor y tonelero), los religiosos (17 franciscanos y 4 clérigos) y las familias de labradores que reclutó Luis de Arriaga (202 personas). El resto de los pasajeros concertó su pasaje con alguno de los maestros (Mira Caballos, 2014: 61-81). Se calcula que los participantes rondaron los dos millares, aunque la historiografía tradicional, siguiendo el testimonio del padre Las Casas, lo eleva a 2500 (Mira Caballos, 2014: 114).

Entre otras cuestiones, a Ovando se le encargó la fundación de pueblos en lugares adecuados y la vigilancia de que no pasasen moros, judíos o nuevamente convertidos, por la influencia negativa que pudieran tener en la población indígena, por cuya evangelización debería velar.¹ Una vez en la isla, pese a las prevenciones de la Corona, los que habían sido reclutados para el desempeño de sus oficios, al igual que los labradores, se sintieron más atraídos por otras actividades. Además, en los años siguientes, la progresiva ocupación de las islas de Puerto Rico, Jamaica y Cuba animó a muchos a enrolarse en nuevas empresas, pues siempre soñaban que mejorarían su situación. Pronto se constató la necesidad de que a las Indias pasasen hombres casados con sus mujeres y labradores con apego a la tierra, como señalaron las autoridades de La Española.

Tras el salto al continente, fue la armada que capitaneó Pedrarias Dávila a Castilla del Oro la que, de nuevo, puso de manifiesto el afán poblador de la Corona. El descubrimiento de la Mar del Sur por Vasco Nuño de Balboa (17 octubre de 1513),

¹ Archivo General de Indias, Sevilla (AGI), Indiferente, 418, L.1, ff. 39r-42r.

coincidió con los preparativos de una gran armada capitaneada por el segoviano Pedro Arias de Ávila, más conocido como Pedrarias, nombrado en el verano de 1513 capitán general y gobernador de Castilla del Oro. El nombre del territorio traducía las esperanzas depositadas en la empresa, en cuyo diseño tuvo un destacado papel el rey Fernando, convencido de la relevancia y magnitud del proyecto. Al igual que a Ovando, a Pedrarias se le dieron instrucciones para su actuación (Herrera y Tordesillas, I, 1991: 614). Reflejaban con claridad la política pobladora y la importancia que se concedía a que las nuevas poblaciones se autoabasteciesen. Así, se ordenó que los labradores llevaran todos sus aperos de labranza, simientes de buena calidad y sembrasen trigo y cebada. La aclimatación de los cereales era fundamental para garantizar el mantenimiento de los pobladores y que no se produjesen hambrunas (Mena García, 1998: 375).

A diferencia de la flota de Ovando, a la que la Corona solo contribuyó con un tercio del flete, en la expedición de Pedrarias asumió el flete de todas las embarcaciones, así como el mantenimiento de los pasajeros durante el viaje y su primer mes en Castilla del Oro. El número de pasajeros de la armada se fijó inicialmente en ochocientos hombres, incluyendo más de un centenar de tripulantes. Los que deseaban embarcarse en la prometedora empresa pronto superaron las previsiones y finalmente fueron más de dos mil los que la integraron (Mena García, 1998: 67). La expectación que generó la publicidad de la armada fue tal que el cronista Antonio de Herrera afirmó que acudió tanta gente que,

«... si a diez mil se quisiera dar pasaje, todos fueran de buena gana» (Herrera y Tordesillas, I, 1991: 613). «Con el fin de atraer participantes a la empresa se prometía a los pobladores muchas exenciones, el reparto de casas y solares o la posibilidad de beneficiarse de las actividades extractivas, libres de cargas durante cuatro años» (Mena García, 1998: 40).

De todo ello se dio cuenta en el pregón que se hizo en la ciudad de Sevilla y que, al son de trompetas, buscaba captar seguidores. A menudo, la recluta se publicitó con pífano y tambor, reclamo para dar a conocer las ventajas que obtendrían si se enrolaban en la empresa.

En aquellos años, el deseo de poblar, así como la calidad de los que se asentasen en las Indias fue una preocupación constante, de ahí la reiteración a las autoridades indianas y las ordenanzas que se dieron, por ejemplo, en 1514 para el poblamiento de la isla de San Juan de Puerto Rico y para Florida.²

Pese a los incentivos, el arraigo de labradores en las Indias resultó difícil, cosechándose fracasos como el que propuso Las Casas para la población pacífica de Paria y para el que obtuvo una capitulación en La Coruña en mayo de 1520. Aunque en su proyecto preveía reclutar 50 hombres en las islas, se le señaló que tendría que ser llevarlos desde Castilla; también se contemplaban exenciones para ellos. Lejos de lo que pensaba, el proyecto fracasó (Giménez Fernández, 1960: 841-857).

La Corona confió en que la emigración familiar contribuyese a la población pues, como denunciaban las autoridades desde las Antillas, los hombres solteros no poblaban. De hecho, muchas fundaciones tenían una vida efímera porque sus vecinos las despoblaban para enrolarse en nuevas empresas. Así, en 1525, se ordenó a los oficiales de Tierra Firme que asumiesen el pasaje de cincuenta vecinos casados que quisiesen pasar con su mujer, hijos y casa. Con la medida se perseguía paliar la despoblación de Santa María de la Antigua del Darién porque sus vecinos se habían ido a poblar a otros lugares.³

Después de la toma de Tenochtitlan, muchos pobladores de las islas se desplazaron a la Nueva España. Décadas después, Perú fue el topónimo que actuó como reclamo.

² Archivo General de Indias, Sevilla (AGI), Indiferente, 419, L. 5, ff. 248r-250v.

³ AGI, Panamá, 233, L. 2, ff. 49v-50.

Los primeros pobladores presentaron su asentamiento en la tierra, al igual que haber llevado a sus mujeres y tener casa poblada, como un servicio a la Corona, que no dudaron en utilizar a la hora de solicitar mercedes. Muchas trayectorias personales reflejan la movilidad de los que pasaron a las Indias en las primeras décadas del siglo XVI. Sirva de ejemplo los escenarios en los que ese movió Juan González Ponce de León que pasó a la isla Española siendo «harto mancebo», en tiempos del gobernador Ovando pasó a la conquista de San Juan de Borinquen (Puerto Rico) y, años después, desde Cuba siguió a Pánfilo de Narváez a la Nueva España.⁴

4-TRÁMITES Y PREPARATIVOS

Desde los primeros momentos, la Corona vigiló y controló el tráfico Atlántico en ambas direcciones, tanto de las mercancías como de los pasajeros. Durante los preparativos de la gran armada de Nicolás de Ovando, cuando todavía no se había establecido la Casa de la Contratación en Sevilla, se encargó a Gonzalo Gómez de Cervantes, corregidor de Jerez, el registro de los pasajeros que se presentasen ante él para enrolarse en la empresa (Mira Caballos, 2014: 41). A partir de enero de 1503, la vigilancia de los embarques y el control de los pasajeros recayó en la Casa de la Contratación. En noviembre de 1509, el rey ordenó a los oficiales de la Casa el registro de los pasajeros «asentando qué es cada uno y de qué oficio y manera ha vivido».⁵ La medida contemplaba que esa información se remitiría a las Indias para que las autoridades vigilasen si seguían desempeñando los oficios con los que pasaban. Hay constancia documental del inicio del registro en el *Libro de asiento de pasajeros* desde el primero de diciembre de 1509. Los oficiales de la Casa de la Contratación, en la mayoría de las ocasiones, se limitaron a re-

⁴ AGI, México, 203, N. 19.

⁵ AGI, Contratación, 5089, ff. 32v-33. Real cédula a los oficiales de la Casa de la Contratación, Valladolid, 14 de noviembre de 1509.

gistrar la filiación del pasajero y el nombre del maestre del navío, aunque en algún caso también su ocupación, como en el del hortelano Antonio Ruiz, que, a modo de ejemplo, transcribimos:

«En este dicho día [1 de diciembre de 1509] pareció ante nos los dichos oficiales Antonio Ruiz, hijo de Francisco Ruiz, hortelano, e Catalina Ruiz hortelana, vecinos de Medina del Campo, e dijo que por cuanto él quería pasar a las Indias en la nao de Diego de Basurto, nos pidió le diésemos licencia para ello e para información de cómo no era persona de los prohibidos presentó por testigos a Andrés de Santiago e asimismo trajo una fe de fray Antonio de Villegas, firmada de su nombre, los cuales, so cargo del juramento que hicieron, declararon no ser el dicho Antonio Ruiz de las personas prohibidas e que le conocen por hortelano; e por nos, habida la dicha información, le dimos licencia al dicho Antonio Ruiz para pasar a las Indias en la nao de Diego de Basurto.»⁶

Los registros conservados en los libros de asiento de pasajeros tampoco deben ser entendidos como «el registro», pues no todos los que hicieron el viaje aparecen en ellos. Además, la serie es discontinua en el tiempo, y faltan años en los que presumiblemente se produjo un incremento en las salidas.

Todo aquel que pretendía pasar a las Indias o regresar de ellas necesitaba tener licencia para el viaje. Ello implica que, tanto los castellanos como los naturales de las Indias o los esclavos, debían ser registrados. En Sevilla eran los oficiales de la Casa de la Contratación los que concedían las licencias de embarque; en las Indias inicialmente las otorgaban los gobernadores y más adelante las Reales Audiencias y los virreyes. Dependiendo de la coyuntura, el control fue más o menos estricto.

Sevilla se convirtió en el punto de confluencia de los que viajaban a las Indias o venían de ellas. Todos eran supervisados por la Casa de la Contratación. Sus oficiales, inicialmente con la presencia de dos testigos, verificaban que no perteneciesen al

⁶ AGI, Contratación, 5536, L. I, f. 5(2).

grupo de los prohibidos para pasar a las Indias. Sin embargo, a partir de 1534 se buscó acreditar la calidad de los pasajeros con la presentación de una información que realizaban en sus localidades de origen, donde era conocida su ascendencia, estado y calidad, para acreditar que no era moro, judío o nuevamente convertido. El requisito ocasionó a los oficiales y, sobre todo a los pasajeros, muchos inconvenientes pues se enteraban de la exigencia cuando ya se encontraban en Sevilla. Ante la imposibilidad de presentar la información que acreditase su ascendencia familiar, si estaban solteros o casados o tenían votos religiosos los oficiales de la Casa aceptaron el depósito de fianzas.

Superados los trámites en la Casa de la Contratación, se obtenía la licencia de embarque con la que el pasajero podía acceder al navío. En ella, además de los datos personales y el destino, en ocasiones, también se dejó constancia de los rasgos físicos más sobresalientes, circunstancia que, a veces, permite recrear sus rostros con rasgos como: «un lunar debajo de la oreja», «carirredonda», «con marcas de viruela».

Entre los prohibidos, además de los moros, judíos y nuevamente convertidos se encontraban también los extranjeros, presentes en las Indias desde el segundo viaje colombino y sobre cuya presencia en las Indias en ocasiones fue tolerada y en otras no (Mira Caballos, 1995: 41-46). Pese a la vigilancia de la Corona y las tempranas disposiciones que vedaban su paso, se detectan prácticas fraudulentas para sortear la prohibición. La compra de informaciones y licencias, el soborno a los oficiales de la Casa de la Contratación o al maestro del navío, así como ocupar plaza de la tripulación, embarcar como polizón o embarcar durante la escala en Canarias, son algunas de las vías utilizadas por los que emprendieron el viaje al margen de la norma.

Superados los trámites administrativos, los pasajeros tenían que resolver el flete y el matalotaje. El flete se ajustaba con el maestro de la embarcación y se abonaba una vez que se llegaba al puerto de destino. Era frecuente que los pasajeros suscribiesen contratos privados con los maestros de la embarca-

ción, como se comprueba en los protocolos notariales de la ciudad de Sevilla. El precio del pasaje variaba en función de la distancia y del lugar de acomodo del pasajero en el navío, incrementándose si se ocupaba un camarote, que en la mayoría de las ocasiones no era otra cosa que un espacio compartimentado con tablas o cortinas que permitían cierta privacidad. Por ejemplo, en 1536, viajar hasta el puerto de Veracruz podía costar entre 6 y 8 pesos (Altman, 1992: 227).

En la populosa Sevilla se podía adquirir todo lo necesario. Los preparativos del viaje requerían tener recursos para afrontar numerosos gastos y muchos acudieron a préstamos o pasaron como criados, denominación que, en no pocas ocasiones, fue utilizada para pasar ilegalmente.

Antes de embarcar, era necesario gastar en el avituallamiento para la travesía, es decir en el matalotaje. Los pasajeros tenían que cubrir sus necesidades, de ahí la importancia de preparar todo lo necesario para el sustento diario. El inventario de algunos matalotajes nos proporciona la relación de alimentos habituales en la dieta de los pasajeros: bizcocho, carne y pescado en salazón, legumbres, ajos, cebollas, queso, vino, aceite, almendras, entre otros, y, en ocasiones, los precios a los que se adquirirían. Entre las recomendaciones previas al viaje son muy elocuentes a las misivas que los casados remiten a sus mujeres con todo tipo de recomendaciones sobre el acomodo en el barco, los alimentos y las cantidades con las que cubrirían sus necesidades.

Superados los miedos o con ellos, los pasajeros afrontaban la travesía, sufrían las condiciones poco placenteras de la navegación y se exponían a experiencias muy diversas, en ocasiones arriesgando su vida si durante el viaje sufrían calmas o tempestades (Martínez, 1983: 101-108). La experiencia vivida y, sobre todo, los naufragios, hicieron que entre las recomendaciones que se hacían a los familiares se incluyese la de: «miren en qué navíos vienen, que no sean podridos» (Otte, 1986: 67).



Muro de las argollas donde atracaban los navíos que llegaban a la Nueva España, San Juan de Ulúa, Veracruz.

En Sevilla, que a comienzos del siglo XVI contaba con 60.000 o 70.000 habitantes (Domínguez Ortiz, 1991: 71), había que esperar hasta el despacho de las embarcaciones, en ocasiones más tiempo del previsto. Desde su puerto fluvial se navegaba hasta Sanlúcar de Barrameda, para adentrarse en el Atlántico y hacer escala en las islas Canarias. La duración del viaje dependía del destino, de las condiciones de la navegación y de la pericia del piloto. En la primera travesía atlántica Colón hizo el viaje de ida en 33 días y el de regreso en 28 (Colón, 1984: 146). Con la ruta que siguió abrió el camino de las Indias en los trayectos de ida y vuelta. Aunque no había dos viajes iguales, y en la duración final haya que contabilizar el tiempo de las escalas, un viaje a la Nueva España podía superar los dos meses desde que se zarpaba de Sanlúcar (Martínez, 1983: 81).

En las Indias también se fueron estableciendo puertos que se convirtieron en centros bulliciosos y animados coincidiendo con la llegada de los barcos pero que, a menudo, eran recordados por los pasajeros como lugares insanos. El protagonismo de

Santo Domingo, en la isla Española, pronto fue compartido con La Habana, Nombre de Dios, Cartagena o Veracruz. Para prevenir los posibles ataques, sobre todo en los viajes de regreso, la navegación, inicialmente de embarcaciones aisladas, pasó a ser en convoy. El itinerario se fue definiendo con el paso del tiempo y la experiencia en la navegación. En 1564 se estableció el despacho de dos flotas anuales, la de la Nueva España y la de Tierra Firme. La primera zarparía entre abril y mayo con destino al puerto de Veracruz, aunque algunos barcos se separaban para llegar a las Antillas mayores y a Honduras. Los galeones de Tierra Firme partirían en agosto con destino a Nombre de Dios, en el istmo, separándose los que se dirigían a Cartagena, Santa Marta y otros puertos. Para el viaje de regreso, ambas flotas se reunían en La Habana para emprender la travesía a más tardar en abril (Martínez, 1983: 78-87).

5- SURCANDO EL OCÉANO

No todos los que hacían la travesía tenían en mente establecerse en las Indias. Algunos, pasaban para desempeñar cargos en el gobierno y administración del territorio; otros, como los religiosos, para ocuparse de la evangelización de los naturales. Los hombres de mar cruzaban el océano en numerosas ocasiones. Muchos de ellos se iniciaban siendo niños como pajes o grumetes (Pérez Mallaina Bueno, 1992). Además de participar en la navegación atlántica, algunos marineros y pilotos desarrollaron su actividad en el ámbito americano, en las nuevas empresas que se organizaron, sobre todo en la Mar del Sur.

En las tres primeras décadas del siglo XVI es posible diferenciar varias etapas en el desarrollo del tráfico atlántico del que no es ajeno la política internacional, sobre todo con Francia. En 1520, cuando ya se tienen noticias prometedoras de la Nueva España, partieron de la Península 71 barcos, de los que regresaron poco más de la mitad (Chaunu, 1955: 114-120). A medida que se incrementaba el número de embarcaciones que navegaban a las Indias aumentó también el tamaño de los navíos, lo

que facilitó que pudiesen transportar mayor tonelaje y más pasajeros.

Entre 1493-1519, Peter Boyd-Bowman identificó la llegada a las Indias de 5481 personas, duplicando el número en el periodo 1520-1539, en el que identificó a 13262 pasajeros (1968: IX). Hay que tener en cuenta que en los libros de la Casa de la Contratación no hay registros para 1518 ni entre 1520 y 1525. Durante las tres primeras décadas del siglo XVI la emigración fue esencialmente masculina, sobre todo procedente de Andalucía y Castilla, y tan solo el 5,6% (308) de los que viajaron a las Indias hasta 1519 fueron mujeres. El porcentaje se incrementó en la década siguiente hasta el 6,3% (845 mujeres), aunque seguía siendo muy reducida en relación con los valores de participación masculina. Unos breves comentarios sobre la participación de algunos grupos que han suscitado estudios recientes, nos ayudarán a comprender lo que supuso, en palabras de Alain Hugon (2019), «La gran migración».

5.1- MUJERES VIAJERAS

La historiografía reciente se ha detenido en el análisis de la presencia femenina y el importante papel que desempeñaron, no solo como pobladoras, sino también como emprendedoras. Pese a que en el segundo viaje colombino estuvieron presentes, su número fue reducido y tan solo se conocen los nombres de cuatro, lo que no quiere decir que fuesen las únicas (Varela, 2006: 261-262). Tanto en la armada de frey Nicolás de Ovando como en la de Pedrarias participaron mujeres. Es más, en la segunda, el propio rey Fernando reconoció el valor de su presencia al afirmar que con ello «la tierra e población será aprovechada». No obstante, son pocos los nombres propios de mujeres que conocemos de las participantes, entre ellas Isabel de Bobadilla, la mujer de Pedrarias (Mena García, 1989: 77).

En los primeros años de presencia castellana en la Nueva España se conoce la participación de algunas mujeres en la conquista, pero su presencia era muy escasa. Reconociendo el papel

que tenían en el asiento de la población, en marzo de 1524, pocos meses antes de emprender la expedición a las Hibueras, Cortés ordenó pregonar que:

«Porque más se manifieste la voluntad de que los pobladores destas partes tienen de residir e permanecer en ellas, mando que todas las personas que tuvieren indios e fuesen casados en Castilla e otras partes traigan sus mujeres dentro de un año e medio, primero siguiente de como estas Ordenanzas fueren pregonadas...» (*Documentos cortesianos*, 1990: 281).

La presencia femenina en los viajes atlánticos se incrementó a lo largo del siglo XVI, a medida que se pacificaba la tierra y la Corona fomentó la emigración familiar. Afrontar el viaje requería vencer muchos miedos y barreras. Así, frente al temor a emprender la travesía no faltaron mensajes de ánimo en los sentidos renglones con los que se invitaba a familiares y parientes: «Que no se le pongan trabajos por delante, que yo también era mujer y no más fuerte que otra» (Otte, 1988: 122). La correspondencia privada permite recuperar algunas experiencias de viaje. A través de estos testimonios y de la información que aportan las fuentes judiciales, se ha enriquecido, más allá de los fríos números de los libros de asiento de pasajeros, la participación femenina en los viajes atlánticos (Martínez Martínez, 2012: 55-79).

Las mujeres, casi siempre viajaban en compañía de sus maridos o integrándose en un grupo que le aportaba seguridad hasta llegar a su destino. Fue poco habitual el viaje de mujeres en solitario y no faltaron recomendaciones al respecto. En este sentido, Ana de Espino aconsejó a su hermana: «mire que venga con buena gente y honrada, aunque venga sirviéndolos» (Otte, 1988: 284). Habitualmente los casados viajaban a Castilla a buscar a sus esposas y, no pudiendo hacerlo, confiaban en algún conocido o allegado que pudiese acompañarlas. La separación de los matrimonios por el viaje a las Indias del marido dejó a muchas mujeres en la soledad de la distancia y, en ocasiones, del olvido del ausente del que no se tenía noticias en años y que,

en más de una ocasión, rehacía su vida con otra mujer. En este sentido, no hay que olvidar que la legislación favorecía que las mujeres reclamasen el regreso de sus maridos ausentes en la Casa de la Contratación. Con estos «expedientes de vida maridable» se reconstruyen historias personales y la repercusión de los desplazamientos migratorios (Martínez Martínez, 1991; Gálvez Ruiz, 1997).

5.2- NATURALES DE LAS INDIAS, MESTIZOS Y ESCLAVOS

Los naturales de las Indias estuvieron implicados en las travesías atlánticas desde los primeros momentos. Colón presentó ante los reyes en Barcelona al grupo de indígenas que había embarcado y, en los años siguientes, envió a Castilla nativos que fueron vendidos como esclavos, muchos de ellos en Andalucía. La titubeante política de la Corona respecto a la esclavitud de los naturales de las Indias, favoreció que muchos de ellos fuesen esclavizados. El cambio de posición y la declaración de la reina de que eran tan vasallos como los castellanos supusieron un giro que se vio reforzado por la temprana legislación protectora. Así, cuando se envió a La Española al pesquisidor Francisco de Bobadilla para averiguar el proceder de los Colón, se ordenó que llevase en la armada a los naturales que habían enviado y que fueron vendidos como esclavos. Tan solo regresaron a las Antillas varias decenas, pero habían sido declarados hombres libres unos trescientos (Mira Caballos, 2023: 21).

Cuando en 1519 viajaron a Castilla los procuradores de Veracruz, los acompañaron cinco naturales de la Nueva España, dos de ellos mujeres. Sobre ellos escribió Pedro Mártir de Anglería, que los vio en Valladolid en 1520, y también Giovanni Rufo de Forli en una carta que envió a Roma y publicó Marcel Bataillon (1959). En este interesante texto epistolar dio cuenta de que el rey los hizo vestir «a la castellana de diversos colores y con gorra de terciopelo, y las mujeres de buen paño y tocadas a la castellana» y que los enviaría a su tierra para que «hagan relación de lo que han visto» (Bataillon, 1959: 140). Aunque los

testimonios conservados no permiten profundizar en sus impresiones sobre el viejo Mundo o cómo vivieron, en las últimas décadas se han publicado interesantes trabajos que ponen de manifiesto las diferentes situaciones en las que viajaron a Europa tanto los naturales como los mestizos.

A finales de la década de los setenta del siglo pasado, Juan Gil (1979) reflexionó sobre la voz ausente de los primeros mestizos en España. Décadas después, el pionero trabajo de Esteban Mira Caballos (2000) se acercó a la realidad de los indios y mestizos en la España del siglo XVI. Su estudio, ampliado en un trabajo reciente (Mira Caballos, 2023), se basa en la rica documentación del Archivo General de Indias, en concreto, en los procesos que muchos naturales de las Indias iniciaron para reivindicar su condición de hombres libres. El estudio de los procesos pone de manifiesto que muchos fueron traídos como esclavos y que otros, siendo libres, acabaron reducidos a la esclavitud. Reconociendo los problemas y limitaciones para la cuantificación de los naturales de las Indias que viajaron a Castilla, Mira Caballos (2000: 109) contabilizó, advirtiendo que era una estimación, que entre 1492-1532 viajaron a Castilla 2311, mayoritariamente varones. Inicialmente procedían de la isla Española, aunque tras la conquista de Tierra Firme y la Nueva España toman el relevo los procedentes de estos nuevos ámbitos. Muchos de ellos, sobre todo en época colombina, fueron vendidos como esclavos, a precios inferiores a los esclavos negros hasta que la Corona tomó cartas en el asunto y declaró que eran libres y vasallos (Mira Caballos, 2000: 114-115).

En los primeros momentos fue frecuente que algunos españoles viniesen acompañados en sus viajes a Castilla de naturales de las Indias, frecuentemente de corta edad, en ocasiones para ser educados en la Península. Algunos de aquellos niños eran mestizos y quedaron incorporados al ámbito paterno. Los peninsulares que traían naturales o mestizos de las Indias en sus viajes a Castilla solicitaban licencia para ello, declarando que algunos eran libres y en otras ocasiones esclavos. Juan Gil

(1997: 18-21) ofrece varios ejemplos de estas licencias en la primera década de la centuria. En ellas se reflejó la condición de natural o mestizo para identificar a los hijos nacidos de las relaciones de españoles con indias, en ocasiones mujeres libres y en otras esclavas.

En los libros de asiento de pasajeros de la Casa de la Contratación se comprueba la inscripción de algunos naturales que regresaron a las Indias, de mestizos y también de esclavos. Si bien en las tres primeras décadas del siglo XVI el registro de indígenas no es elevado, apenas una docena, su presencia se incrementa con el tiempo (Mira Caballos, 2023: 303-337). Su origen en los registros se diluye detrás del nombre recibido en el bautismo y solo es posible identificarlos cuando expresamente se anotó que era natural de las Indias

El interés de la documentación conservada en la sala de justicia de la Casa de la Contratación de Sevilla y en el Consejo de Indias fue puesto de relieve por Mira Caballos (2000; 2023) al acercarse a los procesos que se iniciaron por parte de algunos naturales que reivindicaron su condición de hombres libres y vasallos del rey. La misma documentación fue utilizada por Deusen (2015), con especial atención a los indígenas que vivían en Carmona, localidad próxima a Sevilla, recuperando sus nombres, aunque ya cristianos tras recibir el bautismo, en las actuaciones que realizaron ante la justicia. Al hilo de las declaraciones de los testigos se puede constatar cómo interactuaban con los castellanos, con los naturales con los que se relacionaban y con los esclavos negros con los que, a veces, coincidían en el espacio doméstico. La mayoría de los que permanecieron en Castilla olvidaron sus lenguas vernáculas, uno de los elementos que los diferenciaban, al igual que sus rasgos físicos. Algunos apelaron a ellos como indicio de su procedencia, aunque, en ocasiones, de nada les sirvió. Así le pasó a Diego Manrique, cuyo caso se vio en el Consejo de las Indias y llegó a la Real Chancillería de Valladolid. Pese a afirmar que era natural de la Nueva España y declarar en su proceso el mismísimo

Cortés, ante el tribunal tuvo más peso la prueba documental presentada por quien lo reclamaba como esclavo, aunque lo dicho en ella sobre sus rasgos físicos no coincidiese con la mera observación ocular de Diego (Martínez Martínez, 2021). Algunos señores y caciques también hicieron el viaje, como los que viajaron a Castilla en 1528 con Cortés, entre ellos un hijo de Motezuma (Cline, 1969). Otros sorprendieron por sus habilidades, incluso algunos viajaron a Roma.

Otro grupo presente en los viajes atlánticos fue el de los esclavos, la mayoría africanos. En las primeras décadas, algunos particulares llevaron esclavos como servidores en el ámbito doméstico. Para ello solicitaban la correspondiente licencia. Con el paso de los años y la necesidad de cubrir la demanda de mano de obra, la llegada de esclavos a las Indias se incrementó al concederse licencias para introducir un determinado número de esclavos al año (García Fuentes, 1982). De su registro ha quedado testimonio en las licencias, la documentación fiscal y en los libros-registro en la Casa de la Contratación en un libro específico, identificado en ocasiones como «libro de esclavos» (Ortiz Arza, 2020: 580).

Algunos que habían alcanzado su libertad también participaron en los viajes. El caso más conocido es el de Juan Garrido, quien en su información de méritos y servicios se presentó como «de color negro» y recordó que pasó desde Castilla a la isla Española siendo «libre y horro». Desde allí pasó con Juan Ponce de León a Puerto Rico y luego a las islas de Guadalupe y Martinica; más tarde fue a Florida con Ponce de León, participó en la conquista de Cuba con Diego Velázquez y en la de la Nueva España con Cortés. Además, es conocida su dedicación agrícola en la huerta que tenía en Coyoacán y en la que sembró el primer trigo que se cultivó en la Nueva España (Sánchez Sánchez, 2020).

6- CONSIDERACIONES FINALES

En los años que transcurren desde el primer viaje colombino a la empresa de Cortés se asiste a un movimiento inédito de personas entre ambas orillas del Atlántico que tuvo consecuencias sociales y económicas en los lugares de salida y en los de llegada. Los vasallos del rey se movieron en ambas direcciones, inicialmente más hombres que mujeres y más peninsulares que naturales de las Indias o africanos. El control de los desplazamientos supuso un reto de organización y un despliegue normativo con el fin de regular la movilidad a una escala hasta entonces desconocida. Durante el primer cuarto del siglo XVI la Corona sentó las bases de la política pobladora a la par que vigiló la calidad de los que se embarcaban.

BIBLIOGRAFÍA

- Almorza Hidalgo, Amelia (2018): *No se hace pueblo sin ellas: mujeres españolas en el Virreinato de Perú: emigración y movilidad social (siglos XVI - XVII)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Diputación de Sevilla, Universidad de Sevilla.
- Altman, Ida (1992): *Emigrantes y sociedad. Extremadura y América en el siglo XVI*. Madrid: Alianza Editorial.
- Andreo García, Juan y Provencio Garrigós, Lucía (1991): «Pasajeros a América: aportación al estudio de la emigración del Reino de Murcia durante el S. XVI». *Anales de Historia Contemporánea*. 1991, núm. 8, pp. 97-130.
- Aramburu Zudaire, José Miguel (1999): *Vida y fortuna del emigrante navarro a Indias (siglos XVI y XVII)*. Pamplona: Departamento de Educación y Cultura.
- Bataillon, Marcel (1959): Les premiers Mexicains envoyés en Espagne par Cortés». *Journal de la société des Americanistes* n.º 48, pp. 135-140. <https://doi.org/10.3406/jsa.1959.1190>

- Boyd-Bowman, Peter (1964): *Índice geobiográfico de cuarenta mil pobladores españoles de América en el siglo. Tomo I. 1493-1519*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Boyd-Bowman, Peter (1968): *Índice geobiográfico de cuarenta mil pobladores españoles de América en el siglo. Tomo II. 1520-1539*, México: Editorial Jus.
- Boyd-Bowman, Peter (1985): *Índice geobiográfico de más de 56 mil pobladores de la América Hispánica. I. 1493-1519*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Casas, Bartolomé de las (1951): *Historia de las Indias*, Agustín Millares Carlo (ed.) y Lewis Hanke (pról.), México: Fondo de Cultura Económica.
- Catálogo de pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII* (1940-1942). Cristóbal Bermúdez Plata (ed.). 3 vols., Sevilla: Imprenta Editorial de la Gavidia.
- Catálogo de pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII, XVIII*. (1980-1986). M.^a del Carmen Galbis Díez y Luis Romera (eds.). vols. IV-VII. Madrid: Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas.
- Chaunu, Pierre y Huguette Chaunu (1955): *Séville et l'Atlantique (1504-1650). Première partie: Partie stadistique. Le mouvement des navires et des marchandises entre l'Espagne et l'Amérique de 1504 à 1650. Tome II. Le trafic, de 1504 a 1560*. Paris: Librairie Armand Colin.
- Cline, Howard F. (1969): «Hernando Cortés and the aztecs indians in Spain», *Quarterly Journal of the Library of Congress*, 26 : 2, pp. 79-90.
- Colón, Cristóbal (1984): *Textos y documentos completos: relaciones de viajes, cartas y memoriales*, Consuelo Varela (ed., prol. y notas). 2^o. Ed. Madrid: Alianza.
- Cortés, Hernán (2016): *Cartas de relación*, Ángel Delgado Gómez (ed., intr. y notas). Madrid: Clásicos Castalia.
- Deusen, Nancy E. van (2015): *Global Indios. The Indigenous Struggle for Justice in Sixteenth-Century Spain*. Durham: London, Duke University Press.

- Díaz-Trechuelo Spinola, Lourdes et al. (1992): *Emigración andaluza a América: siglos XVII y XVIII*. Sevilla: Consejería de Cultura y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía, Sevilla.
- Documentos cortesianos* (1991): José Luis Martínez (ed.). México: Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica.
- Dodds Pennock, Caroline (2022): *On Savage Shores: How Indigenous Americans Discoverd Europe*, London: Weidenfeld & Nicolson.
- Domínguez Ortiz, Antonio (1991): *Orto y ocaso de Sevilla*, Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Eiras Roel, Antonio (coord.) (1991): *La Emigración española a Ultramar, 1492-1914*, Madrid: Asociación Española de Historia Moderna, Ediciones Tabapress.
- Eiras Roel, Antonio y Rey Castelao, Ofelia (1992): *Los gallegos y América*, Madrid: Fundación MAPFRE.
- Fernández de Navarrete, Martín, (1859): *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*. Tomo II, Madrid: Imprenta Nacional.
- Gálvez Ruiz, M.^a Ángeles (1997): «Emigración a Indias y fracaso conyugal», *Chronica Nova*, 24, pp. 79-102.
- García Fuentes, Lutgardo (1982): «Licencias para la introducción de esclavos en Indias y envíos desde Sevilla en el siglo XVI», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirstschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 19, pp. 1-46.
- García Hidalgo, Palmira (2019): «La emigración española a América en la época Moderna. Un acercamiento al estado de la cuestión». *Naveg@américa. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, 23. <https://doi.org/10.6018/navegamerica>.
- Gil, Juan (1979): «Los primeros mestizos indios en España: una voz ausente». En: Berta Ares Queija y Serge Gruzinski (coords.), *Entre dos mundos. Fronteras culturales y agentes mediadores*, Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, pp. 15-36.
- Giménez Fernández, Manuel (1960): *Bartolomé de las Casas. 2, Capellán de S.M. Carlos I, poblador de Cumaná (1517-1523)*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla.

- Hernández González, Manuel (2005): *La emigración canaria a América*, La Laguna: Centro de la Cultura Popular Canaria.
- Herrera y Tordesillas, Antonio de (1991): *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Mariano Cuesta Domingo (ed. y estudio) 3. t. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Hugon, Alain (2019): *La Grande Migration. De l'Espagne à l'Amérique. 1492-170*, Paris: Vendémiaire.
- Lemus López, Encarnación (1993): *Ausente en Indias: una historia de la emigración extremeña a América*. Madrid: Siruela, D.L.
- León Guerrero, M.^a Montserrat (2007): «Pasajeros del segundo viaje de Cristóbal Colón», *Revista de Estudios Colombinos*, n.º 3, pp. 29-60.
- López de Gómara, Francisco (1979): *Historia general de la Indias y vida de Hernán Cortés*. Jorge Gurría Lacroix (ed.), Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Macías Hernández, Antonio (1992): *La emigración canaria, 1550-1980*, Gijón: Júcar.
- Martínez, José Luis (1983): *Pasajeros de Indias. Viajes transatlánticos en el siglo XVI*, Madrid: Alianza Editorial.
- Martínez Martínez, M.^a del Carmen (1993): *La emigración castellana y leonesa al Nuevo Mundo (1517-1700)*, Valladolid: Consejería de Cultura y Turismo, Junta de Castilla y León.
- Martínez Martínez, M.^a del Carmen (2012): «Inquietudes, viajes y equipajes». En Sara Beatriz Guardia (ed. y comp.), *Viajeras entre dos mundos*. Dourados (Brasil): Universidade Federal da Grande Dourados, pp. 55-79.
- Martínez Martínez, M.^a del Carmen (2021): La esclavitud india en Castilla. El caso de Diego Manrique». En Fabianne Guillén y Rosé Salicrú i Lluch (dirs.), *Ser y vivir esclavo. Identidad, aculturación y agency (mundos mediterráneos y atlánticos, siglos XIII-XVIII)*, Madrid: Casa de Velázquez, pp. 45-62.
- Martínez Shaw, Carlos (1994): *La emigración española (1492-1824)*, Colombres (Asturias): Archivo de Indianos.
- Mena García, M.^a del Carmen (1998): *Sevilla y las flotas de Indias: la Gran Armada de Castilla del Oro (1513-1514)*, Sevilla: Universidad de Sevilla.

- Mira Caballos, Esteban (1995): «Los prohibidos a la emigración a América (1492-1550)», *Estudios de historia social y económica de América*, núm. 12, pp. 37-53.
- Mira Caballos, Esteban (2000): *Indios y mestizos americanos en la España del siglo XVI*, Madrid: Iberoamericana.
- Mira Caballos, Esteban (2014): *La Gran Armada colonizadora de Nicolás de Ovando, 1501-1502*, Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia.
- Mira Caballos, Esteban (2023): *El descubrimiento de Europa. Indígenas y mestizos en el Viejo Mundo*, Barcelona: Crítica.
- Mörner, Magnus (1975): «La emigración española al Nuevo Mundo antes de 1810: un estado de la investigación», *Anuario de Estudios Americanos*, n.º 32, pp. 43-131.
- Mörner, Magnus (1991): «Migraciones a Hispanoamérica durante la época colonial», *Suplemento de Anuario de Estudios Americanos*, vol. 48, n.º 2, pp. 3-26.
- Ortiz Arza, Javier (2020): «Los libros-registro de esclavos, el sistema de licencias y la trata con Hispanoamérica en el siglo XVI: análisis y aspectos metodológicos a través del caso vasco», *Anuario de Estudios Americanos*, 77(2), pp. 579–611. Doi: 10.3989/ae-amer.2020.2.07.
- Otte, Enrique (1988): *Cartas privadas de emigrantes a Indias, 1540-1616*, Sevilla: Junta de Andalucía, Consejería de Cultura.
- Pereda López, Ángela (1999): *La emigración burgalesa a América durante el siglo XVI*, Burgos: Caja de Burgos.
- Pérez Mallaína Bueno, Pablo Emilio (1992): *Los hombres del océano. Vida cotidiana de los tripulantes de las flotas de Indias. Siglo XVI*, Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla.
- Recopilación de Leyes de los Reynos de Indias* (1681): Madrid: En casa de Juan de Paredes.
- Rodríguez Mendoza, Félix (2004): *La emigración del noroeste de Tenerife a América entre 1750-1830* [Tesis Doctoral. Universidad de La Laguna] <http://riull.ull.es/xmlui/handle/915/9909>
- Rojas, José Luis de (2009): «Boletos sencillos y pasajes redondos. Indígenas y mestizos americanos que visitaron España», *Revista de Indias*, vol. 69, 246, pp. 185-206.

- Sánchez Rubio, Rocío (1993): *La emigración extremeña al Nuevo Mundo: exclusiones voluntarias y forzosas de un pueblo periférico en el siglo XVI*, Badajoz: Extremadura Enclave 92, Siruela, D.L.
- Sánchez Sánchez, D. (2020): «Juan Garrido, el negro conquistador, nuevos datos sobre su identidad», *Hipogrifo*, 8:1, pp. 263-279.
- Taladoire, Enric (2014): *D'Amérique en Europe: quand les Indiens découvraient l'Ancien Monde (1493- 1892)*, Paris: CNRS.
- Vas Mingo, Milagros (1986): *Las capitulaciones de Indias en el siglo XVI*, Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- Vives, Pedro A., Pepa Vega y Jesús Oyamburu, (coord.) (1992): *Historia general de la emigración española a Iberoamérica*, Madrid: Historia 16, D.L.

**LA EDAD DE ORO DE LOS MAPAS: DE LA CASA DE LA
CONTRATACIÓN DE SEVILLA A LOS IMPRESORES DE
FLANDES**

Pedro García Martín.

Catedrático de Historia Moderna.

Universidad Autónoma de Madrid

**LA EDAD DE ORO DE LOS MAPAS: DE LA CASA DE LA
CONTRATACIÓN DE SEVILLA A LOS IMPRESORES DE FLANDES**

El mapa no es el territorio que representa, pero, si es correcto, tiene una estructura similar a la del territorio, lo que explica su utilidad

Alfred Korzybski: *Un sistema no aristotélico* (1931)

No creo que haya libros ilustrados más bellos, más poéticos, más fantásticos que los atlas. Y, todavía, cuando llego a cualquier puerto del mundo me lo figuro dibujado en una carta, entre las líneas de demora y de rumbo que trazábamos cuando navegábamos o entre las manchas de colores que pintaba en mis mapas cuando era un colegial.

Mauricio Wiesenthal: *El esnobismo de las golondrinas* (2007)

El mapa es una rosa de los vientos seductora. Una brújula decorada con geometrías coloridas, a la que perfuma una flor de lis, y que nos da la sensación de estar girando sin parar como un derviche en trance. Y es esa misma naturaleza giróvaga la que atrae a cada persona por distintos motivos. Esos acicates personales son los rumbos de los cuatro puntos cardinales que despuntan alrededor de su círculo simbólico: el secreto militar al norte, la información geográfica al sur, la ensoñación fantástica al este y la belleza sin par al oeste.

De acuerdo con la lógica de esta metáfora marítima, el amante de los mapas puede leer geoestrategias por Septentrión, paisajes por Meridión, literaturas por Levante y hermosuras por Poniente. Estos cuatro mandamientos de la cartografía se cierran en dos: la utilidad práctica y el gozo estético. El mapa no es el territorio que representa, pero es útil por su similitud, y, a la vez, los atlas son los libros ilustrados más bellos y poéticos.

Por eso, hubo un tiempo en el que los libros de viajes los escribían los poetas, en el que las historias fabulosas las contaban los cuentacuentos y en el que los mapas los pintaban los pintores. De esta guisa hallamos al bardo Virgilio escribiendo el viaje del héroe fundacional desde Troya a Roma en la *Eneida*. Al aedo Homero recitando las aventuras de su *Iliada* y *Odisea* en palacios refinados y tabernas de los puertos. Y al maestro Vermeer decorando con mapas reales las paredes de las viviendas burguesas de los Países Bajos. Esa fue la Edad de Oro de la cartografía. El apogeo de las leyendas de los mapas. El Paraíso perdido «entre ríos», que es lo que significa Mesopotamia en griego, y la nostalgia de regresar a su dicha que nos dejó. Viajemos, pues, a bordo de este ensayo desde la Casa de la Contratación de Sevilla a los impresores de Flandes.¹

¹ Este texto sintetiza los trabajos de Pedro GARCÍA MARTÍN: *Leyendas de los mapas. Una lectura geopoética de la cartografía*. Prólogo de Julio Llamazares Madrid, Punto de Vista Editores, 2022, y *Atlas de literatura universal. La vuelta al mundo en 35 obras*. Madrid, Nórdica



Portulano de Abraham de Cresques, 1375. Museo Naval Madrid.

1- DE LOS PORTULANOS A LA RECUPERACIÓN DE PTOLOMEO

Entre la Baja Edad Media y el Renacimiento se produce el paso de una geografía simbólica a una geografía real, o lo que es lo mismo, el paso de las maravillas a las certezas.

La cartografía islámica de Al Idrisi y la cristiana de los mapas T. O. (*Orbis Terrarum*) empiezan a convivir con los portulanos o cartas portulanas. Aparecieron en el Mediterráneo a finales del siglo XIII, impulsadas por innovaciones de las técnicas náuticas, como la brújula y la sonda. Estas nuevas cartas son de carácter utilitario y estaban pensadas para una derrota doméstica como era la del Mediterráneo. Sus fuentes de información eran los propios marineros, los cuales navegaban de cabotaje, esto es, pegados a la costa. O como también se decía: «costear a ojo» y «navegar de estima». Dado que estos mapas debían servir

Libros, 2017, así como los artículos sobre mapas en las revistas *La aventura de la Historia* y *Descubrir el Arte* que aparecen citados en la bibliografía.

en la práctica para guiar a los pilotos, los puertos se dibujaban con precisión para garantizar la seguridad del viaje.

La toponimia de los portulanos se centraba en los puertos y ciudades costeras y era muy abundante en todo el litoral mediterráneo y en el Mar Negro. Los nombres de los lugares están escritos en perpendicular a la línea de la costa. De tal manera que casi parece que la dibujan. Es frecuente que en una misma carta náutica los términos de los lugares reseñados procedan de distintas lenguas, pues los navegantes que aportaban los datos para su elaboración eran de varios países y tenían en común lo que se llamaba «lengua franca».

A lo largo del siglo XIV hay dos tipos bien diferenciados de portulanos. El primero de ellos, el más sobrio y estrictamente náutico, lo elaboran los talleres cartográficos italianos. Los principales estaban en Génova y Venecia -las repúblicas marítimas- y los secundarios en Pisa, Florencia y Sicilia. Los mejores ejemplares podemos datarlos a finales del siglo XIII, como la anónima *Carta Pisana*, y los mapas de Pietro Vesconte a principios del XIV. Este es uno de los cartógrafos profesionales pioneros al firmar y fechar sus cartas náuticas.

El otro centro de producción de portulanos es el de los gremios de Mallorca. Se trata de un mapa mucho más historiado, que incluye detalles geográficos de tierra adentro, banderas, rosas de los vientos, ángeles (*putti*) soplando y animales reales y fantásticos. Las cartas más destacadas son las de Angelino Dulcert (1323), abundantes en pictografías, y el Atlas de Cresques (1375), que daba cuenta del mundo conocido desde Europa a Lejano Oriente y que fue objeto de regalo entre los reyes de Aragón y Francia. Algunas sagas familiares, como las de los Prunes, siguieron trabajando en Palma de Mallorca hasta el siglo XVI. Otras, como los Olives u Olivas, pasaron por talleres de Mallorca, Nápoles y Florencia. Joan Martines laboró en Mesina y Nápoles. Y Domingo de Villarroel, junto a los tradicionales portulanos, llegó a trazar mapas en la Casa de la Contratación de Sevilla.

Por otra parte, a comienzos del siglo XV se produjo la recuperación de Ptolomeo en Europa por un hecho azaroso, como fue el viaje del sabio bizantino Manuel Chrysoloras. Este fue enviado en calidad de diplomático a Roma y Florencia por la corte de los Paleólogos. Aunque su misión era alertar a los hermanos latinos del peligro turcomano, el embajador portaba en su valija la *Geografía* ptolemaica, que, traducida al latín, empezó a circular en copias manuscritas. Más tarde, dada a la imprenta, se difundió por las principales ciudades europeas, incorporando adiciones de texto y nuevos mapas llamados *tabulae modernae*.



Monstruos similares a los de Colón en Gallípoli según Piri Reis.
(Foto Pedro García Martín)

A su vez, la cultura islámica tuvo las primeras noticias acerca del descubrimiento de América merced a un hecho azaroso, como fue la captura en 1501 de un barco español frente a las costas de Valencia por el capitán turco Kemal Reis. En el botín capturado a la nave se hallaron mapas que incluían las islas en las que acababa de desembarcar Colón. El oficial otomano regaló esas cartas náuticas a su sobrino Piri Reis, a la sazón cartógrafo al servicio de Solimán el Magnífico, que le sirvieron

para confeccionar su famoso *Kitab-i Bahriye* (*El libro del marino*).

De manera que, en apenas unas décadas, los cristianos descubrieron el Orbe Viejo a través del mapa de Ptolomeo y los musulmanes el Orbe Nuevo mediante los mapas españoles. La vanguardia cartográfica se trasladó del ámbito de la Media Luna al de la Cruz y los mapamundis hicieron lo propio desde el Mediterráneo al Atlántico.

En los albores del Renacimiento, pues, cambiaron las escuelas, los cosmógrafos y los mapas. Los discarios medievales T. O. (*Orbis Terrarum*) subsistieron como reliquias miniadas en los manuscritos de los monasterios. Los portulanos, pensados para una derrota doméstica como la del Mediterráneo, se repitieron de forma mimética en el seno de gremios familiares, pero destinados cada vez menos a un uso náutico y más a dibujo ornamental. En cambio, las instituciones mercantiles de los países descubridores, como la Casa de la Contratación de Sevilla y la Casa da India de Lisboa, empezaron a producir «padrones reales» sucesivos, en los que se iban incorporando las novedades geográficas allende los océanos.

2- LOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS Y LA CASA DE LA CONTRATACIÓN DE SEVILLA

«El descubrimiento del Orbe Nuevo» es como denominó el humanista Pedro Mártir de Anglería la arribada a Guanahaní de las tres carabelas colombinas. Tras la noticia, los Reyes Católicos trataron los asuntos indianos en «juntas», esto es, unas audiencias en las que consultaban a consejeros para tomar decisiones políticas. Sin embargo, después del segundo viaje del Almirante remitieron los temas americanos a Juan Rodríguez de Fonseca, que era arcediano de Ávila y deán de Sevilla. Este eclesiástico estuvo auxiliado por tres oficiales reales (un factor, un contador y un escribano) y dispuso de una sala de mapas en los Reales Alcázares de Sevilla. Los reyes le encargaron gestionar la exploración, conquista y evangelización del Nuevo Mundo.

Enseguida surgió la necesidad de utilizar cartas náuticas para cruzar el Atlántico y navegar por las costas vírgenes de América. Todavía conservamos un pequeño perfil de la isla La Española dibujado por mano del propio Colón. Aunque la mayoría de esos primeros mapas se han perdido, sabemos de su existencia por la documentación conservada en el Archivo de Indias. Así, por ejemplo, en 1499 Fonseca proporcionó a los pilotos Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa una copia de la derrota colombina para que se guiasen en sus expediciones. El humanista italiano Pedro Mártir de Anglería nos describe la sala de los mapas y las esferas en la Casa de la Contratación que le fue mostrada por el arcediano Rodríguez de Fonseca en 1503:

«Encerrándonos en una habitación tuvimos en las manos muchos indicadores de estas cosas; una esfera sólida del mundo con estos descubrimientos y muchos pergaminos que los marinos llaman cartas de marear, una de las cuales la habían dibujado los portugueses, en la cual dicen que puso mano Américo Vespucio, florentino, hombre perito en este arte, que navegó hacia el Antártico muchos grados más allá de la línea equinocial con los auspicios y estipendios de los portugueses... La otra carta la comenzó Colón cuando vivía «e iba recorriendo aquellos lugares» y en ella su hermano Bartolomé Colón, Adelantado de la Española, añadió lo que juzgaba, pues él «también recorrió aquellas costas»... De entre todas conservan como más recomendables las que compuso aquel Juan de la Cosa, compañero de Hojeda, que dijimos le mataron los caramairenses en el puerto de Cartagena, y las de otro piloto llamado Andrés Morales (...) reputados por más entendidos que los demás en Cosmografía naval» (Cit. por R. Cerezo, 1994, p. 35).

Ahora bien, en el año 1503 la Corona suprimió el monopolio americano del Almirante, iniciando una política colonizadora del Nuevo Mundo. Entonces, la labor del arcediano se vio desbordada a causa de la multiplicación de cuestiones administrativas. Para hacer un estado de la cuestión el jurado Francisco Pinelo redactó un memorial titulado *Lo que parece que se debe proveer para poner en orden el negocio y contratación de las*

Indias. Este texto inspiró el nombre y la creación de la Casa de la Contratación de Sevilla.

Nació como una institución destinada a asegurar las relaciones mercantiles y burocráticas entre la metrópoli y América. Poseía varias funciones: regulaba el comercio indiano y las aduanas, era Audiencia o Tribunal Marítimo, gestionaba las riquezas de las colonias y fomentaba la prosperidad económica de la monarquía. Para ello debía garantizar la seguridad de la navegación intercontinental. Las flotas tenían que practicar con seguridad y de forma regular la llamada Carrera de Indias. Se hizo necesaria, pues, la aplicación de la ciencia a las prácticas cartográficas.

De ahí que los monarcas creasen la figura del Piloto Mayor de la Casa, a fin de elaborar, custodiar y actualizar el Padrón Real: el primer intento de mapa universal. En 1510, una cédula real ordenó la confidencialidad de las noticias geográficas de las Indias. El Piloto Mayor juraba que no enseñaría los mapas a ninguna persona que no fuesen los reyes o funcionarios con permiso de ellos. También se mandó hacer un arcón de tres llaves para guardar dinero, documentos y mapas. Le podemos estimar como el auténtico «cofre de la isla del tesoro» por las riquezas que custodiaba en su interior. Sólo que sus joyas eran secretos que hoy denominaríamos «información sensible». La Real Cédula de los Reyes Católicos creando el padrón Real en 150 rezaba así:

«Es nuestra merced y voluntad, y mandamos que todos los pilotos de nuestros reinos y señoríos sean instruidos... para que junta la práctica con la teoría se puedan aprovechar de ello en los dichos viajes». Y «como hay muchos padrones de cartas de diversos maestros que han puesto y asentado las tierras e islas de las Indias a Nos pertenecientes. e porque haya orden en todo, es nuestra merced y mandamos que se haga un padrón general por nuestros oficiales de la Casa de la Contratación, que hagan juntar a nuestros pilotos más hábiles... El cual se llamará el Padrón Real por el

cual todos los pilotos se hayan de regir» (Cit. Cerezo, R. 1994, p. 47).

El primer Piloto Mayor designado por el rey Fernando fue Américo Vespucio, cuya figura ha estado envuelta en la polémica durante siglos. Sus detractores le acusan de mantener una enemistad con Colón y de haberse «apropiado» de la autoría del nombre de América. Sin embargo, Stefan Zweig, en un ensayo magistral titulado *Américo Vespucio. Relato de un error histórico* (1944), aclaró las relaciones cordiales ente Colón y Vespucio. «Se dio la paradoja —dice el escritor austriaco— de que Colón descubrió América, pero no la reconoció, y Vespucio no la descubrió, pero fue el primero en reconocerla como un nuevo continente».

De modo que este florentino era un reputado marino, cartógrafo, y escritor que, antes de ponerse al servicio de Castilla, había hecho mapas y capitaneado un par de expediciones para el rey Manuel I de Portugal. Conocemos el contenido de la sala de mapas donde Fonseca despachaba las cuestiones americanas a través de los escritos de Pedro Mártir de Anglería. Este humanista fue preceptor de los príncipes y dio a conocer el Renacimiento italiano en España. El cuarto albergaba una esfera del mundo con los descubrimientos, cartas de marear en pergaminos, un mapa de la navegación de Vespucio bajo la línea equinoccial, un mapa de los hermanos Colón describiendo las costas antillanas y otro de Juan de la Cosa. A todos estos capitanes les califica de «peritos en el arte de la cartografía y los más entendidos en la cosmografía naval».

El caso es que en 1508 el rey Fernando el Católico decidió retomar los planes de exploración del Nuevo Mundo. En especial le interesaba hallar el Paso del Sur, esto es, la búsqueda por el Oeste de la ruta a la Especiería, como se conocía coloquialmente a las islas Molucas. Es el germen del plan para dar la vuelta al mundo sin entrar en las aguas jurisdiccionales portuguesas que dividió el Tratado de Tordesillas. El proyecto fue

anticipado por Hernando Colón, hijo del Almirante, y culminó con la circunnavegación de Magallanes y Elcano.

En 1519 la nave *Victoria* zarpó a la búsqueda de un paso hacia la India por Occidente. Con su regreso a Sevilla en 1522 literalmente había dado «por primera vez la vuelta completa al mundo, de levante a poniente». «La hazaña de Magallanes -escribe Stefan Zweig- supera a todas las de su tiempo y significa para nosotros una gloria singular en medio de sus glorias; la de no haber inmolado la vida de los otros, sino la propia vida».

De esta expedición también se obtuvieron importantes resultados científicos. El descubrimiento del Pacífico y Filipinas. La certeza de que América era un gran continente en medio de la redondez de la tierra. Y el reparto del campo de acción entre las potencias de Castilla y Portugal en torno a la nueva ruta de la Especiería.



Sirena y galeones con los que Vital Alsar cruzó el Océano. Museo del Hombre y el Mar, Santander. (Foto Pedro García Martín).

Años atrás el monarca católico había encargado al Piloto Mayor Vesputio que, junto con los oficiales de la Casa, se encargasen de la elaboración continúa de mapas. En ellos debían figurar todos los nuevos hallazgos geográficos. Este es el inicio de una práctica que culminó en la creación del Padrón Real o Patrón Real: el primer mapa global de la Historia.

Siempre que visito los Alcázares Reales me detengo en una pintura que recoge el espíritu universal de la Casa de la Contratación: *La Virgen de los Mareantes* de Alejo Fernández (1535). En ella la Virgen protege bajo su manto a los reyes Fernando el Católico y Carlos V y a los principales descubridores: Cristóbal Colón, los hermanos Pinzón y Américo Vesputio. Es un documento excepcional, pues en ella aparecen por primera vez los indígenas americanos convertidos al catolicismo, así como la tipología de barcos españoles que hacían la Carrera de Indias. Ante ella se arrodillaron los supervivientes de la primera vuelta al mundo que iniciase Magallanes y culminase Elcano. De este modo ofrecían a la divinidad la demostración empírica de que la tierra era esférica.

En paralelo, los monarcas portugueses habían fundado en Lisboa la Casa da India. Aunque tuvo distintos nombres, como Almacenes y Casa de Guinea, se trataba de una organización que administraba las relaciones comerciales con las colonias de ultramar. Su precedente fue la escuela de Sagres que fundara el rey Enrique el Navegante para explorar las islas atlánticas desde las costas africanas.

El caso es que el monopolio luso en Europa de la pimienta, la canela y el clavo, superó en el siglo XVI al que hasta entonces había tenido Venecia. Esto hizo que Manuel I compartiese el apodo de «El Afortunado» con el de «Rey Especiero». Al igual que la Casa de Sevilla, la de Lisboa llevaba un mapa en secreto llamado el *Padrao Real*, donde se registraban los nuevos descubrimientos lusos en Brasil, Indonesia y Lejano Oriente. Los espías de Castilla y Portugal trataron de copiar los Padrones del otro en beneficio de sus reyes.

Los monarcas ibéricos intentaron establecer un monopolio sobre las nuevas rutas, tierras e islas descubiertas: los españoles en las Indias Occidentales y los portugueses en la costa africana, Brasil y las Indias Orientales. Las potencias enemigas se opusieron y, al poco, Holanda, Inglaterra y Francia participaron en las exploraciones y colonizaciones oceánicas.

Esto dio lugar a un debate jurídico en las Universidades. Unos, como ciertos pensadores españoles y lusos, eran partidarios del *mare clausum* o mar cerrado en favor de los reinos ibéricos. Argumentaban el derecho del primer ocupante. Otros, como el holandés Hugo Grocio, defendieron el *mare liberum* o libertad de movimiento en los mares. Este litigio internacional se resolverá imponiendo por la fuerza de los hechos la concurrencia de todas las potencias en las colonias. No escatimaron medios: la conquista, la piratería y el contrabando. Todo valió para crear sus propios imperios coloniales.

Este pleito se repetirá en el futuro. Cuando el *Apolo XI* llegó a la Luna se reabrió un debate similar, porque Estados Unidos y la URSS, que estaba en plena Guerra Fría, también competían en la carrera espacial. Al plantar la bandera los astronautas norteamericanos ¿tomaron posesión de la Luna para su país? ¿O podían concurrir otras naciones en la colonización de la superficie selenita? Lo mismo está pasando en las últimas décadas con la reivindicación de aguas jurisdiccionales, el establecimiento de bases en la Antártida y las sondas enviadas a Marte. Como ocurrió en la empresa americana, los estados más poderosos van tomando posiciones para su explotación. Siguen el refrán: *El que da primero da dos veces*.

2.1- EL PRIMER MAPA GLOBAL: EL PADRÓN REAL

La Casa de la Contratación de Sevilla, además de otras funciones relativas a América, elaboró la cartografía más vanguardista de su tiempo. La precedió el mismo Colón, del que conservamos un bosquejo de La Española, aunque sabemos que envió mapas a los Reyes Católicos y a la Universidad de Alcalá.

Además, a raíz de un abordaje turco, algunas de sus cartas sirvieron a Piri Reis para hacer su afamado *Libro del mariner*.

Los pilotos que hacían la Carrera de Indias manejaban cartas de marear hechas sin un método común. Por tanto, surgió la necesidad de racionalizar la cartografía, para lo cual los monarcas promulgaron una real cédula en 1508 que decía: «Y como hay muchos padrones de cartas de diversos maestros que han asentado las tierras e islas de las Indias, y porque haya orden en todo, mandamos que se haga un padrón general por nuestros oficiales de la Casa de la Contratación, el cual se llamará el Padrón Real por el que todos los pilotos se hayan de regir».

El espíritu de la ley pretendía educar a los pilotos: que usaran las cartas correctas y que manejaran durante el viaje los instrumentos náuticos. Los capitanes de barcos españoles pasaron a familiarizarse con el uso de objetos como el sextante y el astrolabio y a leer mapas cada vez más complejos.

El Piloto Mayor reunió un equipo de especialistas. Estaba formado por cosmógrafos que hacían herramientas marineras y cálculos astronómicos, maestros en trazar y colorear mapas y catedráticos que escribían tratados sobre el arte de navegar. La labor cartográfica de la Casa de la Contratación adoptó un método científico. Consistió en el trabajo colegiado para recopilar datos geográficos y plasmarlos en mapas de uso práctico. En esta cultura marítima confluyeron profesionales y artesanos que cultivaron una ciencia aplicada.

Los barcos que regresaban de las Indias tenían que informar con todo lujo de detalles sobre las nuevas tierras y descubrimientos que hubieran hecho: latitudes y longitudes, mares, vientos, flora, fauna y hasta los fenómenos maravillosos que hubiesen visto. Los capitanes declaraban bajo juramento la veracidad de los datos. Los cartógrafos de la Casa volcaban esa información sobre el Padrón Real y los mapas parciales. Cuando zarpaba un nuevo barco se le proporcionaban cartas copiadas

del mapa madre. Los responsables del Padrón Real se comprometían a guardar en secreto la ruta y no pasar copias ni venderlas al enemigo bajo penas severas.

La vuelta al mundo de Magallanes y Elcano, entre 1519 y 1522, convirtió al Padrón Real en un mapa universal. La empresa fue modélica en su concepción y desarrollo. El tesón de Magallanes en la búsqueda de apoyo para hallar el paso del Oeste que le llevase a Las Molucas obtuvo el respaldo de Carlos V. La planificación de las cinco naves fue exhaustiva. Nunca se habían abastecido por tanto tiempo de viaje y, a la vez, planificaron el regreso cargadas de especias. Es curioso ver la procedencia de los supervivientes de la expedición, pues son marineros de los distintos puertos mediterráneos, lo que nos habla de una marinería que empieza a curtirse en el océano Atlántico.

Stefan Sweig recrea esta epopeya en su ensayo *Magallanes. El hombre y su gesta* (2019). Al probar que era redonda, la figura del mundo se revolucionó en una sola generación: «Nunca la cartografía -escribe- ha llegado a un ritmo tan acelerado como en aquellos cincuenta años progresivos durante los cuales se fijó la forma y extensión de la tierra».

A través del diario de Antonio Pigafetta podemos reconstruir la expedición con detalle. En adelante, los mapas representarán todo el planeta: serán mapamundis que enmarcarán el espacio global. En este sentido, una de las obras maestras de la Casa de la Contratación fue el Padrón Real que hizo Diego Ribero en 1527. Es el primer planisferio basado en observaciones empíricas gracias a la información del viaje de Magallanes.

La crónica del viaje de Pigafetta también evidencia, el cambio de percepción de lo fantástico hacia una información realista. El escribano emplea ya la fórmula *ut dicitur* («me dicen», «me contaron») para relatar las leyendas sin dejar de dar rienda suelta a minuciosas descripciones de todo lo que ha desfilado ante sus ojos.

Mientras Américo Vesputio afirmaba en Brasil que «si el Paraíso Terrenal en alguna parte de la tierra está, estimo que no

estará lejos de aquel país», el bueno de Pigafetta no se plantea si es un propagador de mitos o un naturalista cuando describe en el archipiélago malayo las aves del Paraíso: «Estos pájaros tienen plumas muy largas de muchos colores y grandes penachos. Aquí cuentan que estos pájaros vienen del paraíso terrenal, por eso les llaman *bolon divata*, que significa *pájaros de dios*. Eso «le dijeron». Más adelante, relata la noticia de unos caníbales peludos de la isla de Bután: «llevan espadas como de un palmo de anchas y sólo comen corazones humanos crudos, con zumo de naranja o de limón». Eso «le contaron».

Los informes que servían a la Casa de la Contratación para hacer los mapas podían ser visuales y de oídas. Como sucedía con la declaración de los testigos en los juicios pesaba más el testimonio visual en primera persona que el escuchado por boca de otros. En este sentido, el aventurero italiano Ludovico Vartehema, que fue el primer europeo en alcanzar las islas de las Especias, afirmaba que no creía si no veía: «Porque no soy inclinado al estudio de los libros, me he decidido a ver con mis propios ojos los distintos lugares del mundo, pues tienen más valor los informes de vista que todo lo que se aprende de oído».

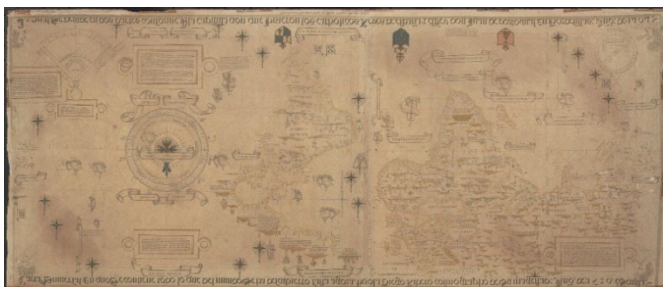
En los mapas convivirán el lenguaje científico y el lenguaje alegórico. No bastaba con decir que se había estado en el Nuevo Mundo, había que demostrarlo sobre el pergamino a través de la imagen: «este y no otro era el testimonio válido –firma Antonio Sánchez (2013)–. El oído deja paso a la vista. El argumento oral se convierte en una evidencia gráfica».

La recogida de informes geográficos por los cartógrafos también podía ser oral y escrita. Los cosmógrafos pensaban que los testimonios más precisos de los pilotos se podían obtener tanto por sus descripciones de palabra como por sus cuadernos escritos. Sin embargo, como anota José María García Redondo sobre la escritura del espacio: «la palabra escrita era, frente a los pictogramas e incluso frente a los números, una garantía de transmisión fiable de la información».

A pesar de todas las precauciones para guardar los mapas del Padrón Real como secretos de Estado, acabaron por ser copiados, robados, destruidos y hasta regalados. Los cosmógrafos europeos se nutrieron de la información geográfica de nuestro Padrón Real.

Los mapas llegaban a manos del enemigo por la actividad de espías y piratas franceses, ingleses, portugueses y holandeses. Pero también algunos cartógrafos europeos al servicio de la Corona hispana tuvieron acceso a los fondos cartográficos de la Casa de la Contratación: los italianos Pedro Mártir de Anglería y Antonio Pigafetta, y los flamencos Gerardus Mercator y Abraham Ortelius, creadores de los primeros atlas.

Algunos de los ejemplares ricos que se conservan hoy día fueron regalos de Estado como: el Planisferio Salviati, dado por Carlos V al nuncio Giovanni Salviati y hoy en la Biblioteca de Florencia; el mapamundi entregado al embajador Baltasar de Castiglion, guardado en el Archivo de Mantua y el padrón de Ribeiro que se conserva en la Biblioteca Vaticana.



Padrón Real de Diego Ribeiro, 1529. (Biblioteca Vaticana)

La labor teórica y práctica de nuestros cartógrafos ocupa un lugar señero en la cultura española y ofrece al resto de los europeos una imagen precisa del Nuevo Mundo. De modo que son acertadas las palabras de Julio Guillén Tato: «Europa apren-

dió a navegar en libros españoles. En Sevilla se dio una organización geográfica sin precedentes en el mundo, que sirvió de base a las producciones extranjeras».

A fines del siglo XVI, el bagaje de la cartografía hispana fue aprovechado por los talleres de Amberes y Ámsterdam para producir ejemplares grabados e impresos, que tendrán un enorme éxito en el naciente mercado de los mapas. Lo paradójico es que llegarán a venderse en las ciudades mediterráneas donde se hicieron los portulanos.

Ahora bien, hay una diferencia sustancial entre la cartografía de la España del Siglo de Oro y la europea. La nuestra se basaba en la experiencia y estaba destinada a la práctica marinera. La de flamencos y alemanes era fruto de la relación entre imprenta y mercado y estaba pensada para acabar en cartotecas palaciegas y gabinetes burgueses.

La importancia del Padrón Real en la historia de la cartografía es incontestable. Compartimos con Antonio Sánchez el significado de la obra: «El Padrón Real fue un mapa universal –de todo el orbe– y oficial –establecido por la monarquía–, que debía representar todo el mundo conocido». Estamos, pues, ante el primer intento de mapa global de los siglos modernos. El siguiente paso consistirá en representar la esfera terrestre en un plano. Lo que conseguirá el maestro Mercator.

a. EL ARTE DE NAVEGAR Y LA CIENCIA EN ESPAÑA

«La vida en la galera désela Dios a quien la quiera», era un refrán marinero repetido por los puestos del Mediterráneo. La dureza del oficio, las incomodidades y parásitos, culminaban con el estallido de la tormenta que podía echar a pique la nave. Esa misma máxima la retomó Fray Antonio de Guevara, predicador real en la corte de Carlos V, en su libro *El arte de marear* (Valladolid, 1539), donde dedica un capítulo a advertir de los peligros de la navegación: «muchas veces me paro a pensar, cuán aborrecido debía de estar el primer hombre que, estando

bien seguro en la tierra, se expuso a los grandes peligros de la mar».

Por entonces, en el tránsito de la galera al galeón, los pilotos de altura que arrostraban las borrascas del Atlántico eran tan conscientes como sus colegas mediterráneos del desafío a que les sometía el océano. «Andar el hombre por la mar (que es habitación y morada de los peces) es salir de su propio lugar y por esto grandes peligros se les siguen... El agua es la misma muerte cuando la nao en la mar perece. Todo hombre teme la cárcel y los que navegan metidos van en una cárcel y bien estrecha», advertía un *Reglamento de navegación* publicado en Sevilla en 1562. De ahí la necesidad de perfeccionar los viajes en barco hasta hacer de ellos un arte.

El Padrón Real había puesto a España a la vanguardia de la cartografía en el siglo XVI. El auge de nuestra náutica impulsó la labor científica de la Casa de la Contratación. De ahí que fuera más allá de la confección de mapas, produciendo tratados de navegación que gozarán de prestigio internacional. En estos libros, que incluyen mapas y grabados, los cosmógrafos más reputados del momento reflexionan sobre la teoría y la práctica del «arte de marear».

Citemos los más representativos. En 1519, el bachiller Martín Fernández de Enciso publicó en Sevilla la *Suma de geografía*, en la que describía el mundo a través de un formato ptolemaico, empleando ya el astrolabio y el cuadrante.

Una década más tarde, Francisco Falero editó el *Tratado del esphera y del arte de marear*, que pasa por ser la primera obra dedicada íntegramente a la astronomía marina.

En 1538, Alonso de Chaves escribió otro tratado titulado *Espejo de Navegantes*. Sus páginas incluían calendario, instrumentos náuticos, cálculos de latitudes, mareas, tripulación y estrategia a seguir en las batallas navales. Los pilotos que hacían la Carrera de Indias, e incluso algunos extranjeros, lo tuvieron por manual. El original ha quedado inédito al ser considerado un secreto de Estado. Pero en la *Cosmografía práctica*, Chaves

«trataba de todas las partidas del mundo, en especial de las Indias», las cuales ilustraba con planos que serán llamados *derroteros*.

En 1545, Pedro de Medina publicó en Valladolid su *Arte de navegar*, donde se recogía el saber marino aplicado a la práctica náutica. Traducido a varios idiomas y reeditado hasta 1633 fue utilizado hasta por capitanes de barco de reinos enemigos. A propósito de su obra cosmográfica, Mariano Cuesta dice que sirvió «para calcular los desplazamientos por grandes espacios que carecían de otros puntos de referencia que no fueran las propias estrellas y los planetas, sea en tierra firme (selvas y desiertos) o, fundamentalmente, en el mar océano».

En 1551, vio la luz editorial el *Breve compendio de la esfera y del arte de navegar* de Martín Cortés, donde aportó nuevos conocimientos a las reglas del pilotaje y a la fabricación de aparatos náuticos. Sus teorías sobre el magnetismo terrestre fueron muy bien acogidas en Inglaterra, sobre todo por el famoso cartógrafo Edward Wright, y donde el compendio de Cortés su libro se editó nueve veces hasta 1630.

En cuanto al término ciencia referido a la cartografía de la Casa de la Contratación ha sido discutido por historiadores enemigos de España. No es casual que en sus países se incubase la Leyenda Negra. Para cuestionar los mapas hispanos han utilizado dos argumentos.

El primero es que la cátedra de cosmografía de Sevilla no tuvo grandes intelectuales. Esto es falso porque en la Casa trabajaron los mejores cartógrafos de la época, de la talla de Andrés de Morales, Alonso Chaves, Pedro Medina, Domingo Villarroel, etc. Unos maestros que, además, aunaban formación científica con experiencia marítima.

La segunda de las tesis negacionistas se basa en que quedan pocos ejemplares del Padrón Real. Por fuentes oficiales sabemos que se realizaron hasta siete revisiones de este *mapa madre*. Y en el Archivo de Indias, a falta de originales, abundan las cartas y planos trazados a partir del Padrón.

En la escasez de padrones confluyeron varios factores. Cada vez que se actualizaba, y dado que era información sensible, se destruían las copias antiguas. Algunas de éstas estaban dibujadas en papel, más barato que el pergamino, por lo que se deterioraban con la humedad y la sal marítimas. Otras se destruyeron en el voraz incendio de la Casa en 1604. Y las más fueron objeto de robo a cargo de espías, de captura por piratas y de venta por funcionarios corruptos.

De ahí que sólo se conserven mapas españoles de lujo en pergamino o impresos. Están muy adornados con motivos náuticos como rosas y ángeles de los vientos, escudos heráldicos y pictografías de ciudades, banderas y nativos. Estos mapas excelentes, o bien fueron hechos por encargo político, como los de Juan de la Cosa y Baldasare Castiglione, o bien fueron regalos de Estado dados a nuncios papales, como el Diego Ribeiro del Vaticano y el planisferio Salviati. Este último, una joya preciosa de la cartografía, fue traído por el comisario del Museo Naval de Madrid, José María Moreno, a la exposición *Fuimos los primeros: Magallanes, Elcano y la primera vuelta al mundo* (2019).

Por fin, la polémica de la ciencia en España la han zanjado historiadores navales de primer orden, desde López Piñero hasta Antonio Sánchez. De acuerdo con ellos, el arte de navegar contribuyó en la España del siglo XVI a un cambio de mentalidad cultural: por una parte, ayudó a la valoración positiva de la técnica, antes despreciada por ser un «arte servil» de los antiguos, y, por otra parte, aparece en nuestro país la idea moderna de progreso.

Los *novatores*, renovadores del pensamiento científico a finales del siglo XVII, denunciaron el atraso español al no haber participado de la Revolución Científica europea. Sin embargo, esta idea no es válida para el siglo XVI, donde nuestros cartógrafos fueron conscientes de su posición destacada en la «república de sabios». ¿Acaso no fue un ingeniero eminente como Juanelo Turriano diseñador del artillugio para elevar el agua a

Toledo? ¿O un matemático de primer orden como Juan de Herrera el arquitecto de El Escorial? Y sobre manera, brillaron los cosmógrafos, cartógrafos y pilotos al servicio de la Monarquía Hispánica encabezando el arte de la navegación en el mundo.

Los cartógrafos españoles eran conscientes de ser en el siglo XVI la vanguardia en el arte de navegar. El historiador de la ciencia López Piñero cita a dos tratadistas. En la dedicatoria que Martín Cortés hace a Carlos I en su *Arte de navegar* afirma que:

«En vuestros felicísimos tiempos parece que España se ha renovado y en todas las artes mecánicas se ha pulido y renovado; ha florecido en letras y háse encumbrado en armas y aquellas que della carecía, de las sobras puede prestar a sus vecinos. (...) No es de callar que con vuestros prósperos auspicios se hallan descubierto tierras e islas tan ignotas que jamás cosmógrafos, geógrafos ni historiadores supieron de ellas, ni oyeron sus nombres, y los vuestros las tienen holladas y medidas a pasos» Dedicatoria que Martín Cortés hace a Carlos I en su *Arte de navegar* (Sevilla, 1551).

Y a Pedro de Medina defendiendo a los españoles como técnicos en el arte de navegar en el *Libro de grandezas y cosas memorables de España*:

«Habemos visto en nuestros tiempos que por la navegación de los españoles ha sido dada vuelta a todo el universo... Cosa es esta tan grande que después que Dios creó el mundo nunca tal se hizo, ni pensó, ni aún creyó ser posible. Y para esto no sólo han tenido y tienen esfuerzo y ánimo, pero la industria de saber hacer caminos por el agua donde natura los negó, y guiándose por una cosa tan movable como es el cielo y las estrellas, que en un solo punto no paran, ellos tienen su cuenta tan justa y en punto, que un punto no les falta, con tanta certinidad que, siguiendo el arte, no pueden en ninguna guisa faltar...» *Libro de grandezas y cosas memorables de España* de Pedro de Medina (1548).

Ambos cosmógrafos son autores de los tratados de náutica de mayor difusión en la Europa del *Cinquecento*. Demostraron

que nuestra cartografía había diseñado una nueva imagen del mundo y defendieron la idea de modernidad a través de los logros técnicos. A tal punto fueron respetados por la comunidad científica internacional que el cartógrafo de los reyes de Francia, Nicolás Nicolai, reconoció a los españoles «haber circundado y navegado la mayor parte del mundo por mares jamás surcados y por tierras de las que antes nunca se había oído hablar». Y el inglés Richard Hakluyt, geógrafo reputado, impulsor de la colonización en América del Norte y amigo de Mercator y Ortelius, recomendó a la Corona británica que copiase el modelo de la Casa de la Contratación de Sevilla.

Lo que queda fuera de toda discusión es que los matemáticos, los pilotos y los cartógrafos hispanos trabajaron codo con codo con los artesanos náuticos y las gentes de mar. De manera que la combinación de todos ellos produjo una «ciencia aplicada», empírica y pragmática, que trazó la imagen del Nuevo Mundo.

Ahora bien, es cierto que algunas disciplinas de nuestra ciencia evolucionaron de manera más lenta que la de otros países europeos, durante el siglo XVII. Es el momento estelar de Descartes, Galileo, Brahé y Newton. Sin embargo, de forma paradójica, los trabajos de la cartografía española abrieron el camino a la proyección de Mercator, al atlas de Ortelius y al mapamundi de Pedro Apiano que presenta la tierra en dos hemisferios. De esta ralentización, que acabó afectando a los mapas, fueron conscientes los coetáneos.

3- LOS ATLAS MODERNOS Y EL MERCADO DE LOS MAPAS

Los mapas siempre han tenido una vocación ecuménica. Siempre, desde el polémico papiro de Artemidoro de Éfeso (siglo I) hasta el mapa celeste de neutrinos captado por el telescopio Amanda II en el Polo Sur (2010), han tratado de representar la totalidad del mundo conocido y aún recóndito. Ya fuera cuando, en torno al ombligo de la ciudad santa de Jerusalén, las

tres partes del orbe eran bañadas por el «mar del medio» o Mediterráneo. Ya cuando la Europa moderna, impulsada por las necesidades del capital mercantil, se expandió por la «mar oceánica» o Atlántico en pos de Nuevos Mundos. Ya cuando, concluida la exploración del planeta Tierra por el «mar globalizado», proseguimos con el descubrimiento sideral del universo infinito.

El reto de todos estos viajeros, para quienes los cartógrafos ejercieron de notarios amanuenses, ha estado, pues, en la ampliación del espacio mediante la doma de la *terra ignota*: antes continentes vírgenes y ahora constelaciones remotas. El cosmógrafo dio fe documental de los testimonios empíricos que los argonautas de la historia -navegantes, astronautas, astrónomos, internautas- han ido recopilando más allá de las últimas fronteras. Por eso, a fin de que el espectador pudiese leer la carta geográfica, se hizo necesario consensuar un código de signos, un alfabeto de imágenes, una gramática de colores y un formato de usos. De esta manera surgió el lenguaje de los mapas.

Un idioma iconográfico que fijó su ortografía más duradera en los siglos modernos. Del mismo modo que, superada la traza doméstica de los portulanos artesanales, aumentó la complejidad técnica y la riqueza informativa en los atlas científicos.

La obra maestra en este campo fue realizada por el flamenco Gerardus Mercator, alias *Mercader* latinizado, pues elaboraba sus globos terráqueos y mapas para comitentes cortesanos y burgueses en el naciente mercado cartográfico del Renacimiento. Ahora, que celebramos el quinientos aniversario de su nacimiento, tras medio milenio de cosmografía ecuménica y geografía universal, evocamos la andadura histórica de los mapas desde la tierra finita hasta las galaxias del fondo cósmico.

3.1- EL LENGUAJE DE LOS MAPAS

En este sentido, los cuadernos de bitácora y las crónicas de América revelan la sorpresa constante de sus autores. En los bocetos de estas primeras exploraciones navales, los marineros se

extrañaban de bordear costas tan diferentes. Esperaban al zarpar que fuesen iguales a las de sus puertos nodriza. Porque, en su mentalidad, buscaban en otros mares el modelo mediterráneo. De ahí que calculasen mejor la distancia que la extensión.

Además, no sólo había que aprehender el nuevo espacio descubierto, sino diseñar otra forma de representarlo. En esta búsqueda formal, fue Mercator el primero que acuñó la figura de Atlas en los mapamundis, separando así la ciencia de la mitología. El titán Atlas de la *Odisea* sostiene las columnas que separaban la tierra del cielo. Mientras que en el *Atlas* de Mercator el mundo es un todo en sí mismo.

Los títulos de los grandes trabajos cartográficos de los siglos XVI y XVII denotan su interés en dibujar una imagen del mundo diferente. Las metáforas más empleadas son *Speculum* (*Speculum orbis terrarum*, *The Mariners Mirror...*), *Theatrum* (*Theatrum orbis terrarum*, *Théâtre Français*, *Teatri Europei...*) y *Orbis* (*Civitates orbis terrarum*, *De summa totius orbis...*). Porque presentaban el mapamundi como un reflejo del *espejo*, un escenario del *teatro* o un *orbe* por el que el mundo gira. Ello se debía a que el *Mare Nostrum* había dejado de ser el centro del mundo, convirtiéndose en una pequeña parte del mismo, por lo que los europeos necesitaban tiempo para aceptarse en la nueva cosmovisión.

El alfabeto de imágenes dio lugar a la disciplina de la co-rografía. Los dibujos de costas y puertos, de barcos y rosas de los vientos, de peces y monstruos, perfilados o a vista de pájaro, ilustraban los mapas con gran riqueza figurativa. La autoría correspondía al cartógrafo, pero en muchas ocasiones éste recurrió a grabadores, editores y pintores afamados para complementar su trabajo. Y viceversa, la figura del cosmógrafo y del globo terráqueo fueron tema de inspiración para maestros de los pinceles de la talla de Vermeer, Rubens y Velázquez.

Los países conocidos eran representados mediante reyes, castillos, ciudades, barcos y banderas. Pero en los espacios ig-

notos se recurría a pictografías alegóricas: los Reyes Magos camino de Belén para aludir a Oriente; mitos como el del Preste Juan, ubicado primero en Etiopía y luego en las Indias; bestias marinas a modo del Leviatán bíblico, y monstruos antropomorfos en las antípodas. De esta forma, las *mirabilia* («*maravillas*») de los Bestiarios y los libros de viajes que poblaban los mapas antiguos, fueron dejando espacio a seres humanos y especies animales y vegetales auténticas. Las cartelas, los faros, los islarios y las rosas de los vientos completaban la información. Las imágenes verificaban así el tránsito de la cosmografía fantástica a la geografía real.

a. MERCATOR: PROYECTAR UNA ESFERA EN UN MAPA PLANO

La profesión de cartógrafo exigió siempre cierto dominio interdisciplinar, pues, a las dotes de observación, había que añadir la geografía, el dibujo, la astronomía, la geometría y el *Arte de marear*, como se llamaba entonces a la navegación.

No se desvió un ápice el joven Gerardus Mercator de esta formación. Nacido en Rupelmonde (Flandes) en 1512, a las materias mencionadas añadió el grabado, la caligrafía y la elaboración de instrumentos científicos por encargo, los cuales le darían una temprana reputación. De forma que, en Lovaina, trabajando en equipo junto a su maestro Gemma Frisius y al orfebre Gaspar Myrica, confeccionó para el emperador Carlos V sendos globos terráqueo y celeste, en los que cambió el diseño de las cartas tradicionales. Puesto que, en estos mapas esféricos, nuestro cosmógrafo aportó su primera innovación técnica, como fue sustituir los caracteres góticos de los textos por una escritura cursiva en letra itálica, la cual ocupaba menos espacio y era más fácil de grabar en cobre.

Un aspecto poco conocido de su vida se refiere a la relación que por entonces tuvo con círculos de la corte imperial. Porque lo más probable es que le pusieran en contacto con navegantes y cartógrafos españoles y portugueses, que, a la sazón,

eran la vanguardia del arte de navegar. Esos conocimientos novedosos contribuirían a perfeccionar su modelo de proyección.

La carrera gremial le llevó a alcanzar la maestría en Duisburgo, donde abrió en 1552 un taller de cartografía, en el que elaboró un mapa de Europa muy completo, al tiempo que daba clases de matemáticas en una escuela. Pero fue más tarde, entre 1564 y 1569, cuando pasó a ser cosmógrafo oficial en la corte del duque de Cléveris, donde perfeccionó su afamado sistema de proyección.

El conocido como UTM (*Universal Transversal Mercator*) se basa en el desarrollo cilíndrico de la esfera terrestre a lo largo del ecuador. Consiste en representar la tierra como si se tratase de un globo hinchable introducido en un cilindro que se va inflando hasta que el mapa ocupa su cara externa. La imagen resultante es la de un conjunto de meridianos, dibujados como líneas verticales que mantienen la misma distancia entre sí, y una serie de paralelos, los cuales se van separando a medida que se alejan del punto fijo. Esto facilitó la navegación de rumbo constante, puesto que se podían ir marcando las direcciones de la brújula con líneas rectas.

De resultas, los mapas con «proyección mercator», aunque deforman las zonas septentrionales y meridionales a causa de su escala distorsionada, han resultado muy útiles a los navegantes de zonas ecuatoriales y a los diplomáticos a la hora de negociar repartos coloniales.

b. EL ATLAS COMO REY DE LOS MAPAS

Poco después, como va dicho, Mercator recurrió al mito de Atlas para designar a una colección de mapas, mientras animaba al geógrafo flamenco Abraham Ortelius a elaborar en 1570 el *Theatrum orbis terrarum* (Amberes, 1570). Esta obra gozó de un gran éxito y de múltiples traducciones a otros idiomas. Pero, sobre todo, dio con el tamaño y formato idóneos, estableció un método lógico para ordenar los mapas (mapamundi, Europa,

Asia, África y Nuevo Mundo) y sentó el principio de actualización que caracterizan a esta herramienta geográfica.



Mapa del Mar Pacífico por Abraham Ortelius (1589) en el *Theatrum Orbis* donde aparece la nao *Victoria*.

Por eso, imitando su trabajo, se abordaron otras empresas editoriales demandadas por unos clientes burgueses que se sentían «viajeros de salón». Entre ellas, destacan las panorámicas urbanas del *Civitates orbis terrarum*, dirigidas por el alemán Georg Braun, cuyos textos latinos aluden a la historia, la economía y la sociedad de los lugares estampados. De resultas, durante esta Edad de Oro de la cartografía, el mapa se hizo tan polisémico que se convirtió en fuente historiográfica de primer orden.

Entre tanto, el mentor de estos proyectos, como era el caso de Mercator, fue elaborando su propio Atlas, del que sólo había aparecido el primer tomo cuando falleció en 1594. La obra será completada por su hijo Rumold, y, sobre todo, editada en forma de primer *Atlas* moderno en 1606 por Iodocus Hondius, resultando un éxito científico y comercial. De manera que, mediante

la corrección de los mapas de Ptolomeo y el invento de su proyección, Mercator inauguró el futuro de la cartografía. Al punto que, aún hoy en día, hasta el sistema de posicionamiento global (GPS) deriva de sus enseñanzas.

Sin embargo, la fama póstuma no debe soslayar sus problemas de conciencia, pues, convencido de la tesis bíblica acerca del génesis, trató de compaginar la palabra de Dios con otras ideas filosóficas. De ahí que entre sus trabajos se encuentre un *Atlas sive cosmographicae meditationes de fabrica mundi et fabricati figura*, donde pretendía reflejar en una colección de mapas la historia del mundo hasta su época. Sólo concluyó una primera sección que abarcaba desde la Creación hasta 1568.

No obstante, junto al combate ente fe y ciencia que albergan esos planos, su importancia radicó en el mensaje enciclopédico que nos legó, en el diálogo entre disciplinas que se ocupan de las humanidades. Pues, en adelante, la geografía y la historia, como siempre lo han hecho el espacio y el tiempo, irían de la mano en la comprensión del devenir humano hecho sociedad.

Nuestro cartógrafo flamenco aún dio un paso más hacia la modernidad. Limpió los atlas de monstruos marinos heredados de las Sagradas Escrituras. Depuró de fantasías la representación del mundo. Algunos de sus seguidores retornaron a las imágenes quiméricas: ora como reclamo para los compradores, ora como adorno para los estetas. Pero no había marcha atrás. El Mercator más genuino no escuchó el canto de sirenas de la moda. En calidad de científico, avecindado en la república de sabios, confeccionó quizás sin sospecharlo los primeros mapas laicos.

c. LA IMPRENTA PLANTIN EN EL SIGLO DE ORO DE AMBERES

Si la primera Edad de Oro de la cartografía tuvo lugar en la Casa de la Contratación de Sevilla, en la segunda mitad del XVI se da una segunda Edad de Oro en Amberes, cuyo principal

promotor fue el impresor Plantin. No lo presagiaba ni su carencia de una corte real ni la de un obispado pudiente. Pero el declive de Brujas, cuando se sedimentó el canal Zwin y se perdió el acceso al mar, propició su éxito inesperado gracias al comercio internacional. Al confluir en ella las redes mercantiles que traficaban con las riquezas de América, África y Asia, la convirtieron en la cuna del capitalismo. Por eso, en su monografía más reciente, titulada *Amberes. Los años de gloria* (2021), Michael Pye piensa que: «rápidamente se convirtió en una ciudad mundial, un centro de historias publicadas en toda Europa, una sensación como el París del siglo XIX o la Nueva York del siglo XX, una de las primeras ciudades donde todo podía pasar o al menos creerse».

En el griterío de su Bolsa de valores, en la carga y descarga del puerto a orillas del río Escalda, en el bullicio de las plazas y tabernas se oían todos los idiomas de la Tierra. De ahí que Peter Brueghel pintase su icónico cuadro *La Torre de Babel* como una metáfora de Amberes. Una urbe en plena expansión demográfica y económica y en construcción permanente como la propia torre. Una alegoría que, sin pretenderlo, cobrará sentido a finales de la centuria, cuando entre en crisis en medio de la confusión de las lenguas y de las luchas religiosas entre católicos y calvinistas. Mientras tanto, en este ambiente cosmopolita, donde según el embajador veneciano Bernardo Navagero «se daba el comercio de todo el mundo», el editor Christophe Plantin desarrolló su proyecto empresarial, editor y humanista.

La biografía de nuestro protagonista es la de un emprendedor visionario. Nació en el pueblo francés de Saint Avertin hacia 1520 y falleció en Amberes en 1589. De joven trabajó como curtidor de pieles en Caen, oficio considerado socialmente como maldito, desde donde dio el salto a la encuadernación que aprendió en un taller de París. En 1546 se casó con su prometida Jeanne Rivière, de la que apenas sabemos que era iletrada, puesto que firmó su testamento con una cruz. El matrimonio tuvo una decena de hijos.

En el año 1548 llegaron a Amberes y no fue hasta siete años después cuando Plantin publicó su primer libro. A partir de ahí, a medida que aumentaban sus rentas, la familia fue mudándose a varias casas de la ciudad: la llamada El Compás de Oro, donde editó *Las pompas fúnebres* de Carlos V; El Pequeño Halcón, El Gran Halcón y El Cisne, en la que imprimió su obra maestra la *Biblia Sacra*; y la definitiva, la Brújula de Oro, con entrada por Hoogstradt y salida por Vrijdagmarke, que hoy es el Museo Plantin-Moretus. Esta gran mansión, que será conocida en el mundillo intelectual como *Officina Plantiniana*, reunía las habitaciones domésticas con la imprenta, la librería, los almacenes, la biblioteca, el salón y el jardín central.

El polifacético Christophe Plantin fue a la vez un afamado editor, un hábil hombre de negocios y un buen padre de familia. Fundó una dinastía de editores que perdurará trescientos años.

Todo ello en el río revuelto de las guerras de religión que desgarraban a la Europa cristiana, así como en medio de la carrera entre las potencias por apoderarse de las tierras descubiertas en los Nuevos Mundos indios y orientales. Ante esta peligrosa maraña de intereses encontrados, nuestro editor se mantuvo tolerante en el plano de las creencias religiosas, pues sabía, al igual que los demás burgueses amberinos, que el dinero estaba antes que Dios. De forma que frecuentó discretamente la secta de la *Familia Caritatis*, como Ortelius, pero manteniéndose como súbditos leales a la Corona española.

Tampoco participó en las conspiraciones políticas en una ciudad portuaria que estaba llena de espías. Los embajadores y comerciantes extranjeros recababan información entre los marineros arribados de ultramar para saber hasta qué latitud africana habían bajado los portugueses, qué expediciones estaban realizando los españoles en Iberoamérica y el Pacífico y cómo encajaban ingleses y franceses en su reparto de América del Norte. El florentino Ludovico Guicciardini escribió por entonces: «Es por esta acumulación de extranjeros que siempre hay noticias de todo el mundo en Amberes».

Los negocios editoriales, cartográficos, de obras de arte, de lino cuero y papel de Plantin, seguían la senda de otros empresarios exitosos emigrados a Amberes. Los pintores, por ejemplo. El maestro Van Cleve estableció un taller basado en el trabajo en cadena para producir cuadros, cuyas especialidades eran las Madonas con cerezas y Jesús y San Juan de niños. En estos momentos se creó la necesidad burguesa de poseer la obra de un artista prestigioso colgada en el salón de la casa. El sistema fue perfeccionado por Rubens, ampliando los géneros a la mitología clásica, el retrato y el paisaje, dotándoles de una exuberancia y una sensualidad inalcanzables para otros artistas coetáneos. Pero es que, además de convertirse en un referente internacional en la adquisición de arte para estar a la moda, ejerció de diplomático en las cortes reales donde fue invitado como retratista y se sospecha que de espía.

Estos principios capitalistas en el arte fueron aplicados por mercaderes que se enriquecían con especias, diamantes, piedras preciosas, libros y mapas, hasta hacer del comercio su identidad. Entre ellos estaban los judíos portugueses descendientes de los expulsados de España. De estos se suele decir que comerciaban con diamantes y no se dedicaban a las grandes industrias, porque en caso de tener que huir de nuevo, era más fácil llevar esas joyas valiosísimas camufladas entre sus magros enseres. Al modo de sus colegas burgueses, Plantin ramificó su empresa al abrir sucursales en Frankfurt, Leiden y París y en veinte años fue considerada una de las mejores de Europa. A la altura de las imprentas de Aldo y Paolo Manuzio en Venecia y de las de Henri Étienne en París y Ginebra.

De forma que por la *Officina Plantiniana* fueron recalando los más ilustres intelectuales de Europa: burgueses humanistas, pintores -Brueghel y Rubens-, cartógrafos -Ortelius y Mercator- y escritores de reconocido prestigio -Tomás Moro, Erasmo, Luis Vives, etc. -. La marca Plantin se asoció a las publicaciones de más alta calidad del siglo XVI.

Todos los miembros de la familia de nuestro editor participaban en la empresa. Entre sus hijos, el primogénito Jean I llevaba la contabilidad de la firma, dando a su esposa instrucciones para escolarizar a las niñas y que pudiesen trabajar en la imprenta de adultas. El pequeño, Balthasar, se formó con el filósofo Justus Lipsius para retornar a la casa como asesor en la elección de autores y manuscritos inéditos. En cuanto a sus hermanas, también fueron educadas por el propio pater familias en la lectura y la escritura, hasta que a los doce años pudieron corregir pruebas de imprenta, labor que siguieron practicando después de sus respectivos matrimonios.

Esta dedicación de todo el clan al trabajo editorial no fue incompatible con una vida de lujo y prosperidad. La estrategia matrimonial de Plantin consistió en casar a su prole con los herederos de ricos comerciantes de la ciudad. De forma que a sus fiestas de bautizos, bodas y cumpleaños y a sus recepciones ociosas asistirán las fuerzas vivas de Amberes, así como invitados de paso por la ciudad, pues mantenía correspondencia con eruditos de todos los reinos cristianos.

Para mantener este nivel de vida contrató una nutrida servidumbre y acondicionó la residencia Plantin-Moretus con un lujo exquisito. Coleccionó piezas de arte, entre la que destacan los retratos que encargó a Rubens de su familia y de clientes famosos, así como los tapices, porcelanas, joyas y mobiliario espléndido. Y en su biblioteca no faltaban los clásicos, los santos padres de la Iglesia, los tratados científicos y las crónicas históricas, llegando a alcanzar los tres mil volúmenes. De forma que la mansión Plantin le fue a la zaga de la *Rubenshuis* o casa taller de Rubens, donde, edificada y decorada en estilo del Renacimiento italiano, se celebraban las veladas sociales más sonadas de Amberes.

La clave del éxito editorial de Plantin estuvo en la publicación de textos de calidad contrastada presentados de una forma atractiva. Para ello, se rodeó de especialistas de gran talento: los

mejores tipógrafos, impresores, correctores de pruebas e ilustradores. Por otra parte, el maestro Christophe escribía cartas y viajaba personalmente para convencer a los científicos y hombres de letras más reputados del continente para que le confiaran sus manuscritos.



Imprenta de Christophe Plantin, Amberes. (Foto Pedro García Martín)

La imprenta funcionaba como un reloj. Para ello, se regularon las ordenanzas laborales, las cuales contemplaban jornadas de trabajo desde las 6 a las 18 horas, con una hora de descanso para comer y otras dos pausas breves para recuperar fuerzas. Los trabajadores pertenecían al gremio de San Lucas, cuyo maestro pronto fue uno de los hijos de Plantin, Jan II, donde existía un recurso de ayuda mutua en forma de caja de ahorros para casos de enfermedad o deceso de los empleados.

La firma Plantin se abrió paso entre las sesenta imprentas que había en la ciudad y en medio de la gran variedad de géneros

editados: historia, geografía, manuales escolares, biblias vernáculas, misales, libros sobre precios de mercancías y tipos de cambio, mapas, diccionarios bilingües, etc. La relación de obras de prestigio que publicó esta casa es interminable. De ahí que nos centremos en dos proyectos de gran repercusión en la historia de la cultura: el atlas de Ortelius y la Biblia de Amberes de Arias Montano. El *Theatrum Orbis Terrarum* sentó el modelo de los atlas futuros, el orden de los continentes, los códigos de los cartógrafos y el principio de actualización de los datos (Véase La nao *Victoria*, en el atlas de Ortelius, en *La aventura de la Historia*, n.º 289, noviembre de 2022). En cuanto a la *Biblia Sacra* trató de pulir la Políglota y Complutense del cardenal Cisneros, con versiones en latín, hebreo, arameo y griego pues, según sus patrocinadores, se corrigieron en ella las «desviaciones judaizantes» de La Vulgata.

El caso es que este proyecto le reportó grandes beneficios a Plantin. A petición de Arias Montano, Felipe II le nombro *architipógrafo regio*, como ya le había pasado a Ortelius al recibir el título de *geógrafo oficial* del Rey de España. Pero, sobre todo, le concedió el derecho a editar y vender misales y libros de horas en los territorios de la Monarquía Católica, lo que de hecho le dio el monopolio de obras religiosas en detrimento de la industria editorial hispana. El legado de Christophe Plantin lo heredó Jean Moretus, casado con la segunda hija del editor, que había trabajado durante treinta años en la casa antes de acceder a la maestría y transmitir el oficio a sus descendientes.

Ahora bien, la convivencia religiosa se había ido deteriorando hasta que estalló la iconoclasia calvinista en 1566, que según Ortelius dejó las iglesias de la ciudad «como si el diablo hubiera estado trabajando allí durante cien años». No es casual que una década más tarde se produjese el saqueo de Amberes por las tropas españolas en 1576 ante el impago de sus sueldos y se desencadenase la guerra abierta entre los tercios hispanos y los rebeldes flamencos. Amberes quedó devastada, muchos de sus vecinos muertos o empobrecidos, el capital sintió miedo y

sus comerciantes emigraron hacia otras ciudades del norte. La pujante Ámsterdam, a través de su bolsa de valores y de su puerto concurrido, tomó su relevo en la historia del capitalismo mercantil.

Sentados en un banco del jardín del Museo Plantin-Moretus, leemos en el cuaderno de viaje de Stefan Zweig cómo le deslumbró la historia áurea de esta ciudad: «Amberes se convierte para el norte en lo que ya es Venecia para el sur: de todos los rincones del mundo llegan los productos más insólitos, especias y telas, maderas y piedras preciosas. Se incita el gusto por el boato, a experimentar con lo exótico, y los pintores, Rubens en el norte y Tiziano y Tintoretto en el sur, se regodean con los colores igual que sus compatriotas con los artículos de lujo... El dinero fluye y se despilfarra sin cesar: resplandece en las joyas de las mujeres, se exhibe en obras de arte y pinturas, se convierte en espléndidas ediciones del maestro Plantin». La imprenta regida por *El trabajo y la constancia* fue la notaria que dio fe del Siglo de Oro en esta perla amberina de Flandes.

4- PLUS ULTRA EL ATLÁNTICO: EL IMPERIO HISPÁNICO EN EL NUEVO MUNDO

Por último, en estas edades áureas de la cartografía, cobra un significado especial para nosotros la imagen del Nuevo Mundo dentro del Imperio Hispánico. El descubrimiento de un Nuevo Mundo –Indias para Colón; América para Vespucio– aceleró las exploraciones. Los mapas incorporaron esas novedades para dar cuenta del poder sobre ese ensanche del espacio. Los descubridores ibéricos tuvieron que interpretar las sorpresas que les deparaba el Nuevo Mundo: sus paisajes, sus habitantes, la flora y la fauna. Castellanos y portugueses hicieron un ejercicio mental para traducir las novedades que veían al pensamiento de su época. Esta iconografía americana se plasmó en pinturas, grabados y mapas.

En estos últimos los seres reales y fantásticos son imaginados en medio de una naturaleza exuberante. Las colonias portuguesas en Brasil, por ejemplo, fueron cartografiadas en 1519 por Lopo Homen. En su costa podemos ver a los nativos cortando el palo Brasil, buques lusos que lo transportaban a la metrópoli, monos y pájaros de colores en la selva. Un siglo más tarde, en la América del Sur del *Atlas de Hondius* (1606), que había bebido en las cartas de la Casa de la Contratación, aparecen unos indios en sus tareas cotidianas, otros navegando en canoas, aves exóticas y peces gigantes.

Los exploradores europeos trasladaron a América pasajes de las Sagradas Escrituras y mitos grecolatinos que sobrevivieron hasta el Renacimiento. El propio Colón encarna ese viaje de ideas. Siempre creyó haber llegado al Paraíso Terrenal. Se sabía de memoria su descripción en la Biblia y en la *Imago Mundi* del cardenal Pierre d'Ailly. De ahí que en cada uno de sus cuatro viajes creyó hallar el Jardín del Edén en Cuba, el Caribe y el Orinoco a la vista de ríos sagrados, huertas verdes, pájaros de colores y flores exóticas. Por eso anotó en su diario de a bordo que «se cumplía lo que había predicado el profeta Isaías antes que lo que decía la ciencia y los mapas».

Esto no significa que desdeñase los mapas, pues reconoció haber contemplado «esferas y mapamundos» donde estaban dibujadas las maravillas de Cipango. Lo más seguro es que fuesen cartas portulanas y los mapas de Toscanelli y Fra Mauro, en los que figuraban tímidamente las islas de las Indias, a las que el descubridor identificó con las Antillas.

Del mismo modo que estos mitos cruzaron el Atlántico, también lo hizo el concepto jurídico de la *translatio Imperii*. La idea de Imperio Universal pasó desde la Roma antigua a la Cristiandad medieval, y de ésta, al destino mesiánico de los Austrias hispanos en el Nuevo Mundo. De este modo lo expresa el conquistador de Nueva Granada, a la sazón Antonio de Nebrija, en el primer tercio del siglo XVI:

«¿Quién hay que no vea que, aunque el título del Imperio esté en Alemania, el imperio en sí está en poder de los reyes de España, que, dueños de una gran parte de Italia y de las islas del Mediterráneo, se disponen ya a llevar la guerra a África y, siguiendo al despachar sus flotas el movimiento del cielo, tocan ya las islas colindantes con los pueblos de las Indias? Y sin contentarse con eso y tras haber explorado la mayor parte del mundo, poco falta para que el extremo occidental de España y África se una con el cabo oriental del globo terráqueo».

Y del mismo modo que hay una traslación de la idea imperial hay también una *translatio ecclesiae* que explica así Fray Toribio de Benavente:

«Ahora la Cristiandad ha venido de Asia, que es en Oriente, a parar en los confines de Europa, que es nuestra España, y de ahí se viene a más andar a esta tierra, que es lo más último de Occidente... En toda la redondez de la tierra ha de ser el nombre de Dios loado y glorificado y ensalzado; y como floreció la iglesia en Oriente, que es el principio del mundo, bien así ahora en el fin de los siglos, tiene que florecer en Occidente, que es el fin del mundo».

Por último, una de las imágenes más repetidas es la que escenifica América como el Paraíso terrenal. Ahora bien, pasados un par de siglos de colonización, los europeos percibieron esa naturaleza virgen como un falso Paraíso, donde los misioneros luchaban contra la resistencia de Satanás. El profesor Jorge Cañizares Esguerra, en su obra *Católicos y puritanos en la conquista de América* (2008), ha demostrado que esta creencia demoníaca se dio tanto en las colonias católicas del centro y del sur como en las puritanas de América del Norte. Las garras del Demonio se vislumbraban tras las tormentas, los naufragios, las malas cosechas, las serpientes, las plantas malignas y los monstruos.

Los religiosos intentaron conjurar al Maligno por todos los medios. Condenaron a sus agentes entre los nativos: los chamanes. Multiplicaron las apariciones de Vírgenes, santos y cruces.

Atribuyeron portentos a evangelizadores milagrosos. Fray Pedro de Córdoba escapó de los indígenas de la Isla Margarita esgrimiendo un crucifijo. El portugués José de Anchieta curó enfermos en Brasil y asombraba a los indios porque «hablaba con los monos y los pájaros». El presbítero Miguel Sánchez, hagiógrafo de la Virgen de Guadalupe, difundió la idea de que el olor a santidad espantaba a los diablos.

La idea de que América era un Paraíso apócrifo se extendió por el Viejo Mundo. De ahí que Torquato Tasso, en la *Gerusalemme liberata*, encerrase al caballero cruzado Rinaldo en una isla diabólica del Atlántico. Y que Antonio León Pinelo escribiese acerca de un Paraíso perdido en los Andes. Por su parte, la alegoría de América en el *Atlas* de Joan Blaeu (1662) muestra a una mujer desnuda, tocada con plumas y armada con flechas, a cuyos pies yace un reptil y unas minas de plata excavadas por esclavos. En una esquina, un soldado defiende a los indios luchando con el Demonio y los nativos agradecidos se arrodillan ante la cruz.

De resultas, si América estaba demonizada, había que colonizarla mediante una «horticultura espiritual» para que fuese un Paraíso verdadero. El resultado de este exorcismo puede verse en el Museo del Prado, en el grabado *Alegoría de América* (1777), donde ésta es una matrona emplumada de busto generoso. Amamanta a sus hijos nativos que son ya cristianos inmaculados en las pinturas y los mapas.

Esos mapas que son rosas de los vientos fascinantes. Porque hubo un tiempo en el que los libros de viajes los escribían los poetas, en el que las historias fabulosas las contaban los cuentacuentos y en el que los mapas los pintaban los pintores. La Edad de Oro de la cartografía.



Alegoría de América de Joan Blaeu en el *Atlas maior* (Amsterdam, 1662)

BIBLIOGRAFÍA

- Barber, Peter (coord.) (2005): *El Gran Libro de los Mapas*, Barcelona: Paidós.
- Buisseret, David (2004): *La revolución cartográfica en Europa 1400-1800*, Barcelona: Paidós.
- Cañizares Esguerra, Jorge (2008): *Católicos y puritanos en la conquista de América*, Madrid: Marcial Pons.
- Cerezo, Ricardo (1994): *La cartografía náutica española en los siglos XIV, XV y XVI*, Madrid: CESIC.
- García Martín, Pedro (2009): “Revolución en el arte de los mapas. A propósito de la edición completa del *Civitates Orbis Terrarum*”, en *La aventura de la Historia*, n.º 123, pp. 94-97.
- García Martín, Pedro (2012): “El lenguaje de los mapas”, en *La aventura de la Historia*, n.º 163, pp. 36-42.
- García Martín, Pedro (2016): *Los mapas como estética del poder*, en *Descubrir el Arte*, n.º 205, pp. 70-74.
- García Martín, Pedro (Coordinador): *Atlas de literatura universal. La vuelta al mundo en 35 obras*, Madrid, Nórdica Libros, 2017
- García Martín, Pedro (2022): *Leyendas de los mapas. Una lectura geopoética de la cartografía*. Prólogo de Julio Llamazares, Madrid: Punto de Vista Editores.
- Harley, John Brian (2006): *La nueva naturaleza de los mapas: ensayos sobre la historia de la cartografía*, Madrid: FCE.
- Kagan Richard L (1989): *Spanish Cities of the Golden Age: The Views of Anton Van den Wyngaerde*, California: University of California Press.
- López Piñero, José M. (1979): *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona: Labor.
- Mínguez, Victor y Rodríguez, Inmaculada (2006): *Las ciudades del absolutismo*, Castellón de la Plana: Universidad Jaume I.
- Padrón, Ricardo (2004): *The Spacious Word: Cartography, Literature, and Empire in Early Modern Spain*, Chicago and London: The University of Chicago Press.
- Pye, Michael (2021): *Amberes. Los años de gloria*.

- Sánchez, Antonio (2013): *La espada, la cruz y el Padrón*, Madrid: CSIC.
- Zweig, Stefan (2019): *Américo Vespucio. Relato de un error histórico* (1ª ed. 1944), Barcelona: Acantilado.
- Zweig, Stefan (2019): *Magallanes. El hombre y su gesta*, Capitán Swing Libros.
- Zumthor, Paul (1994): *La medida del mundo*, Madrid: Cátedra.

**RAZÓN MONÁRQUICA, RAZÓN NACIONAL, RAZÓN
COMERCIAL.**

**LOS INICIOS DE LA DESIMPERIALIZACIÓN EN LA
MONARQUÍA HISPANA**

José María Portillo

Catedrático de Historia Contemporánea

Universidad del País Vasco

**RAZÓN MONÁRQUICA, RAZÓN NACIONAL, RAZÓN
COMERCIAL. LOS INICIOS DE LA DESIMPERIALIZACIÓN EN LA
MONARQUÍA HISPANA***

Entre 1820 y 1836 el proceso de desimperialización de la monarquía española se intensificó notablemente. Respecto de algunos de sus territorios, como los del Río de la Plata, mostró mayor continuidad desde 1810 y en otros, como Nueva Granada y Venezuela, cierta intermitencia, pero en todos ellos desde inicios de los años veinte del siglo XIX la liquidación del dominio imperial español en la América continental fue imparable. Lo que aquí se denomina «desimperialización», sin embargo, no es un proceso histórico que se agota, sino más bien que se inicia, con los distintos momentos, muy seguidos, que van certificando el final de ese dominio imperial de la monarquía

* Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto Generación del Conocimiento MCIU-NO22/P22.

española en territorio americano. De hecho, es un proceso histórico que se prolonga a lo largo del siglo con muy variadas manifestaciones a un lado y otro del Atlántico: negociaciones, reconocimientos, tratados, interpretación de la nacionalidad, comunicaciones, enfrentamientos bélicos e, incluso, una reincorporación momentánea a la monarquía española, la de Santo Domingo en 1861.

Ese complejo proceso entró en una nueva fase a partir del momento en que se abrió la serie de reconocimientos de los nuevos Estados surgidos de la crisis imperial española. Fue entonces cuando comenzó a imponerse una razón comercial en la interpretación generalizada de la crisis española: si España no podía –y todo parecía indicar que así era– hacerse cargo de su dominio imperial, lo procedente era abrir este al comercio de otros. Era algo sobre lo que las demás potencias europeas, especialmente Reino Unido y Francia, venían insistiendo décadas atrás con su crítica del monopolio español. De hecho, esta razón comercial había logrado imponerse a la razón de legitimidad ente las potencias que marcaban el paso desde el congreso de Viena.

Los intentos del gobierno restaurado de Fernando VII de llevar a las potencias europeas a aplicar el principio de legitimidad en todos sus dominios no tuvo ningún eco. Eso no quiere decir que para los nuevos mandarines de Europa la América española no fuera una cuestión relevante. Al contrario, fue objeto de atención preferente tanto para Francia como para Inglaterra. Al tiempo que España pasaba a la condición de potencia de segundo orden, se abría una cuestión de la máxima relevancia en el ámbito del derecho de gentes en la medida en que la crisis del imperio español generaba un nuevo y nada desdeñable espacio entre naciones que debía gestionarse. De hecho, podría decirse que es en ese proceso de surgimiento de diferentes nuevos Estados en la América española que se conforma un nuevo espacio *internacional*. Los diferentes congresos que las potencias europeas celebraron después de Viena y hasta el de Verona de 1822

trataron de cómo afrontar este hecho. En la América española se cruzaron todas las líneas de fuerza de la política euroamericana: el legitimismo, la revolución y la contrarrevolución (Frasquet, 2017).

Téngase presente que uno de los resultados de las revoluciones constitucionales en el Atlántico fue la constitución de Estados por parte de las naciones que tenían ya presencia en el espacio del *ius gentium* o que la ganaron precisamente a través de la revolución. En ese caso estaban los Estados Unidos y a ello aspiraron las nuevas naciones que se diferenciaron de la española entre 1810 y 1824. El escenario, así, estaba cambiando radicalmente a comienzos de la centuria con respecto a la situación para la que se había generado el *ius gentium*. La cultura jurídica de este no contemplaba la posibilidad de la emancipación de las naciones ya que la emancipación solamente se producía en el interior de las familias, no en el espacio público. En eso consistió en parte la revolución, en trasladar de la familia a la nación la idea de la emancipación (Clavero, 2023; Portillo, 2022 cap. 1).

El mundo euroamericano posterior a Viena es, por tanto, un mundo en el que se abren paso naciones que constituyen Estados y otras que no, sobre todo en América. El derecho *internacional* se refería únicamente a las primeras y se asentaba sobre el supuesto de que nada existía por encima de la soberanía de esos Estados. Es por ello que pasa a un primer plano el hecho del «reconocimiento», es decir, de la decisión soberana de un Estado de reconocer como existente a otro. Entre los que derivan de la vieja *Christianitas* esto no es necesario, pero sí entre los que han adoptado el mecanismo revolucionario de la emancipación nacional y ahí el mayor problema lo planteó la crisis imperial española.

Todas las potencias relevantes dieron por buena la idea de que, en el fondo, lo que debía imponerse respecto de este enorme espacio internacional generado por la crisis española era la razón comercial. Por libertad de comercio casi nadie entendía

entonces una libre concurrencia sino más bien el disfrute de ventajas exclusivas. Por otro lado, el comercio englobaba desde el tráfico mercantil hasta el de capitales en forma de préstamos o las concesiones de explotaciones mineras. Según algunos datos divulgados desde finales del siglo XVIII una inmensa riqueza que estaba esperando a quien se hiciera primero con las ventajas precisas. A esa razón podían asociarse otras. El temprano -de hecho, el pionero- reconocimiento de las nuevas repúblicas por parte de Portugal vinculó al comercio y los intereses lusos en América una razón política revolucionaria: los gobiernos americanos existían por voluntad de sus pueblos. El reconocimiento francés añadiría, por su parte, una razón legitimista: la mejor manera de transitar hacia la independencia era mediante monarquías borbónicas en los antiguos virreinos. En esos y otros argumentos que fueron exhibiéndose desde 1821 estaba siempre presente y potente una razón comercial (Rojas, 2022).

Fue en la matriz metropolitana española donde esta razón comercial, aun estando bien presente como veremos, no logró imponerse ni a la razón monárquica ni a la que se fundamentó en la soberanía nacional, postergando el primer reconocimiento del hecho insoslayable de la independencia americana hasta los años treinta. La desaparición de Fernando VII y el forzado giro de su viuda y regente hacia el liberalismo moderado abrió un espacio propicio para la expresión de la razón comercial como fundamento para el tratamiento de una situación para entonces ya más que asentada en la independencia, sobre todo después del contundente fracaso de la última expedición de «reconquista» en el verano de 1829.

Hasta la muerte del rey Fernando, los gobiernos españoles, por razones bien diferentes, habían descartado el reconocimiento de la independencia ni siquiera como una realidad *de facto*. Como veremos, todo lo más, las Cortes del Trienio estuvieron dispuestas a abrir un período de escucha, infructuoso, por supuesto. Por un lado, los gobiernos personales del rey manifestaron con contundencia su razón monárquica, fundada en última

instancia en una interpretación radical del dominio del rey como un derecho absoluto. Por otra, los gobiernos constitucionales asumiendo que la nación española se había subrogado legítimamente en esa capacidad dominical que se expresaba constitucionalmente en su condición soberana, asumieron también que la nación no podía desprenderse de su dominio. De hecho, en buena medida la alternancia entre gobiernos de la nación y del rey lo es también de dos formas opuestas de interpretar la pertenencia del dominio (García Moneris, 2004).

En el espacio de conquista y de imperio en América, de manera mucho más nítida que en la península, patrimonio y soberanía se podían identificar al no haberse expandido de la misma manera otras formas de señorío. En la España metropolitana, por otra parte, en las décadas previas a la crisis de 1808 se asistió a una evidente voluntad de recuperación del espacio patrimonial y jurisdiccional del rey, aludiendo a actos ilícitos como la usurpación o las cesiones onerosas. De ese espíritu participó también la política regalista que buscaba la domesticación civil de la república eclesiástica. Todo ello, junto a una deliberada potenciación de los rasgos más domésticos (y arbitrarios por lo tanto) del gobierno monárquico deben ser tenidos en cuenta a la hora de valorar el absolutismo fernandino como una forma radical de esta política previa (García Moneris, 2015, cap. IV).

La irrupción de la nación como nuevo sujeto soberano en Cádiz implicó, en cierto modo, una subrogación de la misma en los derechos de soberanía del rey. La nación de Cádiz extendía los «dominios de las Españas» exactamente hasta donde alcanzaban los del rey en 1808. También la nación tuvo que hacer una labor de reincorporación y rescate antes de poder manifestarse plenamente soberana. Se concretó en el decreto de señoríos de 1811 que revertía a la nación toda la jurisdicción que la monarquía había ido cediendo en el despliegue señorial. De nuevo, con efectos más sustanciosos en Europa que en América (Inu-

rrigarro, 2023). No es de este lugar calibrar el alcance que finalmente tuvo esta legislación, cuanto constatar la vía de principio: la nación española era soberana porque no reconocía más dominio que el suyo propio o, dicho de otra manera, la nación no conocía (como sí lo había hecho el rey) distinciones de dominio. Este sólido vínculo originario en el constitucionalismo temprano entre nación y dominio territorial marcará muy de cerca la interpretación liberal sobre el final del imperio.

Podría decirse que en buena medida la España del siglo XIX, al menos en algunos de sus rasgos más notables, se fraguó entre 1836 y 1839. En esos años se produjo, por una parte, la primera de las emancipaciones legales de un territorio americano por parte de España. Se entendió que ese acto cerraba un enfrentamiento que había tenido más de civil que de internacional. España estaba, de hecho, entonces en medio de otra guerra civil que se saldó con la victoria liberal pero también con otro momento fundador de la España del XIX: el reconocimiento de la foralidad vasco-navarra como una manera peculiar de estar en España. Poco antes, en 1837, se había tomado la decisión, igualmente trascendente, de establecer otro régimen de excepción constitucional, el que se refería a la España ultramarina. El artículo adicional a la constitución de 1837 y antes ya el cierre de puertas del Congreso a los diputados electos de las Antillas españolas, conformaron el sistema de gobierno de la nación imperial hasta el final del mismo (Fradera, 2005).

De modo que el inicio del desprendimiento definitivo de imperio, la exclusión de las colonias del espacio constitucional y la integración en el mismo de los territorios forales, además del cierre de la guerra civil y con él de un muy largo ciclo bélico, se contuvieron en esos años entre 1836 y 1839. En este texto me gustaría plantear cómo fueron configurándose las diferentes razones que jugaron desde 1820 en el diseño de un escenario que abocó tras la muerte de Fernando VII a replantearse el sentido y el fundamento de España, tanto de su monarquía como de su nación.

2- «TRAER A LA OBEDIENCIA A LAS PROVINCIAS AMERICANAS»

Recién liquidado el gobierno constitucional por segunda vez, Fernando VII encargó al Consejo de Indias restaurado un informe para preparar una conferencia de potencias aliadas en París, que no llegaría a tener lugar, con la idea de resolver sobre la situación generada en la América española. En las cuestiones que el rey planteó estaba ya también implícito el sentido de la respuesta que ofrecería el Consejo, bien parca por otra parte. La primera era cómo traer a la obediencia a las provincias americanas y la segunda qué reformas podrían ser necesarias en el gobierno de las mismas «sin desprenderse S.M. de la soberanía» (Delgado, 1950 III, 113). Era el verano de 1824 y seis meses después caería derrotado en Ayacucho, Perú, el último ejército español. La lectura de dicho informe ofrece la medida de hasta qué punto la imposición de una lógica monárquica incapacitaba un análisis apegado a la realidad de la situación imperial de España a esas alturas.

Quizá la prueba más evidente de ese desapego de la realidad fue el decreto de 9 de febrero de 1824 por el que Fernando VII permitía en América, como si nada hubiera cambiado, «el comercio directo con los extranjeros súbditos de potencias aliadas de la España», como lo hacían con sus otros «dominios de Europa». Esperaba el rey que con ello «los españoles americanos verán una nueva prueba de mis vehementes deseos de su incremento y prosperidad», los «españoles europeos» aseguradas las franquicias y ventajas propios, los comerciantes extranjeros «el ventajoso empleo de sus capitales» y, en fin, los gobiernos amigos «un testimonio público de mi esmero en conservar la armonía y buena inteligencia que nos une»¹. El problema era que todos esos destinatarios de las mejores intenciones de Fernando VII estaban pensando ya en otro tipo de salidas a la crisis imperial española que nada tenían que ver

¹ *Gaceta de Madrid* 12/02/1824.

con la anteposición que hacía el rey de sus derechos dominicales sobre el continente americano.

Incluso el aliado más sólido de Fernando VII, Rusia, que había cambiado de zar en 1825, se inclinaba más por la necesidad que por la legitimidad, apurando a Fernando VII en junio de 1826 a iniciar un proceso negociador ante las noticias que le llegaban de su embajada en Washington. La respuesta española no podía ser más desalentadora al respecto al insistir en ofrecer reformas que conciliaran los intereses de los que seguía considerando «sus vasallos» con los de las naciones de Europa, pero sin renuncia a «los principios indisputables de su soberanía» (Delgado, 1950 III, 136).

A Rusia le habían precedido ya Portugal con un temprano reconocimiento del gobierno de Buenos Aires, Estados Unidos, Reino Unido y Francia en un goteo de reconocimientos de diverso alcance, pero todos aceptando el hecho de la desaparición de facto de la soberanía española en la América continental. Para entonces el Vaticano había preconizado obispos, Países Bajos tenía tratado con México y Suiza un cónsul y hasta el Senado de Hamburgo había establecido relaciones de comercio que implicaban el reconocimiento del gobierno mexicano.

En mayo de 1828 el Consejo de Estado valoraba este cúmulo de evidencias acerca de la auténtica situación en que se encontraba la América española, pero, sorprendentemente, concluía contra el parecer de todas las potencias europeas:

«Semejante conducta de las potencias extranjeras estimula al Consejo a manifestar a VM que no debemos ocuparnos por ahora en negociaciones diplomáticas que penden del interés y de la voluntad ajena sino de preparar y poner en acción todos los proyectos que se puedan adquirir para llevar una expedición al punto que se crea más conveniente y libertarnos por este medio de la multitud de inquietudes y disgustos que a cada momento nos preparan las Naciones Extranjeras».

Como es sabido, una de las primeras medidas del gobierno absolutista restaurado por Francia fue el cierre de la prensa con excepción de los periódicos ministeriales y algunos dedicados a la información comercial, agraria e industrial. En esa prensa, sin embargo, sí se preocupó el gobierno de insertar comentarios con la clara voluntad de conformar una opinión pública posicionada en la línea gubernamental de primar la razón monárquica. Se trataba, sobre todo, de mostrar cómo las provincias americanas habían derivado en un caos incontrolable y ansiaban ser rescatadas para el dominio real. Así, según la *Gaceta*, reproduciendo uno de los pocos diarios permitidos *El Comercio de los Dos Mundos*, México estaba en 1825 empobrecido, «desengañado de que no le conviene la separación de la madre patria» y a la espera de que asomara por allí alguna fuerza española «para enarbolar las banderas de León y Castilla».²

No es extraño que «reconquista» fuera el término más habitual entonces para referirse a las operaciones llevadas a cabo o, sobre todo, proyectadas sobre América. Fueron varios los proyectos que llegaron a la corte española para llevarla a efecto. En ellos, la legitimidad de una empresa militar para retomar el control de las provincias americanas de la monarquía se basaba, por una parte, en un relato histórico de lo ocurrido en América que compartía los lugares comunes establecidos por una incipiente historiografía crítica de la revolución americana. El repaso histórico en esta línea más elaborado, el de Mariano Torrente, construyó una explicación en la que la conjura criolla y la política liberal habían ido debilitando el vínculo monárquico. Según el diplomático fernandino, la Junta Central, la Regencia y las Cortes, en su afán por integrar a los americanos en la política española habían logrado finalmente deshacer el único vínculo que podía (y debía aún) atar América a su legítimo señor (Rodríguez Tapia, 2019, cap. IV).

² *Gaceta de Madrid*, 19/12/1825.

Ese argumento de la historia reciente se reforzaba con el de la historia pretérita. Es en este pasado remoto donde de manera más clara coincidió el argumentario de la razón monárquica con el que desplegaron los liberales, centrado en una razón nacional. Como recogieron varios de los proyectos de reconquista enviados al gobierno, buena parte de ellos desde Cuba, la historia de los últimos trescientos años en América informaba de un proceso de civilización que compensaba con mucho el hecho de la aniquilación de imperios precedentes y la ocupación del continente. No era el hecho militar en sí, sino el gobierno, la educación, las artes, industria y comercio lo que debía tenerse presente. Como argumentó Francisco de Paula del Villar en uno de estos proyectos, podría concluirse que, tras trescientos años de civilización, América ya no era América sino España³.

Como he apuntado, en esta interpretación histórica tanto de la «dominación civilización» de América, como de la «revolución» que había acompañado a la crisis global del imperio español, coincidirían argumentos provenientes de la razón monárquica y de los que los liberales esgrimieron en nombre de una razón de de la soberanía nacional. Esta confluencia fue más evidente en 1837 cuando se trató de argumentar por qué había que excluir a los americanos del espacio constitucional. Apoyando la inclusión del artículo adicional de la constitución de 1837, en el que se estableció que la España ultramarina se gobernaría por leyes especiales, Agustín de Argüelles asumió lo esencial de ese planteamiento historiográfico: por un lado, España había llevado a cabo una encomiable labor civilizadora en América, mucho más que otras potencias imperiales europeas y, por otro, había sido un error de liberales como él mismo haber igualado constitucionalmente el espacio colonial y el metropolitano. Haciendo buena una vez más la acusación de que el asturiano era liberal hasta las columnas de Hércules, preguntó entonces:

³ Archivo General de Indias (AGI), Estado, 92 N. 5.

«¿No está ahí ese Código de Indias? Con él se han regido estas posesiones, con él han llegado a esa superioridad extraordinaria; cuidado, que muy buenas deben ser cuando a despecho del férreo yugo que nos ha oprimido en la Península todavía han hecho prosperar a aquellas provincias hasta el punto que es notorio.»⁴

Ese factor de civilización española es el que, según argumentaban quienes aconsejaban una operación de reconquista, no estaban teniendo convenientemente en cuenta las demás potencias europeas. Se trataba de preservar, mediante la fuerza necesaria, no ya solo el interés monárquico de España sino «la tranquilidad del orbe civilizado» que se basaba en el principio de la legítima posesión de dominios por parte de los monarcas europeos. Ignorar este hecho «quebrantaría el principio consagrado en Utrecht, en Viena y en Aquisgrán donde se sancionó solemnemente la sucesión legítima de los Monarcas reinantes a los Tronos que ocupan sin desmembración ninguna de sus posesiones». El intendente de La Habana, Jerónimo Manuel de Céspedes, insistía en ese argumento advirtiendo del error que suponía no ayudar a España en su intento de reconquista porque se estaba con ello fomentando un principio contrario al que las potencias europeas habían hecho valer precisamente en Verona al pronunciarse contra la rebelión como fuente de legitimidad, lo que habría a la larga de traducirse en el cuestionamiento de «la estabilidad de los tronos legítimos de la Europa» (Delgado, 1950 III, 254 y 160).

La legitimidad era un argumento que tenía más efectividad hacia el interior de la monarquía española que entre las potencias que lo habían hecho valer para establecer el orden europeo post-napoléonico. Entre los documentos que Fernando VII separó para su archivo personal se encuentran también varias propuestas de «pacificación» y «reconquista» de sus dominios americanos que contribuyeron a formar un estado de opinión en

⁴ *Diario de Sesiones de Cortes* (DSC) 138 10/03/37.

la corte que no ofrecía dudas de la necesidad y legitimidad de la misma. Si Fernando VII se mostró siempre reacio a cualquier posible reconocimiento de la pérdida de su dominio americano, más aún lo hizo su hermano Carlos como legítimo heredero (hasta el nacimiento de la princesa Isabel). Sus argumentos, expresados de manera airada, giraban justamente en torno a la idea del dominio como parte de un patrimonio familiar (La Parra, 2018, 371). En uno de los documentos que se conservan entre los papeles de Fernando VII al respecto, se argumentaba este punto usando un lenguaje muy apropiado a la idea del poder monárquico tradicional:

«Es ofensivo al augusto nombre de SM [el reconocimiento de la independencia] porque tiene la obligación de transmitir el mayorazgo íntegro y si no puede por las circunstancias hacerlo del dominio efectivo tiene al menos que hacerlo del derecho».

El dominio, según este texto, era simplemente irrenunciable por parte del rey, sobre todo si se consideraba hacer dejación ante «sus mismos vasallos y vasallos sublevados». En todo caso, y el razonamiento es coherente con el principio monárquico, España podría desprenderse de sus posesiones del noroeste de América (Provincias Internas de Nueva España), del virreinato del Río de la Plata, del Perú y de Chile «siendo convenido en transacciones diplomáticas y hecho a otras monarquías bajo el carácter de cesiones ya por cambios, ya por intereses de grande entidad».⁵

Esta concepción de América como un espacio dominado por la soberanía monárquica tuvo un simbólico reflejo en un conocido acto casi ritual en 1830. En un conocido informe del consejero de Estado Pascual Vallejo, luego carlista, se comunicaba al rey la adquisición en París de diferentes objetos relacionados con México. Se trataba de acuarelas a modo de apuntes para realizar obras de gran formato, trajes y arneses, así como retratos

⁵ Archivo General de Palacio (AGP), RFVII 20/13.

de algunos de los personajes más relevantes de la reciente revolución mexicana. El mayor tesoro adquirido en Francia, sin embargo, era una de las dos copias que se habían hecho del acta de Independencia de México de 1821. El vendedor, el pintor y militar suizo Theubet de Beauchamp, había logrado hacerse con esa copia durante su estancia en Nueva España, cuando realizó también los apuntes pictóricos con la idea de hacer negocio en Europa ofreciendo incluso papel pintado para decorar paredes con escenas mexicanas. Todo un despliegue visual de la naciente república que Fernando VII trataba de neutralizar cambiando todo el lote por beneficios para el promotor de la obra, como admitir con cargo al rey a sus hijos en la academia militar de Segovia, el reconocimiento de unas tierras en Coatzacoalcos (Veracruz) y autorizar un proyecto agrícola en Aranjuez⁶.

El acta de Independencia mexicana debía viajar a España oculta en el marco de un retrato del monarca y así permanecer en su gabinete sin comunicar a nadie su existencia. Así, disimulado entre otros retratos «nadie tendrá noticia de lo que hay en el marco ni podrá tener jamás motivo de sospecharlo una vez colocado en dicho paraje o en otro que VM estime más a propósito». Ahí, o en una cajita de caoba con resorte secreto podría el rey tener ese documento para sí solo y usarlo cuando fuera conveniente si cambiaban las circunstancias. Otras maravillas, como la representación de la rendición de San Juan de Ulúa o paisajes de la capital tomados con cámara oscura debían ser convenientemente modificados y celosamente guardados «hasta que nos halleemos en tiempos en que puedan tratarse estas cosas».

Poseer estos objetos, especialmente el acta de la Independencia de México, podría ser interpretado como el último acto

⁶ AGP, RFVII, 29/10. Este documento fue estudiado en profundidad por Sonia Lombrado (Lombrado, 2009, donde también se transcribe) y fue descrito también por Juan Ortiz Escamilla (Ortiz, 2010, 254-255). Da cuenta de las vicisitudes del documento relativo al acta de Independencia Emma Rivas (Rivas, 2021).

de dominio de Fernando VII sobre la Nueva España. A pesar de que no es seguro que el documento viajara a España, creo suficientemente ilustrativo de la concepción patrimonial de «sus preciosos dominios» el tratamiento que estaba previsto para este documento. El original guardado secretamente en un retrato del monarca y la piedra de la litografía que ya se había preparado para hacer copias facsimilares borrada, partida en dos y regrabada con retratos de la familia real; las copias realizadas hasta entonces, reducidas a cenizas en el cuarto del hermano del rey, el futuro pretendiente Carlos María Isidro. Todo un ritual que mostraba la persistencia, a la altura de 1830, del sentido patrimonial que la razón monárquica mostraba sobre los dominios americanos del rey que conectará inmediatamente precisamente con el carlismo (Vicén, 2022).

Este tipo de razonamientos, centrados en la posición dominical del rey respecto de América, implicaban, como he apuntado, un distanciamiento evidente de la forma en que las potencias europeas entendían la legitimidad en relación con la liquidación imperial española. Este era un punto también de relevancia pues, como vio uno de los informes que vengo citando, de eso se trataba precisamente, de si España iba o no a seguir siendo una monarquía imperial.

La España, conservando sus colonias, es una Nación de primer rango, cuando sin ellas no podría salir del segundo. Con sus colonias, la España tiene ante los demás estados de Europa un crédito que le sería muy difícil conservar sin ellas.

Gerónimo Valdés se expresaba así desde Vitoria, con el recuerdo de Ayacucho todavía vivo, y advertía también del error en que incurrieran las potencias europeas al fomentar y sostener la causa de la independencia de la América española. A Francia particularmente le interesaba sostener la posición de España como potencia de primer orden, es decir, imperial, porque de lo contrario debería competir con una Gran Bretaña acrecentada a

través de un dominio informal en todo el espacio que dejaba España.⁷

José Manuel Vadillo revisó en 1829 la política europea que había llevado a una situación límite al imperio español, fuera cual fuera el resultado de la operación militar que entonces se preparaba. Tuvo por seguro que el factor esencial había sido la política inglesa de apropiación por la vía comercial de los beneficios del imperio español. Una sustitución de un dominio dominical por otro comercial, aprovechando la circunstancia crítica de España y el acoso de las potencias legitimistas a su gobierno constitucional. Coincidió Vadillo con Valdés en la valoración de la consecuencia inmediata que tendría para España la pérdida de su imperio americano en el escenario europeo. Era algo, recuerda Vadillo, que constaba, por supuesto, al gobierno británico, y que no dudó en provocar:

«¿No estaba, por otra parte, convencido el gabinete británico, según dijo el lord Liverpool en 24 de abril de 1823, de que España sin colonias, sin hacienda, sin escuadras nada era en la balanza de las potencias? ¿Y era el modo de enderezar esa balanza acabar de dejar a la España sin colonias?» (Vadillo, 1829, 225-226).

Eso era lo que estaba ocurriendo exactamente en esa primera mitad de la década de los años veinte del siglo XIX. No solo se certificaba el paso de España a una posición de segundo orden entre las potencias, sino que, respecto de la independencia, la cuestión era doble. Tenía, por un lado, que ver con la de la América española, con la gestión del final del dominio imperial español. Por otro lado, tenía que ver con la independencia de la misma España.

En la cultura del derecho de gentes, la independencia y la libertad eran los requisitos de las naciones para ser apreciados como sujetos del mismo. Eran atributos que casi todas las cons-

⁷ AGI, Estado 92 N6.

tituciones tempranas del mundo hispano predicaron de sus respectivas naciones, comenzando por la española misma (Portillo, 2022, cap. 1). Esa condición era precisamente lo que parecía haberse puesto claramente en cuestión desde los años del Trienio en dos aspectos de especial relevancia. Por un lado, para determinar su propia constitución, pues fue ahí en el único punto en que confluyeron la determinación de las potencias de la Santa Alianza con la presión inglesa expresada por el duque de Wellington: España debía cambiar su constitución en un sentido similar al de la carta francesa o afrontar una intervención de hecho, como acabó ocurriendo. El fracaso diplomático se extendió al imperio y al espacio europeo (Butrón, 2022). La medida en que España ya no era considerada un actor independiente en Europa puede apreciarse en el relato que Chateaubriand dejó sobre aquel momento en torno al congreso de Verona de 1822. En su enfoque apenas parece tener relevancia la voluntad española respecto de su constitución y de su imperio. Menos aún le pareció relevante lo que se pensara en México, Perú o el Río de la Plata. La cuestión, para el ministro francés, se dirimía básicamente entre París y Londres. Sin el más mínimo pudor muestra en estas páginas deliberadamente separadas de sus *Memorias de ultratumba*, cómo negociaba con Inglaterra utilizando a España como subalterna:

«Inglaterra no sabía que yo conocía tan bien sus buenas intenciones respecto a nosotros; pero para obligarla a asistir a las conferencias generales solicitadas por España a petición nuestra, como vamos a ver, tenía un último medio en reserva; le hubiera dicho al gabinete de Saint James: O tratáis en común con Europa sobre España y sus colonias, u ocuparemos Cádiz y la Isla de León; haremos de Cádiz otro Gibraltar; venid a echarnos» (Chateaubriand, 201, 388).

Es igualmente ilustrativo comprobar cómo Chateaubriand entendía que podía disponer qué política debían seguir tanto España como «sus colonias». A las segundas imponiéndoles una solución monárquica: «España y Europa la reconocerán [la independencia] cuando hayáis elegido como jefe a un rey de la

sangre de vuestros antiguos reyes». A España, amenazándole con la pérdida total del control de su imperio si no se avenía a reconocer la independencia bajo el supuesto de sendas monarquías en México y Perú: «obtendréis la gloria por ello, al tiempo que os reserváis ventajas en la reducción de vuestras deudas y en provecho de vuestro comercio.» (Chateaubriand, 2011, 393).

2- ¿LA HORA DE LOS INTERESES? RAZÓN COMERCIAL Y SOBERANÍA NACIONAL

El provecho del comercio al que se refería el ministro francés fue, en efecto, una de las razones que se utilizaron de manera más habitual para interpretar cómo debía España gestionar el final de la mayor parte de su imperio americano. Cuando el diputado por Sevilla Juan José Sánchez hizo a las Cortes una propuesta concreta para afrontar lo que ya se conocía como «cuestión americana» en marzo de 1822, argumentó que la situación requería una interpretación diferente de la que se había sostenido hasta ese momento. No se trataba ya de defender derechos dominicales, del rey o de la nación, sino de pensar en los intereses de la España que resultaría de la creación de nuevos estados en América.

«Harto ciegos hemos sido hasta aquí sobre nuestros propios intereses y hartos desgraciados me temo que seamos en lo sucesivo si no aprovechamos al instante el momento actual de negociar útilmente».⁸

Estos intereses eran bien relevantes: salvar las rutas que dependían de volver a comerciar con América, atraer los capitales de quienes decidieran reinstalar sus negocios en la metrópoli y evitar que otros competidores imperiales se adelantaran con tratados comerciales convenientes. Sánchez no proponía un directo reconocimiento de la independencia americana, pero sí que los enviados que las Cortes planeaban volver a remitir cerca

⁸ DSC 27, 18/03/1822 p. 409.

de los gobiernos disidentes pudieran escuchar todo tipo de proposiciones, incluida la independencia. No solo este diputado, sino un grupo creciente de ellos entendían que enrocarse en la interpretación de la crisis como una cuestión interna al dominio y soberanía de la nación española iba a conllevar «que vengamos a ser, como es muy de temer, tributarios del extranjero».

En su etapa exaltada durante el Trienio, Antonio Alcalá Galiano mostró en las Cortes en el convencimiento de que era imposible que España recuperara el dominio efectivo sobre la América continental. Lo sabían las Cortes y lo sabían los propios americanos a quienes no se les escapaba que España bastante tenía con «remediar sus males domésticos y consolidar la libertad». El modelo no tenía que ser ya el de Cádiz y la nación de españoles de ambos hemisferios sino el del Reino Unido en su relación con sus antiguas colonias de Norteamérica. Alcalá Galiano proponía, de hecho, interpretar de manera innovadora la propia constitución gaditana de acuerdo con los principios del moderno constitucionalismo. Al contrario de lo que parecía sostener aún la mayoría del Congreso, entendía que de por sí la constitución cancelaba toda comprensión dominical del espacio nacional:

«Yo no veo qué ventaja puede traer a la Península el persistir por tiempo sosteniendo este derecho sobre la América. Seguramente que en el siglo XIX este derecho sobre unos pueblos que no le reconocen debe parecer extraño a todo publicista y tanto más extraño en una nación que habiendo adoptado por principio de su Constitución la soberanía nacional da por nulos estos derechos».⁹

El dominio no era tanto una consecuencia de una subrogación de la nación en los derechos dominicales de la monarquía cuanto un hecho vinculado a la voluntad de los gobernados. Sostener un enfrentamiento entre la voluntad evidente de los pueblos americanos y los derechos de la nación española no podía

⁹ DSC, 158, 21/06/1822 p. 2161.

conducir más que a la guerra, que era incompatible con el comercio. Una reflexión que se movía en la línea que Benjamin Constant había delimitado en su entonces reciente texto sobre el espíritu de conquista: «la guerra y el comercio no son sino dos medios distintos de llegar a la misma meta, o sea, la de poseer lo que se desea» (Constant, 1988, 139). En fin, se trataba de pensar en términos de intereses y «sacar mayor ventaja con hacer hoy lo que precisamente nos veremos obligados a hacer mañana». No era la primera vez que Alcalá Galiano se pronunciaba a favor de un reconocimiento rápido y beneficioso de los gobiernos disidentes de América. En 1820 lo había hecho en Cádiz en la tribuna de la Sociedad Patriótica del café del Correo. «Para mi desdicha, recordaría en sus memorias, el asunto de que traté fue el estado de la América antes española y abogué por el reconocimiento de su independencia», dado que no había manera ya de pensar en una reconquista y Cádiz necesitaba recuperar el tráfico.

Allí ya pudo comprobar que su posición no era precisamente mayoritaria entre los liberales gaditanos que, si bien aplaudían que el ejército expedicionario se hubiera sublevado y restablecido la constitución, apoyaban igualmente el envío de una fuerza para «sujetar a los americanos». De hecho, de la propagación de la idea de que Alcalá Galiano era un agente de los americanos derivó su enfrentamiento con Santiago Rotalde que casi acaba en duelo a pistola (Alcalá Galiano, 1886, 2ª parte cap. V).

En aquellos años espacios de sociabilidad liberales, como el Ateneo Español, se ocuparon de esta cuestión y lo hicieron, por las noticias que han quedado, en el sentido de procurar que no se consumara la independencia americana. Rafael de Labra, en su historia del Ateneo, refería un acta en la que constaba que se había debatido sobre «la suerte de nuestras Américas; medios que deben emplearse para evitar la absoluta independencia de la metrópoli y conseguir su pacificación». Una nota al pie señala

que «este tema llenó muchas sesiones y atrajo mucha concurrencia». También se debatió sobre «Las colonias, y en particular de las ventajas o perjuicios que hayan traído las españolas, y de cómo «no habiéndose adoptado respecto de ellas el sistema más ventajoso» podría adoptarse al fin» (Labra, 1878, 33-34).

En esa línea de evitar la independencia americana se movió buena parte del pensamiento liberal y desde luego el hegemónico en las Cortes del Trienio, donde nunca logró prosperar una posición como la de Alcalá Galiano o como la de Mateo Ibarra, diputado guatemalteco y único miembro de la comisión de las Cortes que evaluó en 1822 la memoria del secretario de Estado de Ultramar relativa a la situación americana donde emitió un voto disidente. Lo hizo justamente para advertir que «es ya física y moralmente imposible que la España americana deje de hacerse independiente de la España europea» y, por lo tanto, que no había más solución que adelantarse a Estados Unidos, Francia e Inglaterra en el reconocimiento formal de esos Estados y sus gobiernos para poder hacer de seguido, acuerdos comerciales ventajosos para España¹⁰.

La razón de comercio y el imperio de las circunstancias y de los intereses, que deberían haber guiado una interpretación liberal de la crisis imperial, no pudo superar en aquellos años del Trienio otra razón, entonces de mayor peso, basada en la idea de la soberanía nacional. Un principio que generaba en la misma nación española un derecho real, como lo generaba en el rey la razón monárquica:

«Este derecho tiene una existencia real, reconocida no solo por los españoles sino por los que se creen árbitros del derecho público de Europa y siendo esto así ¿seremos nosotros los únicos que lo despreciaremos?»

¹⁰ DSC, 158 25/06/1822 (se publicó por orden de las Cortes en *Informe sobre la memoria del señor secretario de la Gobernación de Ultramar*, Madrid, Albán, 1822.

Era Agustín de Argüelles quien se expresaba de este modo, asumiendo que el legitimismo debería ser de aplicación no solo a los derechos de los reyes sino también de las naciones. «¿Dejará de serlo –se preguntaba– solamente en su aplicación a España?», pregunta que él mismo sabría ociosa puesto que en Viena había quedado claro que la soberanía se entendía únicamente monárquica. Podría estar limitada mediante textos otorgados por los propios príncipes, pero el Congreso la interpretó como un derecho de ellos, no de las naciones. Por eso mismo, revolución y reacción se estaban alienando respectivamente en el sur y el norte de Europa en los años veinte (Isabella, 2022).

Pero al mismo tiempo, y esto también puede ser relevante para la comprensión de la posición tomada por la mayoría de los liberales peninsulares, la reacción frente a la revolución no fue ajena, ni mucho menos, al interior de la monarquía. El caso de México en los inicios del Trienio es quizá el ejemplo más elocuente que advierte de la importancia que la reacción tuvo también en los procesos de independencia americana. La pregunta que se hicieron muchos liberales en las Cortes cuando en 1822 se trató con cierta profundidad la posibilidad de la independencia era con qué tipo de gobiernos iban a tratar tan delicada cuestión (Escrig, 2021). La memoria ministerial sobre la situación americana que propició ese debate identificó en Nueva España un cambio de ciclo insurreccional que ya no tenía que ver con una mera actitud levantisca de «la ínfima clase, desconocidos, ignorantes en el arte militar y acérrimos» partidarios de los principios republicanos». Ahora era un jefe militar el que estaba al frente y apoyado en las clases que realmente gobernaban allí el complejo espacio social. Se trataba ahora de una dirigencia que mostraba principios políticos diametralmente opuestos a los de 1810:

«... no solamente opuestos a estos principios [republicanos] sino defensores y promovedores de los puramente aristocráticos, con una mezcla dominante de teocracia de que seguramente se han de resentir en lo

sucesivo todas las medidas que se adopten por el gobierno provisional que se han nombrado.»¹¹

Eso mismo había detectado Vicente Bausá, un veterano militar con años de campaña americana, que había llegado a Nueva España con la insurrección de Itubide en marcha y Juan O'Donjú dispuesto a recorrer la vía del reconocimiento y mantenimiento del reino en la órbita de la monarquía. Estupefacto por los hechos que narraba, concluía que el país, dirigido por el clero y la milicia, se adaptaría mucho mejor a un sistema monárquico que a otro republicano.¹²

Como concluyó la comisión que estudió el informe del secretario de Ultramar, los informes disponibles hablaban de caos, violencia y anarquía. Una inestabilidad que hacía muy difícil aceptar la posibilidad de una negociación formal sobre la cesación del dominio. Por ello, a pesar que Juan Rico, el clérigo exaltado valenciano, advirtió la paradoja de que precisamente la España metropolitana aludiera a inestabilidad, la comisión dedujo que la situación americana no justificaba de ninguna manera la superación de la razón de la soberanía nacional. España, simplemente, no podía acceder a ella porque supondría una renuncia a un derecho que se entendía radical:

«La misma independencia si fuera posible que la decretasen las Cortes, sería en verdad agradecida en algunas partes, pero deplorada en muchas y seguramente perjudicial en todas. La Nación no puede en estos críticos momentos abandonar ni dejar de la mano a provincias que todavía le pertenecen de derecho... esta autoridad es útil a la América misma para preservarla de mil males que desconoce y a que se halla expuesta por la ambición y la codicia... de Estados poderosos que no apetezen otra cosa más que la revolución.»¹³

¹¹ DSC, 158, 25/06/1822 2156.

¹² AGI, México 1680.

¹³ Ibid 2158.

En esta conclusión de la comisión parlamentaria de 1822 resonaba con claridad una concepción de la soberanía nacional que en Cádiz se había manifestado de manera rotunda. Una concepción que en Cuba durante el Trienio se tradujo en una facción a la vez exaltada, profundamente partidaria de un despliegue constitucional completo y de una total adhesión a España (Santos, 2022). El hecho de que fuera la nación española la que, de acuerdo con la constitución, se había emancipado a sí misma al adquirir la condición de libre e independiente le situaba en disposición de conformar un nuevo dominio que coincidía con el de la monarquía en cuanto a su extensión, pero no en cuanto a su fundamento. El del rey derivaba de un complejo proceso de conquistas, la que permitió retomar el control del espacio peninsular y la que le otorgó el dominio sobre el Nuevo Mundo, así como de incorporaciones. El de la nación traía su causa del acto de su emancipación, de su auto proclamación como soberana, libre e independiente y, sobre todo, de su desconexión radical respecto de cualquier dominio patrimonial: «La Nación española es libre e independiente y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona».

Este segundo artículo de la constitución gaditana fue replicado, cambiando obviamente los sujetos, por todo el espacio hispanoamericano en los textos constitucionales que se fueron produciendo para establecer, a su vez, un dominio propio en cada nuevo estado. Si la nación española lo había establecido sobre la monarquía toda, los nuevos estados lo harán sobre demarcaciones imperiales (virreinos, capitanías generales o audiencias) pero con igual radicalidad: no se transferían las razones del dominio, es decir, la conquista e incorporación, pero sí este. La razón del nuevo dominio era la misma que exhibía la nación española, es decir, la emancipación.

El choque entre legitimidades derivadas de procesos de emancipación enfrentados a la emancipación original de España se vio muy claramente en estos años del Trienio, precisamente

porque, a diferencia de la política aplicada por Fernando VII entre 1814 y 1820 (y que retomará a partir de 1823), no se trataba tanto de una reconquista del dominio efectivo (que, por otra parte, casi todos convenían en que era inviable), cuanto de una renegociación de los términos en los que se habría de compartir soberanía nacional y autogobierno. Una parte de esa negociación se refería estrictamente al autogobierno en los parámetros marcados por Cádiz, es decir, una ampliación de la autogestión provincial mediante nuevas diputaciones (Chust, 2022). Otra, sin embargo, fue más allá con el conocido plan de creación de una suerte de comunidad hispana de estados.

En realidad, planes de este tipo hubo varios, todos ellos rechazados por parte de los liberales peninsulares (y, por supuesto, por parte de Fernando VII y de quienes le querían de nuevo gobernando sin constitución). Además del tratado de Córdoba, las Cortes escucharon un par de ellos, defendidos por los diputados novohispanos y el gobierno tuvo conocimiento de otro promovido desde Londres por Francisco Zea, el enviado de Simón Bolívar. Zea acompañó su proyecto de un análisis previo en el que introdujo el lenguaje de la emancipación en unos términos que salvaban la posición preeminente del rey, pero que, al mismo tiempo, certificaban el final de una relación familiar de subordinación:

«Que el rey hable el lenguaje de un padre al emancipar a sus hijos, pero con la elevación correspondiente a su augusta dignidad y grandeza y a la grandeza e importancia del objeto, sin que la guerra de América ni las circunstancias amenazantes de la Europa han influido en su real ánimo. El Rey oye la voz de la Humanidad y de la Patria y a su acento se mueve a renunciar de su Soberanía sobre un inmenso continente» (Navas, 2000, 21).

Ahí residía una de las claves del rechazo obstinado que los liberales españoles manifestaron ante cualquier proyecto de confederación imperial. Entendieron que su implementación implicaba de hecho nuevas emancipaciones con la consiguiente

pérdida de tutela nacional del espacio que componían «los dominios de las Españas». Esta expresión, que la constitución oportunamente utiliza cuando se trata de definir quiénes son españoles y ciudadanos, resultaba clave a la hora de plantearse otras formas de concebir la salida de la crisis española. No habría sido tan extraña en el contexto europeo del nuevo orden diseñado en Viena porque de esa manera se organizaría, por ejemplo, el gran centro alemán del continente que, por cierto, Wilhelm von Humboldt describió usando su interpretación de la relación entre nacionalidad, nación y monarquía en el espacio vasco navarro (Vick, 2007).

A diferencia de la Confederación alemana, los liberales españoles entendían la nación como un solo sujeto soberano incompatible con cualquier forma de emancipación, sobre todo si esta, como creían, se estaba produciendo de manera claramente prematura. Argüelles no dudó en acudir de nuevo al lenguaje familiar para explicar el rechazo a todo lo que significara emancipación:

«¿Qué hace una madre cuando ve en su familia disensiones? ¿La abandona a sí misma?; todo lo contrario: procura intervenir en las desavenencias para ver si por medio del consejo y de la persuasión puede evitar los males que la amenazan.»¹⁴

Como hemos visto, Zea propuso que la emancipación fuera un acto que partiera del rey. Algo similar proponía Manuel de la Bárcena desde Nueva España, en un texto reimpresso en Barcelona, al proclamar un derecho a la emancipación de unas colonias que habían ya madurado suficientemente como para seguir vinculadas a un dominio ajeno:

«Déjanos, pues ¡oh, España! Déjanos gozar de nuestra libertad; si nos has hecho beneficios, corona tu obra, y sea la instalación de la Monarquía mexicana el último acto de tu autoridad paternal. Danos un Rey y conviér-

¹⁴ DSC, 158, 25/06/1822 2166.

tase la cadena de la dependencia en lazos de amor, piedad y gratitud; considera que el padre que nunca quisiera reconocer a su hijo como hombre sería injusto porque no se crece para no salir de niño». (Bárcena, 1822, 15-16).

El marco interpretativo desde América se podía desplazar desde el ámbito y lenguaje del dominio al del poder doméstico, siempre y cuando este se adecuara a su propia naturaleza de la que formaba parte esa cuasi obligación del padre de facilitar la emancipación de los hijos llegados ya a la madurez apropiada. El jurista cubano Joaquín Infante —que había participado en la primera hora de las insurgencias en Venezuela y luego en México y había sido indultado por las Cortes en 1820— escribió un texto al respecto que alcanzó notable difusión tanto en América como en la Península. En él vinculaba el final de las disensiones en el imperio con una relación comercial abierta, no sometida a los monopolistas de Cádiz, y a una normalización familiar de las relaciones entre sus partes. Abandonar el lenguaje del dominio y sustituirlo por el de la emancipación podía resultar beneficioso a España:

«La ley de una nación respecto de sus establecimientos accesorios ha de buscarse no en la del dominio directo o útil de una propiedad mueble o raíz, sino en la patria potestad que es su tipo según los principios mismos que la España ha consagrado ulteriormente». (Infante, 2021).¹⁵

No fue esa emancipación regular lo usual ni desde luego lo finalmente practicado, sino una serie de emancipaciones al margen de la autoridad paternal del rey o de la concesión por parte de las Cortes. Es interesante notar, sin embargo, que en el momento en que se constata que la separación de América no tiene vuelta atrás, que incluso aun pudiendo enviar una fuerza expedicionaria ello no serviría más que para prolongar una guerra civil atlántica, se formularon posibilidades de salida a la crisis

¹⁵ El texto se había escrito en 1820 y publicado en Cádiz (Fernández Prieto, 2015).

jugando con la idea de la emancipación otorgada. Chocaron una y otra vez con el tope de la soberanía de la nación y su noción de los dominios que abarcaba. Lo harán luego, desde 1823 y hasta la muerte de Fernando VII en 1833 con la renovada idea del derecho del rey a un dominio eminente de toda la extensión de su monarquía.

Son, en efecto, varios los signos que aparecen entonces a un lado y otro del Atlántico relativos a la posibilidad de un arreglo de la crisis en una clave confederal. Precisamente en 1822 en el Río de la Plata se publicaba un texto inédito de Victorián de Villava, quien en los años noventa del siglo anterior proponía reformar la monarquía, generando gobiernos autónomos en América, para evitar la revolución. Lo publicó Ignacio Castro Barros, discípulo de Gregorio de Funes, quien fue el encargado de escribir el texto que justificaba la declaración de independencia de aquellas provincias proclamada por el congreso de San Miguel de Tucumán en 1816, donde hizo uso profuso de la idea de la emancipación (Portillo, 2022, 194). Fue entonces también, como consecuencia del cese de hostilidades pactado previamente, que Simón Bolívar envió mensajes de una posible reconciliación, contexto en el que se formó el plan de Zea. Si a ello agregamos el tratado de Córdoba o las ya recordadas propuestas americanas en las Cortes, podemos concluir que en el tiempo de Trienio hubo una más que evidente exposición de propuestas encaminadas a buscar una salida a la crisis por la vía de una reformulación del vínculo entre España y América en términos de confederación.

Estos proyectos entrañaban, sin embargo, por una vía u otra, la emancipación americana. Ese fue el punto por el que no estuvieron entonces dispuestos a transitar los liberales españoles. De hecho, en cierto modo, la cuestión americana sirvió para provocar un incipiente nacionalismo español, muy extendido entre los militares que tomaron parte en las distintas expediciones americanas (Escrig, 2023). Donde esto se evidenció de manera más notable fue en América al producirse los encuentros

entre los comisionados de las Cortes y los gobiernos establecidos en los nuevos Estados. En todos esos encuentros, el punto insuperable fue la condición americana del reconocimiento previo de su independencia y la española de no hacerlo de ninguna manera. En las conversaciones ente el general Guadalupe Victoria, como delegado del gobierno mexicano, y los comisionados españoles Ramón Osés y Santiago Yrizarry pudieron llegar incluso a admitir esta hipótesis de la independencia, incluso con el añadido de «absoluta» que reclamó el mexicano. No así, y esto es sumamente significativo a mi juicio, la exigencia de que se refirieran a México no como «este país» sino como «nación mexicana»: «dar el nombre de nación a la Nueva España –alegaron– era ya suponer reconocida la independencia». Lo que no querían era que se tratara «de nación a nación» porque ello suponía la emancipación de hecho (Delgado, 1950 III, 89). En las negociaciones de Punchauca y Miraflores en el Perú, el límite vino también marcado por la imposibilidad de superar por parte española una concepción doméstica de la crisis reconociendo que trataban con otra cosa que no fueran gobiernos disidentes o establecidos, pero no naciones independientes (Martínez Riaza y Moreno, 2014).

En el caso en el que se llegó más lejos, el del Río de la Plata donde se concluyó incluso una Convención, el punto fue también insuperable (Frasquet, 2023). No daría tiempo siquiera a que las Cortes entraran a valorar el reconocimiento de la independencia porque cuando llegó el texto del acuerdo encontró a un monarca ya no limitado por la constitución que declaró de inmediato nula toda actuación de los comisionados de las Cortes por haber recogido propuestas contrarias «a los indudables derechos de S. M. al dominio absoluto de aquellas posesiones».

Si el rey quería hacer valer su «dominio absoluto», las Cortes no cejaron en suponer plenamente vigente el «derecho nacional» en todos los dominios de las Españas. No vieron, por tanto, el cambio que justamente la América española estaba pro-

vocando ya en la regulación del espacio internacional post-revolucionario. Se hacía necesario replantearse cómo se formaba parte de las *nationes* que operaban reconocidamente en ese ámbito, más allá de la legitimidad dinástica de los príncipes de la *Christianitas*. La crisis imperial española fue, en ese sentido, el reto más agudo que hubo que enfrentar pues de su seno surgieron un buen número de nuevos estados que se decían soberanos. La situación generada desde inicios de los años veinte provocó la necesidad de admitir una situación de hecho: reconocer esos Estados como naciones independientes ante la imposibilidad de España de gestionar ya ese espacio imperial.

El criterio de reconocimiento comenzó, por tanto, a virar de la legitimidad a la civilización. Fueron nuevos requisitos relacionados con esta los que se comenzaron a tener presentes para reconocer los nuevos estados hispanoamericanos: declaración formal de existencia, cierta estabilidad de sus gobiernos y control del territorio y la población o, un criterio muy usado por el Reino Unido, abolición del tráfico de esclavos. De la capacidad civilizadora del Estado se hacía depender el posible trato comercial o la responsabilidad respecto de deudas, concesiones, comunicaciones y otros instrumentos necesarios para la nueva civilización liberal (Grewe, 2000, cap. 4). La nueva lógica se encaminaba hacia el reconocimiento de civilización como condición del de dominio. De hecho, en el lenguaje colonial inglés dominio y civilización tenderían a formas de autogobierno como en Canadá. Ese será el modelo al que mirarán en el futuro los americanos que quedaron atrapados en el limbo de las leyes especiales desde 1837.

En esa nueva lógica de la civilización recobrará relevancia el reconocimiento por parte de España de las nuevas repúblicas nacidas de su seno imperial. Como Andrés Bello observó, esa vía de ingreso en el club de las naciones operantes en el derecho internacional, en el caso hispanoamericano, no dejaba de ser precario y, en cierto modo, condicionado, entre otras cosas, a

una definitiva renuncia de dominio por parte española, que es lo que se produciría desde 1836 (Bello, 1886, 654 ss.).

BIBLIOGRAFÍA

- Alcalá Galiano, Antonio, *Memorias de Don Antonio Alcalá Galiano. Publicadas por su hijo*, Madrid: Enrique Rubiños.
- Bárcena, Manuel de la (1822): *Manifiesto al mundo de la justicia y necesidad de la independencia de la Nueva España*, Barcelona: Garriga.
- Bello, Andrés (1886): “Reconocimiento de las repúblicas hispanoamericanas por España”, en: *Del mismo, Derecho internacional*, Santiago de Chile: Pedro G. Ramírez.
- Butrón, Gonzalo (2022): “Diplomacia y acción exterior española en el Trienio Constitucional: aislamiento europeo y fracaso americano”, *Ayer*, 127, pp. 53-80.
- Clavero, Bartolomé, *Derecho de la sociedad internacional*, Madrid, UAM, 2023 [original italiano 1995].
- Chateaubriand, François René (2011): *Congreso de Verona. Guerra de España. Negociaciones-colonias españolas (1838)*, Madrid: Machado.
- Chust, Manuel (2022): “Los diputados novohispanos y centroamericanos en las cortes del trienio: El tránsito del autonomismo al independentismo, 1820-1821”, *Americanía. Revista de Estudios Latinoamericanos*, 16, pp. 147-174.
- Constant, Benjamin (1988): *Del espíritu de conquista* [estudio preliminar de María Luisa Sánchez-Mejía], Madrid: Tecnos.
- Escrig, Josep (2023): “Siempre español. El imaginario nacional de un militar realista en la independencia de México”, *Aportes*, 13.
- Escrig, Josep M. (2021): *Contrarrevolución y antiliberalismo en la independencia de México (1810-1823)*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza/El Colegio de Michoacán.

- Fernández Prieto, Leila (2015): “Una mirada sobre las independencias americanas: el ideario político de Joaquín Infante, de lo local a lo continental”, *Revista de Indias*, LXXV, 264 555-570.
- Fradera, Josep M. (2005): *Colonias para después de un imperio*, Barcelona: Bellaterra.
- Frasquet, Ivana (2017): “Restauración y Revolución en el Atlántico iberoamericano” en: Pedro Rújula y Javier Ramón Solans (eds), *El desafío de la revolución: reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos XVIII y XIX)*, Granada: Comares.
- Frasquet, Ivana (2023): “España en la encrucijada. Políticas y negociaciones ante las independencias hispanoamericanas durante el Trienio Liberal”, *Pasado y Memoria*, 27.
- García Monerris, Camen (2015): *Las cosas del Rey. Historia política de una desavenencia (1808-1874)*, Madrid: Akal.
- García Monerris, Carmen (2004): “La nación y su dominio. El lugar de la Corona”, *Historia Constitucional*, 5.
- Grewe, Wilhelm G. (2000): *The epochs of international law*, Berlín: De Gruyter.
- Infante, Joaquín (1821): *Solución a la cuestión de derecho sobre la emancipación de la América*, Puebla: Liberal.
- Inurrigarro, Ángel, (2023): *Guerra y participación política en un territorio señorial de la Nueva España: el Marquesado del Valle de Oaxaca, 1808-1823* (Tesis), México: UNAM.
- Isabella, Maurizio (2023): *Southern Europe in the age of revolutions*, Princeton: Princeton University Press.
- La Parra, Emilio (2018): *Fernando VII. Un rey deseado y detestado*, Barcelona: Tusquets.
- Labra, Rafael María (1878): *El Ateneo de Madrid. Sus orígenes-desenvolvimiento representación y porvenir*, Madrid: Aurelio Alaria.
- Lombrado, Sonia (2009): *Trajes y vistas de México en la mirada de Theubet de Beauchamp*, Madrid: Turner.
- Martínez Riaza, Ascensión y Moreno, Alfredo (2014): “La conciliación imposible. Las negociaciones entre españoles y americanos en la independencia del Perú, 1820-1824” en Ascensión Martínez Riaza (ed), *La independencia inconcebible. España y la pérdida del Perú (1820-1824)*, Lima: Pontificia Universidad Católica.

- Navas, J. Alberto (2000): *Utopía y atopia de la Hispanidad: El proyecto de Confederación Hispánica de Francisco Antonio Zea*, Madrid: Encuentro.
- Portillo, José M. (2022): *Una historia atlántica de los orígenes de la nación y el Estado. España y las Españas en el siglo XIX*, Madrid: Alianza Editorial.
- Rivas, Emma (2021): “Vicisitudes y entramado social de un documento histórico. El Acta de Independencia de México comprada por Luis García Pimentel”, *Historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos*, 109, pp. 61-90.
- Rodríguez Tapia, Andrea (2019): *Realistas contra insurgentes. La construcción de un consenso historiográfico en el México independiente, 1810-1852*, Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Rojas, Daniel (2022): “The Recognition of Latin-American Independences A Major Transformation in the History of the Law of Nations”, en: Warren Pezé y Daniel Rojas, *International Recognition. A Historical and Political Perspective*, Tübingen: Mohr-Siebeck.
- Santos, Alain (2022): “El pueblo dividido: partidos y facciones en el discurso político en La Habana durante el Trienio Liberal”, *Ayer*, 125-1.
- Vicent, Andrés (2022): “La América española entre carlotistas y carlistas. Notas sobre la dimensión territorial de las resistencias de corte dinástico a la disolución de la monarquía católica”, *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, 11, pp. 121-143.
- Vick, Brian (2007): “Of Basques, Greeks, and Germans: Liberalism, Nationalism, and the Ancient Republican Tradition in the Thought of Wilhelm von Humboldt”, *Central European History* 40, pp. 653-681.

FIN DE SIGLO, UN MOMENTO EUROAMERICANO

Jordi Canal i Morell
Prof. de Historia Contemporánea
École des Hautes Études en Sciences sociales de París

FIN DE SIGLO, UN MOMENTO EUROAMERICANO

La frase «les queues de siècle se ressemblent», que puede traducirse como los finales de siglo se parecen o como los finales de siglo se asemejan, se ha convertido en Francia en un clásico de los libros y las webs de citas famosas. Muchos estudiosos han recurrido a ella, asimismo, por su potencia y capacidad evocativa. La afirmación pertenece, originalmente, a la novela *Là-bas*, de Joris-Karl Huysmans, publicada en París en 1891 –en el folletín de *L'Écho de Paris* entre febrero y abril y, en el mismo año, ya en volumen–, y a la conversación que en uno de sus pasajes mantienen Durtal y Des Hermies, en la morada del primero y antes de que este asista a una misa negra, oficiada por el canónigo Docre. «¡Qué época tan extraña!», exclama Durtal. Y añade, acto seguido: «Precisamente en el momento en que el positivismo está en todo su apogeo, se despierta el misticismo y comienzan las locuras del ocultismo.» Des Hermies prosigue la conversación, centrada en esta época *bizarre*: «Pues siempre ha ocurrido así; los fines de siglo se asemejan.

Todos vacilan y se turban. Cuando el materialismo se sobreexcita, se alza la magia. Este fenómeno reaparece cada cien años.» La traducción al español, que estoy citando, posterior en tres lustros al original francés, fue obra de Germán Gómez de la Mata.

Según la crítica que Paul Verlaine incluyó en las páginas de *Le Chat noir*, en el mismo año 1891, *Là-bas* es un libro *épastrouillant*, o sea, impresionante. Lo es, sin duda; también, a veces, desconcertante. Durtal, alter-ego y portavoz de Huysmans, aparece como el personaje central de la novela —y de otras obras ulteriores—, acompañado con frecuencia por su amigo el doctor Des Hermies, alter alter-ego del autor. Ambos se muestran muy críticos con el naturalismo de la escuela de Émile Zola, en especial el médico. Empieza la novela, precisamente, con una discusión entre ellos sobre este tema, que lleva a Des Hermies a afirmar que, en aquella «época antipática» —*affreux temps*, escribió Huysmans en francés—, el naturalismo encarna el materialismo en la literatura y glorifica la democracia del arte. El intercambio lleva a Durtal a pensar, ante el «ignominioso espectáculo de este fin de siglo», en la necesidad de un naturalismo espiritualista en literatura —a la manera, en la pintura, de la extraordinaria *Crucifixión* de Mathaeus Grünewald, del primer cuarto del siglo XVI, que había admirado en Alemania—. Como él mismo se dice, «no hay dicha más que en uno mismo y por encima del tiempo». Durtal está escribiendo un libro sobre Gilles de Rais, mariscal de Francia, que combatió junto con Juana de Arco y acabó siendo ajusticiado, tras un sonado proceso judicial en Nantes, en 1440. Des Hermies no tiene dudas sobre las razones de una tal elección: «En todos tus libros, has caído de brazos cruzados sobre este rabo de siglo; pero a la larga se cansa uno de golpear en un muelle que se encoge y se estira. Tenías forzosamente que tomar aliento y asentarte en otra época, esperando descubrir en ella un motivo que te agradara para un libro. Bien fácilmente se explica así tu desarrollo espiritual en los últimos meses y esa salud que ha vuelto a ti de manera súbito cuando te has dedicado de lleno a Gil de Rais.» Nótese que el

traductor ha decidido aquí adaptar el nombre Gilles y traducir *queue de siècle*, optando por la literalidad, por «rabo de siglo».

En la novela, las páginas sobre la vida de Gilles de Rais, identificado como Barba Azul y supuesto autor de atroces crímenes infantiles, sodomita y satanista –un personaje sobre el que todavía en la actualidad los medievalistas intentan encontrar luces entre mitos y leyendas que lo siguen presentando, hoy como ayer, con harta carga presentista, como ogro, asesino en serie o pedófilo de manual–, se combinan con las dedicadas al satanismo contemporáneo, que el protagonista intenta descifrar. Íncubos y súcubos le interesan sobremedida y desea asistir, a fin de entender mejor el satanismo medieval, a una misa negra. Acaba consiguiéndolo gracias a la inquietante y sacrílega Hyacinthe Chantelouve, en una alucinante y repulsiva ceremonia oficiada por el monstruoso canónigo Docre, conocido por alimentar a sus ratones blancos con hostias consagradas por él mismo y por llevar tatuada una cruz en la planta de los pies para poder pisar siempre a Jesucristo. La huida del mal del siglo, al fin y al cabo, va a acabar por enfrentar a Durtal con el Mal, en mayúscula.

El punto de unión entre ambas tramas se encuentra en una torre de la parisina iglesia de Saint-Sulpice, en donde vive el campanero Durhaix junto con su esposa. Este también odia su tiempo: «¡Pobre Carhaix! –se dijo Durtal, apagando su bujía–. ¡Uno más al que le gusta su época tanto como a Des Hermies y tanto como a mí!». Allí se reúnen Durtal, Des Hermies, Durhaix y, en ocasiones, el astrólogo Gévingey, en veladas en torno a una mesa regada por buenos vinos, sidra y licores y surtida con las succulentas comidas preparadas por Mme Durhaix. Las discusiones rebosan erudición, tanto sobre el arte ancestral de las campanas o el divino Paraclete, como sobre el diablismo, el incubato y la doble penetración femenina gracias al miembro bifurcado del ser íncubo, esclarecida por un ruborizado Gévingey o las mujeres histérico-epilépticas. La crítica al naturalismo no impidió a Huysmans acumular muchísima documentación,

tanto escrita como oral, e inspirarse, para algunos de sus personajes, en personas reales, como el abate Boullan (Dr. Johannès) o el abad belga Van Haecke (Docre). En todo momento, en cualquier caso, emerge el decadente desprecio al siglo: «¡Qué lodazal, Dios mío! ¡Y decir que se exalta y adula a este siglo XIX! No se tiene en la boca más que una palabra: el progreso. ¿El progreso de quién, el progreso de qué?... ¡Porque no ha inventado gran cosa este miserable siglo!». Esta centuria miserable, prosigue pensando Durtal, «no ha edificado nada y lo ha destruido todo», en París, en Francia y en los Dos mundos, esto es, Europa y América. La última de las reuniones en la torre coincide con gritos de viva el general Boulanger, procedentes de la plaza Saint-Sulpice. Estamos en enero de 1889.

El nombre de Joris-Karl Huysmans, Joris-Karl o J.-K., adaptación, como nombre de pluma, de Charles-Marie-Georges en homenaje a la familia paterna de ascendencia holandesa— rima con decadencia fin de siglo. Nacido en París en 1848 y empleado toda su vida laboral como funcionario en el Ministerio del Interior, seguidor de Zola y el naturalismo en su juventud—en verdad, amigo y uno de los más dotados discípulos del círculo de Médan—, Huysmans se iba a consagrar como novelista en 1884 con *À rebours*. La existencia y el encierro lejos de París—y «de la realidad y sobre todo del mundo contemporáneo, al que tenía un creciente horror»— del aristocrático Des Esseintes, comparado en ocasiones con el Dorian Grey de Oscar Wilde, reflejan el odio a la sociedad burguesa y al siglo. Crea, en consecuencia, su propio mundo. «Pues ¡derrúmbate, sociedad; muere, viejo mundo!—gritó Des Esseintes, indignado por la ignominia del espectáculo que evocaba», escribía Huysmans en las páginas finales de la novela. *Haine*, odio, es una palabra que se repite. El pesimismo, como buen lector de Schopenhauer, constituye uno de los elementos del decadentismo que el autor francés va a representar, dejando atrás el naturalismo y apostando progresivamente por el simbolismo. *À rebours* se convirtió en obra de referencia del fin de siglo. En 1887 salió a la calle la novela *En*

rade y, en 1891, como hemos visto, *Là-bas*. En los años siguientes se produce su conversión al catolicismo, que Huysmans-Durtal relata en su libro *En route*, de 1895. No pocos autores han leído en clave premonitoria algunas frases de Durtal, en los párrafos finales del penúltimo capítulo de *Là-bas*: «Pero si uno es lógico consigo mismo, al creer en Satán hay que creer en el catolicismo, y en ese caso, no le queda a uno más remedio que rezar. Porque, al fin y al cabo, el budismo y los demás cultos de esa clase no tienen bastante talla para luchar contra la religión de Cristo.» La palabra clave es, sin duda, creer: lo religioso. En 1891, sin embargo, Huysmans todavía seguía, como su Durtal, dudoso ante algunos dogmas e interesado por el satanismo —va a acabar formando parte de este mundo latino finisecular fascinado y crédulo ante la existencia de Miss Diana Vaughan, invento del genial farsante marsellés Léo Taxil— y, además, su querencia por los burdeles lo frenaba. Poco a poco iba a entrar por el buen camino católico, haciendo peregrinaciones y frecuentando asiduamente la vida monástica. En 1898 vio la luz *La Cathédrale* y, en 1903, *L'oblat*. Huysmans destacó, asimismo, como crítico de arte, reivindicador de la pintura de los impresionistas y de los simbolistas y del arte religioso. Falleció en 1907, en los principios de un nuevo siglo. Como asegura uno de los personajes de *La Catedral*, «el pasado me parece horrible, el presente se muestra débil y desolado, y, por lo que al futuro se refiere, es el horror».

Aunque *À rebours* sea la obra más famosa de su autor, la cita sobre las «queues de siècle» de *Là-bas* sigue apareciendo como la más celebrada. *À rebours* ha sido traducida, según la ocasión y el momento, como *Al revés*, *A contrapelo* o *Contra natura*, mientras que *Là-bas* se convirtió en *Allá lejos* o *Allá abajo*, en una nítida muestra de la no fácil lengua literaria de Huysmans, que quizá explique también la tardía aparición de sus obras en el mundo hispánico. Ambas novelas se publicaron en la editorial valenciana Prometeo, en traducción del ya citado Gómez de la Mata: *Allá lejos*, en 1916 y, seguramente, en 1918, y *Al revés*, en 1919. Vicente Blasco Ibáñez redactó un prólogo,

fechado en París en noviembre de 1918, para *Allá lejos*, en el que calificaba a Huysmans como «gran artista literario, violento, original, contradictorio» y «orfebre maravilloso de las palabras nuevas, luminosas y exactas». Antes de dichas traducciones, sin embargo, muchos literatos, tanto en España como en América Latina, las habían leído en su original francés y trataron de ellas y de su autor. Fue el caso, por ejemplo, de la española Emilia Pardo Bazán y, sobre todo, del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo. Resulta interesante comprobar que, en algunos textos en lengua francesa, debidos a filólogos o autores hispanistas, el original se convierte en «les fins de siècle se ressemblent» o bien «toutes les fins de siècle se ressemblent», no respetando estrictamente la literalidad de la sentencia, aunque sí su significado, consecuencia de una doble traducción-traición o un conocimiento del contexto que acaba por despistar la exactitud. Las «queues» devienen, así pues, «fins» de siglo.

Para comprender aquellos tiempos de confusa modernidad, definida como decadencia, nos recomendaba Yves Hersant en su cuidada edición de *Là-bas* que, al margen de consultar las encuestas de los sociólogos, los ensayos de los filósofos y las tesis de los historiadores, lo más divertido era leer a Huysmans. Tenía razón. Y asimismo lo recomiendo. Sin embargo, como historiador lector de novelas no me resulta posible ignorar que, más allá —no sé si más lejos, ni si más abajo,— existe un segundo grado de diálogo, en forma de imaginación, reflejo o producto de una época, con la obra literaria. Los finales de siglo se parecen, dicen bien los personajes de Huysmans en *Là-bas*. No puede excluirse totalmente una suerte de tradición de los fines de siglo, de 990 a 1990, como propusiera Hillel Schwartz en una obra tan documentada como discutida. De la misma manera, no obstante, todos los finales de siglo son distintos, tanto desde una óptica temporal como espacial. En el volumen *Visiones de fin de siglo*, que vio la luz en 1999 bajo la dirección de Raymond Carr, se reunieron media docena de ensayos de reconocidos historiadores dedicados, respectivamente, a los finales de los siglos

XV (Julio Valdeón), XVI (Henry Kamen), XVII (Felipe Fernández-Armesto), XVIII (Carmen Iglesias), XIX (Jon Juaristi) y XX (Juan Pablo Fusi) en España. La lectura de los artículos pone de manifiesto las diferencias que imponen los tiempos –por ejemplo, del pesimismo y decadencia del Ochocientos hispánico terminal, al optimismo y dinamismo de cien años después–, así como el propio sentido del fin de siglo en uno u otro momento y lugar. De la misma forma, las lecturas paralelas entre los finales del siglo XIX en Italia y Francia, en Francia y México, en Italia y España o en España y Gran Bretaña muestran, al lado de algunas coincidencias, notables disimilitudes. La utilidad de la comparación, tanto de lo comparable como de lo incomparable, reside precisamente en la relevancia de los matices.

La desemejanza entre los finales de siglo resulta también evidente al poner frente a frente las realidades y los imaginarios, así como las percepciones contemporáneas y, gracias a la perspectiva que ofrece el tiempo, las ulteriores. El llamado Desastre, con esa mayúscula que convierte 1898 en el desastre nacional por excelencia de la historia española, constituye un caso paradigmático. Como escribieran Jacques Maurice y Carlos Serrano, aunque pareciera una tempestad, algo así como Sedán y la Comuna de París reunidos, fue «apenas una brisa». La crisis no supone siempre un desastre; anuncia, en ocasiones, génesis o resurgimientos. Crisis no significa catástrofe, apuntaba Julio Aróstegui, pudiendo ser esta «perfectamente generadora de una renovación, aunque sus alternativas tarden en llegar». Grandes o pequeñas, cortas o largas, las crisis representan, en la historia, un estado normal más que de anormalidad. Aseguraba Carmen Iglesias, en un sugestivo artículo, que, frecuentemente, las crisis y decadencias finiseculares eran en buena medida solo cambios. Eugen Weber contrapuso, en *France, Fin de Siècle* (1986) –un libro fascinante, aunque con poca fortuna inicial en la historiografía del país tratado–, el sentimiento francés de decadencia y la percepción del progreso: lo espiritual versus lo material. Los historiadores se habían fijado demasiado en lo primero, a partir de una sobrevaloración de la política o del arte –en el fondo,

cuestiones de minorías o elites—, y olvidado que, en aquel entonces, muchas cosas mejoraron o iban a mejorar la vida de la gente: lámparas eléctricas, telégrafo y teléfonos, agua corriente, calefacción, transportes públicos, información, deporte, bicicletas. También la comida, la bebida y el vestido, más apremiantes socialmente, en el fondo, sostenía Weber, que la libertad de prensa o el sufragio universal. Las cosas no eran tan negras. Y admitían visiones opuestas. Fue una época de cambios, lentos a veces, pero significativos. El final de la centuria no representaba, en definitiva, nada excepcional: reflejó el siglo XIX e iba a anunciar el XX. Con «decadencia» ocurría algo parecido a «fin de siglo», afirmaba este autor: era un término ambiguo que designaba un tema que solamente atormentaba a las minorías ilustradas, entre las cuales un buen número de aburridos artistas rentistas. La noción de decadencia tiene en el mundo occidental una larga historia, especialmente fecunda en tiempos de progreso. Los finales de siglo, en fin de cuentas, más allá de los tópicos sobre el supuesto valor negativo de lo terminal, se asemejan y se diferencian. No existe ninguna contradicción.

La retórica del final de la centuria fue muy abundante en las décadas de 1880 y 1890 en el mundo occidental. En 1891, escribían en *Atlantic Monthly*:

«Por todas partes nos regalan con disertaciones sobre la literatura finisecular, la política de fin de siglo, la moral de fin de siglo. La gente parece dar por sentado que un siglo que agoniza implica desencanto, languidez.»

En un monólogo en verso titulado *Fin de siècle*, que vio la luz aquel mismo año en París, podía leerse sobre dicha expresión, que estaba de moda (à la mode) y que lo decía todo, y no dice nada:

«¡Finales de siglo! Por todas partes, por todas partes.
Su significado, ateo o bien místico.
Es, en cualquier caso, muy elástico
¡Puesto que sirve para designarlo todo!»

Sonaba bien y servía para todo. *Fin de Siècle* correspondía, asimismo, a la cabecera de un periódico literario ilustrado, cuyo primer número apareció en enero de 1891 –en 1890 salía a la calle, de manera efímera, *Le Fin du Siècle*, con temática más financiera y económica–. Las palabras siguientes servían para cerrar su auto-presentación: «Ser fin de siglo o dejar de existir: esta es la verdadera, la única, cuestión del día.» Los ejemplos podrían multiplicarse con harta facilidad. «Fin de siglo» o «fin-de-siglo», en cualquier caso, son expresiones de origen francés –«fin de siècle», «fin-de-siècle»–, creadas entre 1880 y 1900, que designaban el final del siglo XIX, el primer final de siglo tras la cristalización de la noción moderna de siglo. El peso y el prestigio de la cultura, las modas y la política galas propiciaron su extensión a otras lenguas. Incluso, en inglés, pero no en español, se mantuvo frecuentemente la fórmula francesa. El *Fin-de-siècle*, cargado de algunas connotaciones negativas –crisis, decadencia, depresión, degeneración (el papel de la influyente y muy traducida obra de Max Nordau, *Entartung*, de 1892, no iba a resultar irrelevante), pesimismo–, que se acabaron por imponer a las demás, iba a preceder a la *Belle Époque*.

Fin de siglo no constituye una simple referencia temporal, sino un nombre de época. Es lo que algunos han designado como cronónimo, un nombre propio de tiempo en la expresión tentativa de la lingüista suiza Eva Büchi, desarrollada con posterioridad por otros autores. No suponen nada de natural. Se trata de construcciones, que deben ser abordadas teniendo en cuenta sus contextos y modalidades de elaboración con el objetivo de comprender los usos, funciones, resignificaciones y circulaciones. Contienen retazos de conciencia histórica. Y, en ocasiones, verbigracia la Ominosa década –para la España de la segunda restauración absolutista de Fernando VII, entre 1823 y 1833–, la neutralidad brilla por su ausencia. En *Les noms d'époque* (2020), Dominique Kalifa evidencia la capacidad de los cronónimos para «condensar en un solo término o en una sola expresión una cantidad considerable de representaciones» y distingue, asimismo, entre los que nombraban su tiempo y aquellos

que rememoraban o reinventaban el tiempo, siempre circunscritos a la contemporaneidad. Fin de siglo forma parte de los primeros, igualmente como el italiano Risorgimento, el francés Restoration, la británica Victorian Age o la española Transición; entre los segundos encontramos, entre otros, Primavera de los pueblos o Entreguerras, pero también los franceses Années noires o Trente Glorieuses y la germánica Stunde Null, la hora cero. La perspectiva resulta, sin duda, muy francesa y, por extensión, algo europea, pero se puede aplicar a América Latina sin demasiados problemas: desde la propia Época colonial hasta la argentina Década infame o el Periodo especial en Cuba. En el caso específico de fin de siglo, Christophe Charle destaca la precocidad de su autodefinición en Francia, que vincula a la coincidencia de tres fenómenos: la derrota ante Alemania y la incertidumbre de la década de 1870; el clima económico recesivo –en el que sobresale el crack bursátil de 1882–, las dificultades agrícolas y la debilidad demográfica, y, finalmente, la crisis moral de la época. La visión negativa del cronónimo se iba a positivar parcialmente en la etapa de entreguerras. La emergencia de otro nombre de época, Belle Époque, especialmente tras la Segunda guerra mundial, para designar el decenio anterior a la Gran Guerra –los llamados años 1900– resignificó, con su imaginario nostálgico, la etapa precedente. Las obras sobre el fin de siglo se multiplicaron a partir de la década de los ochenta del Novecientos en todas las lenguas –Carl Schorske y Eugen Weber constituyen, según Charle, los auténticos emblemas de esta renovación–, conteniendo una clara rehabilitación de las décadas de 1880 y 1890 en todos los aspectos. Me parece totalmente infundado, sin embargo, aludir, en nuestros días, a unos supuestos «fin de siècle studies».

Fin de siglo nombra una época. Sally Ledger y Roger Lukhurst aluden a una «matriz histórica esencial». Resulta aplicable como expresión crononímica más allá de la estricta historia de Francia y de los movimientos artístico-literarios, como bien mostraran, por ejemplo, la obra de Carl Schorske, *Fin-de-Siècle Vienna: Politics and Culture* (1979), o bien la

perspectiva mundial y multifacética de Michael Saler en *The Fin-de-Siècle World* (2015). La categoría alberga, no obstante, inevitables imprecisiones cronológicas y encabalgamientos periódicos. Ni empieza en todas partes en 1880 ni termina en 1900. Depende de cada región o de cada país. En el ámbito anglosajón no resulta extraño alargar el fin de siglo hasta 1914 o fusionarlo con la Belle Époque. ¿Cuándo comienza un periodo finisecular?, se preguntaba José-Carlos Mainer en un artículo sobre el fin de siglo como cultura del final. En Francia, 1870-1871 resulta un momento de inevitable referencia. En España, pongamos por caso, la fecha terminal más razonable es 1902, con el fin de la regencia de María Cristina de Austria y el inicio del reinado de Alfonso XIII, más que 1900. Los simbólicos ceros, tan evocativos, no necesariamente poseen capacidad explicativa. La arraigada idea del largo siglo XIX, de 1789 a 1914, resulta un caso paradigmático. Asimismo, en la historia española, fin de siglo coexiste con Restauración, un periodo entre 1875 y 1923, al igual que ocurre en Francia con la Tercera República (1870-1940), en México con el Porfiriato, que se alarga hasta la Revolución mexicana de 1910, o en Brasil con la flamante República instaurada en 1889. La polisemia y los usos y abusos de la categoría no bastan para invalidarla. Con todas las prevenciones necesarias, como en cualquier operación historiográfica, crítica por definición, en Fin de Siglo —una de aquellas célebres «queues de siècle» de Huysmans— se concentra, en definitiva, un tiempo.

1- EUROAMÉRICA

Sostenía el gran historiador francés Marc Bloch, en *Apolo-gía por la historia*, escrita a principios de la década de 1940, inacabada y publicada póstumamente, que la historia es la ciencia que se ocupa de los hombres en el tiempo. En pleno siglo XXI, sin embargo, algunos elementos de la definición merecen una cierta revisión, que en nada cuestiona la tesis de fondo. Ante todo, en este nuevo milenio, el uso de la palabra «hombres»

plantea algunos problemas. Seguramente es más correcto hablar de «hombres y mujeres» o, más simplemente, de «individuos», «personas» o «sujetos». La opción por los individuos parece la más adecuada. En segundo lugar, las discusiones de las últimas décadas nos obligan, como mínimo, a un cuestionamiento de la consideración de la historia como una ciencia. Podríamos, aquí, obviar este debate central recurriendo a la caracterización de la historia como una disciplina y un oficio. Finalmente, resulta difícil en la actualidad pensar la historia solamente en términos de tiempo, orillando sus estrechas relaciones con el espacio. Espacio y tiempo constituyen, en general, elementos indisociables. Con todas estas modificaciones, la definición primigenia de Bloch se reescribe de la manera siguiente: la historia es la disciplina que se ocupa de los individuos en el tiempo y el espacio.

En la segunda mitad del siglo XX, los historiadores han tomado muchísimo más en consideración el tiempo que el espacio y, con notables excepciones –de Michel de Certeau a Reinhart Koselleck, pongamos por caso–, la dimensión espacial ha sido insuficientemente integrada en la reflexión y problematización históricas. Sin embargo, todo, en la historia, remite en alguna manera al espacio –además de al tiempo, evidentemente, sin necesidad de contradicción alguna–. Entre los autores que han insistido en ello en las dos o tres últimas décadas destaca el historiador y sociólogo alemán Karl Schlögel. Advertía en 2003, en *Im Raume lesen wir die Zeit* [*En el espacio leemos el tiempo*], que «la carencia de dimensión espacial no llama ya la atención» e insistía, asimismo, en «lo espacial de toda historia humana». Un lustro después, en un magnífico libro, *Terror und Traum. Moskau 1937* [*Terror y utopía. Moscú en 1937*], mostró las posibilidades enormes de una historia más atenta y abierta al espacio. No solamente los historiadores han llevado a cabo en los últimos tiempos una reivindicación del espacio –sublimada en el giro espacial (*spatial turn*) y la denominada historia espacial–, sino también se ha hecho desde otras disciplinas, como la ciencia política, la sociología o la teoría literaria. En todos los

casos se asume la idea de que el espacio no es un simple decorado, inmóvil y fijado, sino que se trata, por encima de todo, siguiendo a Henri Lefebvre, de algo producido en unos momentos y circunstancias determinados.

En 2002 vio la luz un artículo, «L'Éuro-Amérique: constitutions et perceptions d'un espace culturel commun», escrito por el historiador hispano-francés François-Xavier Guerra. El texto formaba parte del volumen titulado *Les civilisations dans le regard de l'autre*, editado en París por la UNESCO. Era el resultado de un coloquio internacional organizado, en la ciudad del Sena, el 13 y 14 de diciembre de 2001 por la UNESCO y la École Pratique des Hautes Études (EPHE, París) en el marco del Año de las Naciones Unidas por el diálogo entre las civilizaciones. Las dos primeras páginas de la contribución eran muy interesantes. Empezaba Guerra constatando que no resultaba extraño, todavía en la actualidad, que «se aborde la relación entre América Latina y Europa como una relación de profunda alteridad, como si se tratara de dos civilizaciones distintas». Citaba, como ejemplo, el controvertido libro del politólogo estadounidense Samuel P. Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order* (1996), aunque añadía que resultaba más sorprendente aún «encontrar implícitamente afirmaciones de este tipo en las plumas de intelectuales latinoamericanos después de la Segunda guerra mundial». A sus predecesores, afirmaba, «convencidos de su parentesco profundo no solamente con el Antiguo Mundo, sino también con sus vecinos del norte», estos asertos les habrían parecido incongruentes. El autor destacaba un par de proposiciones importantes a fin de comprender este cambio de perspectiva: la aparición, a mediados del siglo XX, de la noción de Tercer Mundo –en el que América Latina era ubicada– el éxito de la teoría de la dependencia y el predominio de la economía como última instancia explicativa en las ciencias humanas, y, en segundo lugar, la nueva fase de construcción en América Latina de las identidades nacionales, otorgando a la «nación» un contenido cultural lo

más singular posible, que se buscó, como antes en tierras europeas, en las profundidades del pueblo y en las raíces más antiguas y alejadas del cosmopolitismo. Sin embargo, la renovación de la historia política y cultural que había tenido lugar en los últimos lustros, proseguía Guerra, permitió mostrar que «las realidades latinoamericanas eran muy próximas a las del resto del área euroamericana» en el terreno de las estructuras culturales (imaginarios, valores, prácticas) y de los momentos políticos. Resultaba imposible para los siglos XIX y XX, por tanto, estudiar muchos fenómenos latinoamericanos sin hacer referencia a Europa: en ocasiones eran realidades nacidas en Europa, antes de transmitirse en América; en otras, los dos continentes declinaban de maneras distintas, pero paralelas, los mismos temas, y, asimismo, en otras más, las experiencias americanas – las revolucionarias del Novecientos, por ejemplo– se convertían en una referencia en el ámbito europeo. En definitiva, afirmaba, «la alteridad radical con respecto a Europa es una construcción identitaria reciente, de la que solamente existen rastros muy débiles en las elites latinoamericanas del siglo XIX». Estas se consideraban, como mínimo hasta la Primera guerra mundial, americanas por nacimiento y adscripción nacional, a la vez que europeas por origen y cultura. La conciencia de doble pertenencia «es constitutiva de toda América», apuntaba François-Xavier Guerra, como heredera de la primera expansión de los europeos fuera de Europa. Y, acto seguido, concluía: «Al margen de la opinión que se tenga sobre esta expansión y sus efectos sobre los pueblos y culturas autóctonos, se trata de un hecho primordial e imprescindible que condiciona la inteligibilidad de las cuestiones latinoamericanas».

A partir del preámbulo que acabo de glosar, el artículo de Guerra sobre Euroamérica como espacio común se estructura en tres partes. Las dos primeras están dedicadas, respectivamente, a la América colonial y a la América Latina independiente. La América colonial podía considerarse, según el autor, una prolongación de Europa. Los europeos que se instalaron en Ultramar no iban a dejar de ser europeos. Intentaron duplicar el

Antiguo Mundo en el Nuevo, pero lógicamente, por inevitable, mas también con voluntariedad, nada iba a ser idéntico: españoles, portugueses y británicos construyeron sociedades que, a la vez que eran europeas, constituían asimismo algo nuevo. En consecuencia, se aseveraba: «La instalación europea en América no instaaura una relación de exterioridad del Nuevo Mundo con respecto al antiguo, pero sí instaaura ciertamente una diferencia. Las sociedades que los europeos allí construyen van a ser al tiempo parecidas e inéditas en relación con las que existen en Europa: se trata de variantes de un conjunto euroamericano. En nuestro caso, este conjunto euroamericano se vincula con una civilización, un cierto tipo de organización social y política, de religión, de imaginario, de ideas, de valores, de sensibilidad, de gustos...»

Evidentemente, en el interior de esta civilización euroamericana existían variantes múltiples —lo que implicaba tener en cuenta una pirámide de pertenencias a conjuntos superpuestos y, por tanto, una gradación de la alteridad—, pero poseían códigos culturales comunes: formaban parte, en definitiva, de un mismo mundo. Aunque al principio estas pertenencias solamente pudieran contemplarse en el caso de la parte europea de la población, existió una progresiva y profunda europeización de las poblaciones indígenas y un avance de los mestizajes. Aquí Guerra apelaba, esencialmente, a los trabajos de Serge Gruzinski. Con todos los matices necesarios, sostenía, «al final de la época colonial, la gran masa de la población de América Latina, incluida la mayoría de los indígenas, pertenecen ya por sus códigos culturales a la civilización occidental». Esta es la razón que explicaba que América Latina hubiera participado en plano no subordinado en las grandes corrientes culturales y artísticas del mundo occidental, como el Barroco ponía claramente de manifiesto. En la época de la Ilustración, no obstante, se iba a evidenciar un fenómeno que, en el siglo XIX, se intensificó: «América latina y, sobre todo, la América hispánica se perciben como excéntricas y atrasadas, como la periferia de una civilización que tiene su centro en los grandes países de Europa

occidental». El origen de esta impresión pesimista se encontraba en la España de la misma época, obsesionada por su atraso con respecto al resto de la Europa occidental.

La crisis global de 1808 y las independencias modificaron sensiblemente las cosas, provocando una ruptura identitaria que terminaba con la doble pertenencia de los europeos de América. Ser europeo y ser americano devino contradictorio. Los españoles americanos tuvieron que redefinir sus identidades: «Esta ruptura de la doble identidad de las elites americanas es todavía en buena medida retórica, puesto que no modifica en nada, por ahora, su pertenencia al mundo euroamericano.» Estas van a tener que dedicarse a un par de tareas enormes: fundar la nación y construir un Estado moderno. Tanto las soluciones que van a aportar como los utensilios usados, afirmaba Guerra, muestran que estamos, como siempre, ante elites del mundo euroamericano en su variante americana. No se trataba, sin embargo, de una ciega imitación de lo exterior, sino de «estrategias complejas, de variados préstamos, de combinaciones inéditas de elementos pertenecientes al fondo común de la modernidad euroamericana». Las elites latinoamericanas van a estar permanentemente en contacto con las europeas a través de intensos intercambios humanos, reforzados por la fuerte inmigración ochocentista desde el Viejo Mundo. La percepción de América Latina como periferia, surgida en la Ilustración, va a afianzarse en el siglo XIX. El efímero optimismo de los primeros años independientes se esfumó, tanto en lo que se refiere a los regímenes políticos y la nación como a la prosperidad y la educación. Los nuevos países de América estaban lejos de ocupar los primeros puestos en el concierto de las naciones, algo que la ruptura con España y el contacto directo con los países más avanzados de Europa ponían claramente de manifiesto. Se consideraban, así pues, una periferia de Occidente. De ahí que asumieran que la «civilización» solamente podía llegar del exterior, bien en forma de inmigración, bien a partir de las experiencias, ideas e instituciones de esos países de referencia. Entre los pro-

blemas, consideraba el historiador hispano-francés, el de la nación era central y presentaba en tierras americanas algunas notables diferencias en relación con Europa: sociedades más arcaicas y más heterogéneas desde un punto de vista étnico, y, asimismo, un imaginario nacional a construir, que debía referirse sobre todo a elementos autóctonos, pero en manos de unos constructores de nación en su mayoría criollos, es decir, europeos de América. Otra cuestión compleja para estas elites latinoamericanas fue, en el siglo XIX, la construcción del Estado, en la que «América latina ocupa un lugar intermedio entre los dos grandes tipos que representan el mundo anglosajón —y muy particularmente los Estados Unidos—, de un lado, y, por otro, la Francia revolucionaria». Las naciones hispanoamericanas acabaron inclinándose más por el modelo de Estado fuerte, como en Europa.

La tercera y última parte del texto se abría con unas consideraciones sobre el papel de Francia como referente principal para las elites latinoamericanas del siglo XIX. Lógicamente miraban también hacia Inglaterra, Alemania, Italia y, más tardíamente, España, pero el lugar central de Francia —más la imaginaria, sin embargo, que la real— resultaba claro, no solo por motivos de admiración, sino también por la pertenencia a un mismo tipo de modernidad y por una profunda familiaridad social y cultural. La atracción por Europa, aseveraba el autor, era compatible con la construcción de originales imaginarios nacionales y por una visión del mundo occidental compuesta por una pluralidad de naciones tanto europeas como americanas: «La pertenecía a este mundo euroamericano, a la vez uno y múltiple, explica la gran libertad que muestran los diferentes países hispanoamericanos a la hora de escoger sus fuentes de inspiración.» No se trataba, en ningún caso, de imitaciones pasivas, sino de transferencias. Añadía Guerra, en los dos párrafos finales de su contribución al volumen *Les civilisations dans le regard de l'autre*, que si la relación de América Latina con Europa aparecía en el siglo XIX como muy desequilibrada —en razón de

su ruina y traumatismo, provocados por las guerras de independencia—, ya a principios de la centuria siguiente la recuperación estaba en marcha, tanto a nivel económico y cultural como identitario. Algunos elementos van a modificar la atracción de América Latina por Europa y su imagen de centro irradiador de «civilización», desde los desastres de la Gran Guerra y la ulterior crisis de los regímenes parlamentarios hasta el auge de los Estados Unidos. Las relaciones entre ambos continentes devinieron más complejas. Si a lo largo de una centuria y media podía hablarse de centro y periferia, estas nociones resultaban cambiantes, como ha evidenciado el caso de la literatura latinoamericana, convertida en ejemplo y modelo. No se trataba de un caso único, concluía Guerra, pero sí permitía mostrar «los juegos múltiples y complejos que mantienen entre ellas las distintas partes de un mismo conjunto cultural, en nuestro caso este mundo euroamericano del que América Latina, sin ninguna duda, forma parte».

He dedicado los últimos párrafos de este escrito a resumir detalladamente el artículo del historiador hispano-francés, editado en 2002. No es una opción gratuita. Estamos ante un material singular y seminal que anunciaba y abría nuevas vías de reflexión. Desafortunadamente, sin embargo, François-Xavier Guerra no iba a poder desarrollar algunas de las ideas centrales de aquella contribución liminar sobre Euroamérica. Falleció en noviembre del mismo año 2002, tras una corta pero implacable enfermedad. Su temprana y terrible desaparición truncó, sin duda alguna, una brillante carrera. Tenía entonces cincuenta y nueve años, a un par de semanas de cumplir los sesenta—nació en Vigo, en España, en 1942—, y muchos proyectos en mente, entre los cuales un libro sobre la modernidad política en las sociedades latinoamericanas. Puede ser considerado como uno de los autores más destacados de la profunda regeneración de los estudios sobre América Latina que tuvo lugar en el último cuarto del siglo XX. A su pluma se deben un par de obras importantes, renovadoras y muy influyentes: *Le Mexique. De l'Ancien Régime à la Révolution* (1985)—fruto de su tesis de Estado,

defendida en 1983, y publicada originalmente en francés; traducida como *México: del Antiguo régimen a la Revolución—y Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas* (1992). Dirigió, en 1995, el libro colectivo *Las revoluciones hispánicas: independencias hispánicas y liberalismo español* y publicó, asimismo, numerosos artículos y contribuciones en volúmenes colectivos. Algunos de estos textos fueron reunidos póstumamente en *Figuras de la Modernidad. Hispanoamérica, siglos XIX-XX*.

En *Le Mexique. De l'Ancien Régime à la Révolution*, Guerra se ocupaba de un país, México, en las décadas anteriores a la revolución de 1910, mientras que en *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas* hacía de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX su periodo de interés esencial, en un marco hispanoamericano. En el primero se ofrecía una alternativa al determinismo del paradigma estructuralista dominante en América Latina y se mostraban las enormes posibilidades del instrumento prosopográfico, con una base de datos con más ocho mil entradas. Al tiempo, Guerra revalorizaba a los actores individuales y los grupos concretos—ni clases ni demás categorías abstractas— y repensaba, alejándose de toda teleología y de los relatos de la historia patria, la etapa del Porfiriato y la Revolución mexicana. En *Modernidad e independencias*, por su parte, se proponía un cambio sustancial en la interpretación de las independencias latinoamericanas, integrándolas en el marco de una revolución hispánica, sensiblemente distinta de las revoluciones clásicas de referencia, y asegurando que no eran una causa del proceso de hundimiento de la Monarquía católica, sino la consecuencia de lo ocurrido en 1808. Esta era la fecha clave, no 1810. Como ha destacado acertadamente Annick Lempérière, existe un antes y un después de la publicación de cada una de estas dos obras.

François-Xavier Guerra tuvo un papel destacadísimo, especialmente en lo que se refiere a América Latina, en la renovación de la historia política que tuvo lugar a partir de la década

de 1980. La historia política no había gozado de demasiada buena prensa en el mundo académico europeo y americano, con algunas lógicas excepciones –en especial, el área de lengua inglesa–, en buena parte del siglo XX. Las cortapisas de unas aproximaciones que se limitaban a las estructuras políticas, la esfera institucional y los discursos explícitos, junto con las críticas combinadas del marxismo y de la escuela de los Annales, convirtieron a la historia política en equívoca y anormal, sobre todo en medios académicos, entre las décadas de 1920 y de 1970. Nunca, empero, se dejó totalmente de practicar; el caso de México resulta, en este caso, como ha expuesto Érika Pani, ejemplar. Era sospechosa de ser conservadora y superficial para el marxismo, ya que obviaba la primacía y determinación de la infraestructura sobre la superestructura. Lo era de ser anticuada y *événementielle* para los analistas, aunque a veces se ha confundido su posición como contraria a toda historia política y no como opuesta al tipo de historia que se hacía, con algunas excepciones, a principios de siglo, esto es, historia simplemente política y diplomática. De hecho, en *Les rois thaumaturges* (1924), Marc Bloch combinaba las historias política y sociocultural, con perfil comparatista y de larga duración. Como apuntara el autor en la introducción, «lo que he querido ofrecer aquí es esencialmente una contribución a la historia política de Europa, en sentido amplio, en el verdadero sentido de la palabra». Este verdadero sentido de la palabra –*vrai sens du mot*– contenía un potencial no explotado lamentablemente en las siguientes décadas. Los trabajos sobre la sociedad feudal y la historia rural francesa del mismo autor desplazaron a los demás a un segundo plano. Algunas lecturas historiográficas de Bloch y de Lucien Febvre como una suerte de pre-marxistas –nada más alejado, me parece, de la realidad–, hicieron el resto.

Comoquiera que sea, dejando atrás el marxismo y un cierto annalismo, pero también el estructuralismo en su conjunto, las cosas cambiaron substancialmente, por lo que a la historia política se refiere, en los años ochenta, aunque puedan encontrarse ya indicios de la transformación en los anteriores. No se trataba,

en cualquier caso, de un simple «retorno», sino de maneras distintas de hacer historia política, surgidas en varias historiografías de países europeos y americanos, sin la existencia de algo parecido a una escuela –el único intento serio de crear una, aunque con planteamientos algo restrictivos, tuvo lugar entre los años ochenta y noventa, en torno a René Rémond–. Cuatro características pueden resumir los fundamentos de esta historia política renovada. Primera: el interés por la política y por lo político, integrando tanto las ideas como las prácticas, las realidades y los imaginarios, los aspectos sociales y los culturales. Lo cultural, en particular, adquiere un papel fundamental, aunque sin caer en la tentación culturalista. Algunas experiencias de los decenios precedentes no se echaron en saco roto, en especial las del marxismo británico (Eric J. Hobsbawm, Raymond Williams, Edward P. Thompson), la microhistoria italiana o las de autores de los terceros Annales, entre ellos François Furet o, sin ser declaradamente annalista, Maurice Agulhon. Segunda: un diálogo fecundo con la ciencia política, la sociología, la lingüística, la antropología o la psicología social; la interdisciplinariedad, junto con el comparatismo, resultan fundamentales. Tercera: la clara voluntad de aproximarse a los verdaderos protagonistas de la historia, los individuos, a los que se trata de devolver una presencia y una voz que habían perdido en demasía a lo largo del siglo XX; Margaret R. Somers hizo referencia, en este sentido, a una epistemología de la ausencia. Cuarta: consecuencia de las tres anteriores, la recuperación o introducción de nuevos objetos y nuevas categorías en el análisis histórico, desde las culturas políticas a las sociabilidades, sin olvidar simbologías o espacios, fiestas o conmemoraciones, procesos de politización y nacionalización, o bien conceptos, religiones políticas o lenguajes. En el marco de esta historia política, la propuesta de Guerra destacaba por su conceptualización y afán modelizador. La lectura de *Penser la Révolution française* (1978), de François Furet, resultó cardinal para François-Xavier Guerra a la hora de pensar el tránsito a la modernidad en América Latina. No obstante, como observó Hilda Sabato, lo más

decisivo iba a ser la capacidad de Guerra para combinar de forma original todas las influencias recibidas para la producción de un marco interpretativo propio a fin de tratar la historia latinoamericana.

En un volumen de homenaje *in memoriam*, aseguraba la ya citada Annick Lempérière, sucesora de su maestro en la cátedra de historia de la América Latina contemporánea de la Universidad de París I Sorbona –igualmente como él lo había sido, en 1985, de François Chevalier–, que la obra historiográfica de Guerra era relativamente poco conocida en Francia, a pesar de su matriz francesa, mientras que mantenía una «excepcional resonancia» en América Latina. Estaba en lo cierto. Sus trabajos eran deudores de la tradición historiográfica y de las ciencias sociales francesas, de Roland Mousnier, Louis Dumont o François Furet a Maurice Agulhon o el ya citado François Chevalier. Los tres últimos, junto con Pierre Chaunu y Frédéric Mauro, formaron parte de su tribunal de tesis en 1983. Lempérière aducía un par de razones sobre su limitada recepción francesa: primera, una parte de la obra del autor estaba escrita en español; segunda, la minusvaloración de América Latina en el sistema universitario galo de áreas culturales. Quizá resulte posible añadir otro par de elementos, en nada ínfimos. Aunque sólidamente instalado, primeramente, en el sistema universitario francés, Guerra no entró en las querellas historiográficas franco-francesas, reservando voluntariamente sus esfuerzos, desde Francia o sobre el terreno, para el ámbito latinoamericano. En este sentido, por ejemplo, tuvo un papel notable en la difusión de la categoría agulhoniana de sociabilidad en la historiografía americana, ya fuese de manera directa o a través de sus discípulos. En segundo lugar, sus propuestas eran un esfuerzo por huir del anglocentrismo, a veces denominado abusivamente atlantismo, pero también de una visión francocéntrica de la historia, bien arraigada. Otro posible factor, vinculado con las creencias y convicciones, tuvo, en cambio, una incidencia menor en Francia, a diferencia de lo ocurrido en España, en donde el influyente marxismo historiográfico de las décadas de 1970 y 1980 situó a

Guerra en la lista de malos malísimos a no leer, aunque sin la saña sectaria –en realidad, intolerancia y mala práctica de la historia de la historia– mostrada hacia algunos de sus referentes, como Furet. De sólidas convicciones religiosas e ideológicas, François-Xavier Guerra nunca las mezcló con la labor historiográfica –aunque ello pueda pesar a algún académico–. Su compromiso con la historia se encuentra precisamente en la base de la fecundidad de sus proposiciones y, asimismo, de su renovada actualidad. Las discusiones y el desarrollo de sus tesis y planteamientos, de las revoluciones hispánicas o los espacios públicos a la Modernidad en mayúscula, constituyen, ayer –siempre se recuerda la célebre polémica con Alan Knight de los años ochenta– como hoy, una muestra fehaciente de la permanencia de un legado historiográfico fundamental.

Guerra colaboró fructíferamente con otros historiadores latinoamericanistas, como Antonio Annino, Marie-Danielle Demélas, Mónica Quijada, Sol Serrano o Annick Lempérière, dando lugar a obras sobre la nación en el siglo XIX o sobre el espacio público –*Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX* (1988) –, en abierto y crítico debate con Jürgen Habermas. Paralelamente, hizo estancias y pronunció conferencias en distintas partes del continente americano y llevó a cabo, desde su cátedra de la Sorbona, un notable trabajo de formación y orientación de varias generaciones de estudiosos de las sociedades latinoamericanas; en los últimos años de su vida incorporó, asimismo, la España contemporánea al centro de sus intereses investigadores y, en especial, instructivos. Guerra estuvo fuertemente vinculado con esta prestigiosa institución parisina: desde 1970, evidentemente, cuando ingresó en ella como docente, pero también con anterioridad, puesto que allí hizo sus estudios universitarios. Se nacionalizó francés y obtuvo, en 1969, la agregación de historia. Era proverbial su amabilidad y atenciones con sus alumnos, doctorandos y discípulos, tanto en su seminario de París I como en las animadas charlas posteriores en el Café de l'Escholier, en la plaza de

la Sorbona, mientras se tomaba una cerveza Leff y seguía fumando. No hablo de oídas, sino por mi propia experiencia personal entre 1998 y 2002. Destacan, entre sus discípulos, los franceses Annick Lempérière, Georges Lomné, Olivier Compagnon, Véronique Hébrard, Geneviève Verdo, Frédéric Martínez o Richard Hocquellet, el chileno Francisco Javier González Ezárruriz, la mexicana Elisa Cárdenas, el colombiano Renán Silva o el brasileño Marco Morel. La lista no es ni pretende ser completa. François-Xavier Guerra dirigió, a lo largo de algo más de tres décadas, decenas de tesis y trabajos de investigación.

La propuesta sobre Euroamérica como espacio cultural común del artículo publicado en 2002 se sostiene plenamente casi un cuarto de siglo después. Algunos de sus puntos de partida, sin embargo, necesitan ser ampliados o ligeramente reformulados, tomando en consideración las novedades historiográficas y políticas en el mundo del nuevo milenio. Merece especial atención el tema de la pertenencia de América Latina a Occidente o a la civilización occidental. El historiador franco-español llamaba la atención sobre la errónea lectura intelectual de las relaciones de América Latina con Europa como de una profunda alteridad, sobre todo tras la Segunda guerra mundial, tanto desde fuera como, sobre todo, desde dentro, en la pluma de numerosos intelectuales latinoamericanos. En este último sentido, el fenómeno ha adquirido más importancia en el siglo XXI. La negación de la matriz occidental de América Latina, que Guerra vinculaba con la construcción de las identidades nacionales, se ha agrandado por la acción combinada –y, evidentemente, sincrética– de la teoría y de las prácticas políticas. Por una parte, las propuestas poscoloniales y decoloniales, en especial en las ciencias sociales –la filosofía de la liberación de Enrique Dussel y otros autores, por ejemplo–, multiculturalistas e indigenistas. De otra, los movimientos políticos influyentes o que, en algunos casos, han alcanzado el poder, manteniendo frágiles democracias o instaurando dictaduras, en países como Venezuela (Chávez, Maduro), Ecuador (Correa), Nicaragua (Ortega), México (López Obrador) o Bolivia (Evo Morales). El discurso político

de todos ellos insiste en la otredad occidental, de hoy y de ayer, como vía populista –y nacionalista– y de construcción de un enemigo real e histórico, de Cristóbal Colón a la Unión Europea o el imperio norteamericano. En un documento del IV Congreso Nacional Ordinario del Movimiento al Socialismo (MAS), liderado por Evo Morales en Bovillia, de 2001, se incluía la frase siguiente: «Se han cumplido 500 años de la presencia europea y 176 de vida republicana. Durante estos 500 años hemos estado dominados por la cosmología de la cultura occidental, dominación que no ha alcanzado ninguno de sus objetivos.» Como ha planteado Felipe Fernández-Armesto, el futuro latinoamericano no pasa por todo lo anterior, mas, por lo contrario, esto es, por más América, en su hemisférica diversidad, y por más Occidente.

Por lo que a la radical exclusión occidental de América Latina planteada desde Europa o desde Estados Unidos se refiere, que Guerra ejemplificaba en la obra de Huntington, ha tenido esta continuadores –siguió insistiendo el propio politólogo, pero debe tomarse en consideración también la galaxia Donald Trump y su obsesión por el Muro, que reactualiza en muchos casos las clásicas tesis turnianas sobre la frontera, el gran mito identitario estadounidense–, pero sobre todo ha sido abiertamente matizada o contradicha en ensayos posteriores. Es el caso, verbigracia, de *L'altro Occidente. L'America Latina dall'invasione europea al nuovo milenio*, de Marcello Carmagnani, que vio la luz en 2003, o bien del influyente libro de Niall Ferguson, *Civilization. The West and the Rest*, publicado en 2011. En el libro de Carmagnani, como se sugiere desde el mismo título, se insistía en la idea de América Latina como el otro Occidente y se planteaba, a partir de una perspectiva de larga duración, una historia de sus procesos de occidentalización entre 1492 y finales del Novecientos. Ello no significaba considerar el subcontinente como un sujeto pasivo, sino al revés. De ahí que se otorgara una gran importancia a las interacciones entre los componentes históricos: «La occidentalización de las áreas latinoamericanas se configura entonces como el producto

de la participación de todos los actores que generan fuerzas dinámicas, ya sea de aquellos que desde Europa se proyectan hacia el contexto americano, ya sea de los que se vuelcan en la escena internacional desde el subcontinente.» La occidentalización, caracterizada por dicha interactividad y sin teleologismos, no era «un fenómeno único e idéntico en el tiempo, ni es independiente de la voluntad de los protagonistas y de las dinámicas nacionales e internacionales.» Sostenía Carmagnani que se trataba de un proceso de influjo recíproco, dotado de una fuerte historicidad, multiforme y multilineal, con alternancia de aceleraciones y frenazos y, asimismo, no predeterminado por elementos ajenos a la voluntad de los actores históricos. Latinoamericanos y no, así pues, «fueron creando gradualmente la convergencia de las áreas americanas y europeas en torno a determinadas formas de comportamiento y de organización social, normas jurídicas, formas políticas y mecanismos económicos y sociales comunes, hasta llegar a la occidentalización».

La expresión «otro Occidente» no era original. Había sido utilizada, con significados no siempre coincidentes e, incluso, en algunos casos, abiertamente contradictorios, en anteriores ocasiones. Así, por ejemplo, una década antes, en 1993, el escritor y diplomático chileno Jorge Edwards argumentaba que América Latina constituía la periferia occidental, una suerte de sobrina de Occidente; el otro Occidente, en fin de cuentas. Tras criticar los nacionalismos —la cultura de los incultos, en palabras de Mario Vargas Llosa— como uno de los grandes lastres de finales del siglo XX, afirmaba: «La condición latinoamericana consiste en poder recibir la totalidad de la herencia cultural europea, sin limitación alguna, y en poder añadirle una zona de experiencias, sabidurías, tradiciones diferentes. Es la conciencia de ser otro y de formar parte, sin embargo, de Occidente.»

Niall Ferguson, por su parte, aseveraba en *Civilization. The West and the Rest* que se estaba viviendo, a principios de la actual centuria, el ocaso de quinientos años de supremacía de Occidente y la génesis de una era oriental. La clave para explicar

aquel predominio histórico no se encontraba, como en ocasiones se ha aseverado, en el imperialismo, sino en las instituciones –sin excluir las debilidades fortuitas de los rivales–. Lo que realmente distinguió a Occidente del resto del mundo, explicaba, fueron media docena de nuevos complejos de instituciones, junto con las ideas y comportamientos que los acompañaban y fundamentaban: competencia, ciencia, derechos de propiedad, medicina, sociedad de consumo y ética del trabajo. Ferguson cuestionaba en *Civilization* las tesis de Huntington sobre el choque, así como su concepto de Occidente. Aunque no lo formulara de manera explícita, América Latina formaba parte de la diversa civilización occidental que era objeto de análisis en su sugestivo ensayo. En el caso de los derechos de propiedad, el autor comparaba la América del Norte –sin México– con Latinoamérica, con clara ventaja para la primera a nivel de imperio de la ley y gobiernos representativos. Comoquiera que sea, el Occidente de Ferguson es, en todo momento, de base esencialmente anglo-estadounidense. Baste para ilustrarlo la respuesta que daba en una nota del libro a la pregunta sobre cuáles eran los textos fundacionales de la civilización occidental: además de la Biblia, citaba algunas obras de William Shakespeare –la referencia principal, «su Corán»–, Isaac Newton, John Locke, Adam Smith, Edmund Burke, Charles Darwin, Abraham Lincoln y Winston Churchill. Ni más ni menos.

Aunque François-Xavier Guerra no dedicara hasta el final de su vida un texto específico a Euroamérica, la reflexión sobre dicho espacio venía de lejos. «L’Euro-Amérique: un espace culturel commun» era el título que había dado a su seminario doctoral en la Sorbona en los años últimos. No pocas investigaciones dirigidas por Guerra o por personas próximas a él se inscribieron en el marco euroamericano –cita Olivier Compagnon las de Véronique Hébrard, Geneviève Verdo, Georges Lomné, Elisa Cárdenas, Clément Thibaud y Mathias Gardet–, rompiendo con el viejo paradigma de las influencias y mostrando, cada una a su manera, que América Latina era, sin duda alguna, parte de Occidente. De cualquier forma, resulta posible afirmar

que, más allá del seminario y de estos trabajos, el enfoque euroamericano singularizó, aunque fuera de manera implícita más que explícita, toda la obra de Guerra desde sus inicios. La voz Euroamérica aparecía tardíamente en sus textos, pero el concepto estuvo presente siempre, según Lempérière; se trataba, en definitiva, de una opción liminar y seminal de este historiador. El espacio euroamericano era histórico, al tiempo que una construcción conceptual historiográfica: un espacio-concepto. La larga duración en lo político y en lo cultural –no incompatible con el tiempo corto y acelerado de los momentos revolucionarios– y la geometría variable lo singularizan, más allá de historias nacionales y subcontinentales encerradas en sí mismas. No estamos, evidentemente, ante una simple suma de Europa y América, aunque el uso del término Euroamérica en este sentido sea una realidad en algunos ámbitos. La geografía está en función, por un lado, de los periodos o momentos estudiados, y, de otro, de las preguntas que guían las investigaciones. Si en la época moderna el espacio euroamericano coincidía con el de la Monarquía católica –y, en buena medida, aunque excepcionalmente fueran lo mismo, la portuguesa–, a partir de finales del siglo XVIII, con la revolución de 1789, Francia adquiere una enorme trascendencia y presencia, como Guerra constataba de manera explícita en el artículo de 2002. A grandes rasgos y a la espera de distintas y variables recomposiciones en el tiempo, Euroamérica integraba un espacio cultural y, sin duda, político, común en la diversidad, formado por la Europa sudoccidental y América –América Latina, esencialmente, pero sin ignorar los Estados Unidos y Canadá–, en una y otra parte del océano Atlántico. La lógica política impulsaba a Guerra a prescindir generalmente de Estados Unidos y Gran Bretaña en su concepción, pero algunos autores apuntan a la necesidad de otorgarles mayor presencia, en especial tomando en consideración las cuestiones económicas. Existía, no obstante, una especificidad que podríamos calificar, sin ninguna voluntad esencialista, como latina.

En este marco espacial, comprensivo y dinámico predominaban, en el planteamiento de Guerra, los elementos relacionales, que eran aplicados a personas, ideas, modelos, objetos, imaginarios o formas políticas: circulaciones, transferencias, interacciones, difusión, comparaciones. Estas categorías tomaban el lugar de la abusiva, unidireccional y parcialmente pasiva de influencias, cuyo grado de abstracción borraba en demasía a los actores individuales y colectivos. Transferencias significa, como bien plantearon en sus trabajos Michel Espagne y Michael Werner, contaminación, en todos los sentidos de la palabra. No implicaban, en cualquier caso, direcciones únicas en los siglos XIX y XX, a la manera de un cierto eurocentrismo, sino dobles, de un lado al otro del Atlántico y viceversa, además de las que tenían lugar entre países o regiones de un mismo continente. De hecho, así había sido ya en el siglo XVI, en plena «mundialización» ibérica, como demostrara Serge Gruzinski. La importancia de la dirección de este a oeste en las circulaciones, transferencias y modelos, en la que insistía Guerra al final de su artículo de 2002 –citaba, en concreto, la trascendencia del boom literario latinoamericano en tierras europeas– ha sido corroborada por un buen número de estudios en los últimos lustros sobre temas tan diversos como las revoluciones cubana, sandinista y bolivariana, las emigraciones y exilios, los bailes y músicas –de la bossa nova brasileña a la bachata y el reguetón–, las comidas –del ceviche peruano a las parrillas argentinas, sin olvidar la rica cocina mexicana– y bebidas (mojito, caipirinha, pisco sour, piña colada), el lacanismo o el catolicismo. De hecho, la americanización de Europa ya había sido destacada en 1975 por el ensayista y diplomático colombiano Germán Arciniegas en *América en Europa*. El peso de lo latino en los Estados Unidos recientes constituye, asimismo, una excelente muestra de bidireccionalidad. Comoquiera que sea, aunque en el planteamiento guerrista se hablara de Euroamérica para un tiempo de más de cinco siglos, era el periodo de las independencias y del tránsito a la modernidad el que adquiriría una especial trascendencia en sus trabajos. La simultaneidad, semejanza y permanente relación en

todo lo ocurrido a ambos lados del Atlántico, en este espacio euroamericano, en el primer cuarto del siglo XIX resultaba altamente significativo, desde los procesos políticos y los conflictos a la construcción de las figuras de la modernidad. Aquellos años fueron un momento intensamente euroamericano de la historia. La vía abierta por los trabajos de François-Xavier Guerra en este terreno, tanto por lo que respecta a Euroamérica como realidad en el pasado y en el presente, como en las posibilidades abiertas para el conocimiento y la comprensión históricas, puede seguir siendo continuada y explorada con resultados fructíferos. Ciertamente es que, por ahora, como afirmaba Sol Serrano, «el espacio euroamericano ha tenido más de realidad como espacio histórico que como espacio historiográfico».

2- UN MOMENTO EUROAMERICANO

El fin de siglo, al igual que los principios del siglo XIX estudiados por François-Xavier Guerra, conforma un momento plenamente euroamericano, aunque, como no podía ser de otra manera en un planteamiento abiertamente dinámico, con preguntas historiográficas, circunstancias históricas y geometrías algo disímiles. Un autor más arriba citado, Carmagnani, bautizaba el periodo entre la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio de la centuria siguiente como «el mundo euroamericano», que era caracterizado a partir de la confluencia de las dimensiones internacional y nacional. No usaba la denominación, sin embargo, en el sentido que aquí le estamos otorgando, sino con orientación simplemente geográfica. La continuidad entre principios y finales del Ochocientos resulta innegable, aunque en ocasiones se haya tendido a exagerar, para el espacio hispanoamericano, la ruptura posindependencias. No puede olvidarse, entre otras cosas más, que México fue, desde mediados de la década de 1820 hasta 1898, un país fronterizo con España a través del confín, tan real como imaginario, mexicano-cubano. España era, por aquel entonces, vecina de Francia y Portugal, pero igualmente de México. La idea de momento euroamericano

quiere sugerir que existen, en una continuidad dinámica a lo largo de más de cinco siglos, periodos en los cuales los lazos entre América Latina y la Europa occidental del sur, resultan especialmente intensos. Y, en consecuencia, merecen un abordaje cognitivo en estos términos. Como hemos visto en el apartado anterior, Euroamérica es un espacio-concepto. Personalmente desconfiado con la llamada historia atlántica, perplejo frente a las denominadas historias mundiales y escéptico con respecto a la bautizada como historia global, esta perspectiva otorga vías más equilibradas, complejas y incisivas para abordar transnacionalmente el fin de siglo. Manteniendo en la parte europea a España, Portugal y Francia, en esta etapa debe tomarse asimismo en consideración a Italia: nuevo Estado-nación, símbolo y cuna de la latinidad y cuyos habitantes circularon en gran escala hacia países del sur de América, dando lugar a otras Italias en el sur de Brasil, Uruguay o, sobre todo, en Argentina. Los efectos culturales en ambas direcciones en la media duración, al igual que ocurriera en el caso español, no desmerecen los más estrictamente poblacionales. La cronología de este momento euroamericano no es estricta ni coincide con fechas con ceros sacrosantos, además de mostrar variabilidades nacionales o regionales. Comprende la última década del Ochocientos y, frecuentemente, también la de los años ochenta, y los principios del siglo XX, con 1898 como fecha central, y afirma en todo momento su pertenencia a Occidente —lo que no excluye, está claro, ni la pluralidad identitaria, ni la fuerte presencia indígena en muchas regiones, ni de otras Áfricas, como las representadas, por ejemplo, por el candomblé brasileño—. Fin de siglo constituyó, en ambos lados del Atlántico, un periodo clave en los intentos para culminar, en cada uno de los nuevos Estados-nación nacidos en el Ochocientos —como ha recordado Tomás Pérez Vejo con pertinencia, el paso de la Monarquía católica a una veintena de nuevas naciones y estados, España incluida, representa uno de los episodios más destacados en el alumbramiento del mundo contemporáneo—, los respectivos procesos de establecimiento de límites fronterizos, tras guerras decisivas como

la del Paraguay o Triple alianza (1864-1870) o la del Pacífico (1879-1884), y control territorial interno, no exento de guerras civiles, además de los de nacionalización y politización. Circulaciones, transferencias y contaminaciones, imaginarios y modelos internacionales, no faltaron en la Euroamérica fin de siglo.

El caso de la guerra de Canudos (1896-1897), en Brasil, resulta, en este sentido, muy ilustrativo. Tuvo lugar en pleno despliegue republicano, de conformación del Estado-nación brasileño y de reconocimiento y conquista del propio e inmenso territorio. En 1889 se proclamó la República y el fin del Imperio y, solamente un año antes, se había abolido la esclavitud en el país. Brasil iba a dejar de ser la única monarquía de un continente predominantemente republicano tras las independencias. La relación entre Brasil y Portugal, a diferencia de la mantenida entre las repúblicas americanas que habían integrado la Monarquía católica, fue intensa a lo largo del Ochocientos. Compartían pasado y lengua, pero también dinastía reinante. La coincidencia entre la fecha del nacimiento de la República brasileña con el primer centenario de la Revolución francesa iba a adquirir una decisiva importancia simbólica y en el ámbito de los imaginarios. Lo favorecía el afrancesamiento de las elites, así como la fuerza del positivismo comtiano. Río de Janeiro devino un París tropical. Escribía Mario de Andrade, en 1933, que el espíritu francés «dominó colonialmente», en el terreno cultural, el Brasil de la segunda mitad del siglo XIX. Las tensiones en la cúpula republicana, entre núcleos políticos y militares –con especial activismo de los llamados, a la francesa, jacobinos– y en el poder bahiano influyeron decisivamente en las decisiones tomadas por las autoridades brasileñas para actuar contra el pueblo canudense de Belo Monte, en el sertón –sertão, en portugués– nordestino.

Esta población, en una zona de clima seco, poca vegetación –la caatinga– y sequías recurrentes, había sido erigida por Antonio Conselheiro y sus numerosos seguidores tras vagar por bastante tiempo por el sertón. Antonio Vicente Mendes Maciel, más conocido como Antonio Conselheiro, nacido en 1830, se

lanzó a deambular por estas inhóspitas tierras a continuación de algunos fracasos en negocios familiares y en el matrimonial. Practicaba un catolicismo popular, adaptado a un mundo de pobres y oprimidos, y tuvo algunos conflictos con la jerarquía de la Iglesia, acusado de practicar una religión desviada. Era uno de los muchos consejeros (conselheiros) de los que se tiene noticia, que predicaban, oraban y daban consejos en el sertón. Los conselheristas formaban ya en 1893 un grupo importante y la movilidad se hacía complicada. Aquel año, además, tuvieron un enfrentamiento en Masseté con fuerzas policiales y destruyeron las tablas con los nuevos decretos sobre impuestos. Después de estos hechos y la instalación en Canudos, empezaron a resultar un problema cada vez más serio para las autoridades: críticas a la República, al matrimonio civil, a los impuestos, defensa del emperador libertador de esclavos y profecías sobre el fin del mundo. «¿Acaso el presidente de la República cree que puede gobernar Brasil como si fuera un monarca legítimamente constituido por Dios?», se preguntaba el Conselheiro. Los habitantes del flamante pueblo –indígenas, caboclos y exesclavos, jornaleros, exbandidos y pobres de solemnidad– se sostenían con actividades económicas de supervivencia, improvisaron chozas de barro y ramas y construyeron dos iglesias, la de San Antonio o Iglesia vieja y otra, la del Buen Jesús, de mayores proporciones. Desarrollaban una religión festiva, sin milenarismo ni sebastianismo, aunque sí mesianismo. No existía propiedad privada de la tierra, pero no se trataba de una sociedad igualitaria ni pretendía serlo. Lo que igualaba a todos los moradores era la religión común. Desde 1896, con el inicio de las hostilidades, mucha gente iba a trasladarse e instalarse en Canudos. Junto con un jefe civil y otro militar, se formó una Guardia Católica, compuesta de una docena de apóstoles armados y, asimismo, la Compañía del Buen Jesús o Santa Compañía, más numerosa, con unos mil integrantes.

La llamada guerra de Canudos consistió en cuatro expediciones militares, entre 1896 y 1897. La primera tuvo lugar en noviembre de 1896, al mando del teniente Pires Ferreira, con

unos ciento veinte hombres. Llegaron en tren a Juazeiro y se dirigieron unos días después a Canudos, recorriendo los doscientos quilómetros de camino. Tras más de una semana de marcha por complicados caminos, andando, con mucho sol, inadecuadamente equipados, llegaron exhaustos. Fueron atacados en Uauá y abandonaron la idea de seguir adelante. La segunda expedición se organizó inmediatamente, a finales del mismo mes de noviembre de 1896, con el mayor Febrônio de Brito al frente. Se dirigieron a Monte Santo y desde allí siguieron con seiscientos hombres y dos cañones. Hostigados por los conselheristas y, al final, rodeados, acabaron retirándose. Ante los fracasos anteriores, el gobernador bahiano decidió pedir ayuda a las autoridades estatales. Consideraba demasiado grave ya el problema. Para dirigir la tercera expedición fue nombrado el coronel Antônio Moreira César, que llegaba precedido por su reputación de hombre expeditivo y sanguinario: el Corta-cabezas o Corta-pescuezos. Adquirió esta fama en la represión de la revolución federalista del sur de Brasil. En febrero de 1897 salieron, por mar, de Río de Janeiro en dirección a Bahía y de allí a Monte Santo y Canudos. El cuerpo expedicionario estaba compuesto por mil trescientos hombres y seis cañones Krupp. El asalto se inició el 3 de marzo, sin dar descanso a las tropas. Murió Moreira César y se produjo una desordenada retirada, que permitió a los conselheristas recuperar mucho armamento. Esta derrota generó una gran inquietud. Los periódicos tuvieron un papel fundamental. Los jacobinos exaltados aprovecharon la ocasión y exageraron el peligro que suponía Canudos para la República brasileña. En esta guerra, la manipulación política y de la opinión pública fue decisiva. En la cuarta expedición se usaron ya todos los elementos de la guerra moderna: tren, telégrafo, periódicos. Dirigió la expedición el general Artur Oscar de Andrade Guimarães. Se movilizaron unos diez o doce mil hombres, en varias levas. Para hacerse una idea de la importancia otorgada a la guerra, se debe tener en cuenta que el ejército brasileño estaba formado, en aquel entonces, por unos veinticinco mil hombres. Incluso el propio ministro de la Guerra, el

mariscal Machado Bettencourt, se instaló en Monte Santo. En esta ocasión contaban con numerosos cañones y buen abastecimiento de las tropas, con amplios efectivos, pero estrategias contradictorias. La táctica de guerrillas de los canudenses resultó efectiva. Aguantaron el sitio más de tres meses. El 27 de junio se iniciaron las hostilidades. Antonio Conselheiro falleció el 22 de septiembre—al final de la guerra, su cadáver fue desenterrado, fotografiado y el cráneo guardado para ser objeto de estudios científicos—. Todo había terminado a principios de octubre, con un pueblo totalmente arrasado y una amplísima matanza de combatientes y prisioneros. Sobre estos combates tan desiguales, trocados en masacre, escribió Euclides da Cunha: «Canudos no se rindió. Ejemplo único en toda la historia, resistió hasta el agotamiento completo. Expugnado palmo a palmo, en la precisión integral del término, cayó el día 5, al atardecer, cuando cayeron sus últimos defensores, que murieron todos. Eran cuatro apenas: ¡un viejo, dos hombres y un niño, frente a los cuales rugían rabiosamente cinco mil soldados! (...) El día 6 acabaron de destruir, deshaciéndose las casas: 5.200, cuidadosamente contadas.» Las cifras no son precisas, pero se estima que los muertos canudenses podían ascender a veinte o veinticinco mil. Casi no hubo prisioneros.

Las denuncias contra la actuación de los militares erosionaron el prestigio del ejército. Resultaba evidente, además, que el peligro monárquico y extranjero había sido una interesada construcción. Las tropas que combatieron en la zona de Canudos regresaron a sus lugares de origen sin recibir demasiado buen trato por parte del Estado brasileño. Algunos hombres, junto con sus acompañantes, se instalaron precariamente en Río de Janeiro, en lo que iba a ser la primera favela de Brasil: el Morro da Favela, conocido en la actualidad como Morro da Providência. Sostienen algunos autores que el nombre alude a una planta, la favela—espinosa, muy resistente a la sequía—, muy abundante en el sertón de Bahía. Sea como fuere, la masacre de Canudos coincidió casi en el tiempo con la que tuvo lugar en 1892 en Tomochic—o Tomóchic—, en el estado mexicano de

Chihuahua, aunque de muy menores dimensiones. El Porfiriato, al igual que la República brasileña, tenía la necesidad de controlar sus territorios propios pero lejanos de los centros de poder, ya fuera la Sierra Madre occidental o el sertón bahiano. Ambos acontecimientos, teñidos de religión popular y sangre, de escandalosas consecuencias y objeto de narración en grandes obras literarias –*Tomochic* (1893), de Heriberto Frías, verbigracia, combatiente él mismo en aquellos hechos– forman parte de un fenómeno nada excepcional en la historia de la humanidad, la muerte o crimen de masa de numerosas personas en una única vez, siempre singular aunque con rasgos comunes con otros casos identificables en el tiempo y en el espacio, además de multiforme y generador de relatos, memorias y silencios. Los Estados-nación contemporáneos y la modernidad multiplicaron las escalas de las masacres.

No resulta simple explicar las razones que llevaron al Estado brasileño a movilizar, en 1897, a la mitad de todo su ejército para combatir contra un pueblo relativamente aislado de algo más de veinte mil habitantes. La guerra de Canudos es una guerra contra Canudos. De ahí la importancia decisiva de la prensa, la opinión pública y la manipulación política. Debería profundizarse en la propuesta de Walnice Nogueira Galvão según la cual el estallido del conflicto, en 1896, derivaba de la suma del miedo de los propietarios y la Iglesia. Las emociones y, entre ellas, el miedo, tienen un papel muy importante en la historia. Sus usos políticos y sociales han sido recurrentes en el pasado y en el presente. Cuatro miedos, en sectores distintos de la sociedad brasileña de finales del siglo XIX, convergieron en la génesis de unas operaciones militares que terminaron en una tragedia. El miedo de los republicanos: ante los peligros que supuestamente se cernían sobre un nuevo régimen todavía no totalmente consolidado, que encarnaban, más imaginariamente que real, los monárquicos, los nostálgicos del Imperio y las potencias extranjeras. La rebelión federalista de Rio Grande do Sul y la revuelta da Armada en Rio de Janeiro, ambas en 1893, evo-

caron el temido fantasma del fratricidio. Los militares adquirieron un papel de primer orden en las tensiones intrarrepúblicas. El miedo de los propietarios: la abolición de la esclavitud privó a las haciendas de mano de obra, una situación agravada por el ulterior éxodo de personas hacia la zona del Vaza-Barris canudense. La falta de trabajadores más el temor a una invasión de tierras, junto con el carisma y la capacidad de atracción de Antonio Conselheiro, provocaron mucha inquietud. Hubo quejas y lamentos, por ejemplo, dirigidos al barón de Jeremoabo, que poseía más de sesenta haciendas y un ingenio y ejercía dominación política en Bahía. No estaba ausente el miedo a que, desde Canudos, se procediera a ocupar las tierras de la zona. El tema agrario era un elemento importante del conflicto en el sertón.

El miedo de la Iglesia: aunque al principio los eclesiásticos no mantuvieron malas relaciones con el Conselheiro y sus seguidores –restauraban iglesias, limpiaban cementerios–, estas se deterioraron a medida que iba aumentando el prestigio de aquel y de sus obras. Existía, en fin de cuentas, una auténtica disputa de clientelas, que acabó llevando a la jerarquía eclesiástica a intentar reimponer la ortodoxia. En 1895 se hizo público un informe elaborado por fray João Evangelista de Monte Marciano, que, junto con otro capuchino, había visitado los lugares y enfrentado a Antonio Conselheiro y los suyos. En el documento se insistía mucho en la anarquía, la insubordinación, el fanatismo y la miseria de Canudos. Toda acción estaba, en consecuencia, legitimada. Finalmente, el miedo de los moradores de Belo Monte: eran una mayoría de criaturas, ancianos y mujeres, así como de hombres mal armados, frente a unas fuerzas militares numerosas, bien preparadas –aunque ineficientemente organizadas y avitualladas, al principio, para la lucha en el sertón– y que contaban con armas modernas y cañones. Solamente la autodefensa y la táctica guerrillera, así como la fe religiosa, amortiguaron el pánico y desesperación ante ataques, muertes y destrucciones. La suma de miedos impulsó, en definitiva, a autoridades locales, regionales y estatales a la confrontación.

La gran obra de referencia sobre la guerra de Canudos es *Os sertões*, de Euclides da Cunha, publicada en 1902. El autor, que estuvo presente en el sertón nordestino en 1897, hizo un esfuerzo por comprender el fenómeno y contarlo. Las fronteras entre la historia y la literatura resultan permeables. El libro, inclasificable, mezcla de historia, geografía, sociología, geología, botánica y antropología, sigue siendo hoy todavía la contribución prístina y fundamental para la interpretación de aquellos hechos. No puede resultar sorprendente, en este sentido, que las lecturas del lugar y de los hechos se dividan frecuentemente en euclidianas y no-euclidianas. Euclides da Cunha, nacido en 1866 en una población del estado de Río de Janeiro, fue ingeniero militar y periodista. Entre 1883 y 1886 escribió *Ondas*, un conjunto de poesías de juventud dedicadas, en algún caso, a sus héroes de la historia francesa: Danton, Saint-Just, Robespierre. Gran admirador de Francia y lector de Victor Hugo y Jules Michelet, destacó como convencido republicano en el Brasil que dejaba atrás el Imperio y consolidaba un nuevo régimen a partir de 1889 y estuvo influido por el positivismo –y el evolucionismo–, aunque más en la década de los ochenta que en la siguiente. Colaboró en varios medios periodísticos, en especial, en la década de 1890, en *O Estado de S. Paulo*. Precisamente para este diario, Júlio Mesquita le encargó que cubriera como reportero la llamada cuarta expedición de la guerra del sertón bahiano y para ello solicitó, el 29 de julio de 1897, del presidente de la República Prudente de Moraes que Da Cunha fuera adscrito al Estado-mayor del ministro de la Guerra, el mariscal Carlos Machado Bittencourt. El conflicto en el nordeste brasileño había disparado las ventas de prensa, en especial en Río de Janeiro y São Paulo. *O Estado de S. Paulo*, en concreto, se ocupó abundantemente de este tema. Da Cunha salió de Río de Janeiro el 3 de agosto y llegó a Salvador de Bahía el 7, en donde permaneció hasta el día 30. De Salvador se desplazó a Monte Santo y el 16 de septiembre estaba ya en Canudos. Entre agosto y octubre de 1897 mandó a *O Estado de S. Paulo* más de treinta artículos y más de medio centenar de telegramas. Dejó los

márgenes del río Vaza-Barris el 3 de octubre, aquejado por fiebres. En aquellas semanas tomó muchas notas e hizo dibujos y croquis en un cuaderno y, asimismo, llevó un diario de su viaje al sertón bahiano. Las líneas del 7 de agosto, a su arribo a Salvador en el barco *Espíritu Santo*, en el que viajaban también dos centenares de soldados y oficiales, en algunos casos con sus familias, resultan muy interesantes: «Que nuestra *vendéia* se envuelva en un tenebroso manto de nubes, que abulte lejos como la sombra de una emboscada entre los brillos del gran día tropical que nos alienta. Lo romperá, en breve, la fulguración de la metralla, envuelta en un centellear vivísimo de espadas...» Y, acto seguido, rememorando viejos combates políticos, exclamaba como apostilla: «¡La República es inmortal!»

Da Cunha compartía hasta 1897 con muchos republicanos brasileños una lectura en clave francesa de Canudos. Incluso la cronología favorecía dicha visión, como se ha comentado supra, con una República proclamada en 1889, en pleno centenario de la Revolución francesa. Canudos era, en este sentido, «nossa Vendéia», nuestra Vendée, la Vendée brasileña. Escribió un par de artículos con el título «A nossa Vendéia», en marzo y julio de 1897, en el diario *O Estado de S. Paulo*, antes de desplazarse a Bahía. Tres paralelismos justificaban dicho enunciado. Correspondía el primero al fanatismo religioso y su instrumentalización: «Como en la Vendée, el fanatismo religioso que domina sus almas ingenuas y simples es aprovechado hábilmente por los propagandistas del Imperio.» El segundo paralelismo aludía a la complementariedad entre la valentía «bárbara y singular» de chouans y sertanejos y un terreno impracticable. Este último aspecto, destacado aquí por el autor, el de la importancia en el conflicto del paisaje, reaparecía con gran fuerza en 1902 en *Os sertões*. En ambos casos, en tercer lugar, las tropas del Estado habían sufrido reveses a manos de vendeanos y canudenses. No obstante, como en la Francia de finales del siglo XVIII, también en el Brasil de una centuria más tarde, la República iba a imponerse al final. La experiencia de Da Cunha en septiembre y octubre de 1897 en la zona del Vaza-Barris canudense cambió

profundamente sus ideas sobre la guerra brasileña finisecular. No había por ningún lado conspiraciones monárquicas ni de las viejas potencias coloniales. La mirada francesa no permitía entender nada. El libro que había proyectado bajo el título *A nossa Vendéia* iba a convertirse, en 1902, en *Os sertões*. Fue un gran éxito editorial. Da Cunha fue muy crítico con los militares brasileños y la masacre de Canudos, sin dejar nunca de considerar que había sido necesario actuar contra los «fanáticos» sertanejos, las «huestes fanáticas del Conselheiro». De la diada que presidía inicialmente sus reflexiones, civilización y barbarie –muy habitual a fines del siglo XIX y principios del siglo XX en América del sur, como muestra el cercano pero disímil caso argentino–, avanzó hacia otra conclusión en la que la barbarie estaba en ambos lados del conflicto. Los militares, teóricos garantes de la civilización promovida desde el Estado brasileño, habían sido también unos bárbaros: «Malgrado tres siglos de atraso, los lugareños no les iban en zaga en el alardear tales barbaridades.» La campaña resultó «un crimen» y como tal debía ser denunciada; no se trataba, en realidad, de una auténtica campaña, sino de una carneada (*charqueada*), una carnicería. La incompreensión del otro y la venganza ante tantas humillaciones guerreras en 1896 y 1897 estaban en la base de la aniquilación de los canudenses y el arrasamiento de Belo Monte.

Desde el mismo final de la guerra de Canudos se le dedicaron numerosos poemas y canciones, literatura de cordel, cuentos y novelas, reportajes y películas –*Guerra de Canudos* (1997), de Sérgio Rezende, por ejemplo–, pinturas y esculturas, fotografías y grabados, libros y artículos de historia y de antropología. La publicación de *Os sertões* representó, evidentemente, un momento decisivo, en 1902. Algunas obras importantes la precedieron, no obstante, como *O rei dos Jagunzos* (1899), de Manuel Benício. La lectura de *Os sertões* ha impresionado e inspirado a numerosos literatos a lo largo del siglo XX y en la centuria actual. El novelista Sándor Márai sucumbió a la fascinación tras leer el libro en Estados Unidos. Su novela *Ítélet Canudosban* [*Veredicto en Canudos*] vio la luz en 1970,

en lengua húngara, en Toronto. Entre los escritores brasileños, pueden destacarse las obras de José J. Veiga, *A casca da serpente* (1989), y de Aleilton Fonseca, *O Pêndulo de Euclides* (2009). En cualquier caso, la gran novela de Canudos es *La guerra del fin del mundo*, de Mario Vargas Llosa, de 1981. En ella se recrea, a partir de una fina relectura y reescritura de la obra de Da Cunha, combinada con numerosos materiales complementarios, una guerra que fue percibida, por unos, como el fin del mundo, y que tuvo lugar, según otros, en el fin del mundo. Como acertadamente apuntara José Miguel Oviedo, estamos ante la obra de un lector, un libro sobre un libro, la versión clásica de un clásico. Vargas Llosa repensó y reelaboró profundamente, más allá de toda supuesta transtextualidad, la obra de Da Cunha. Como él mismo ha contado en alguna ocasión, leyó *Os sertões* en portugués cuando trabajaba en la preparación de un guion para el cineasta brasileño Ruy Guerra en la década de 1970 y quedó deslumbrado. Con una perspectiva profundamente marcada por la particular coyuntura latinoamericana de los años setenta, el autor procedió a narrar el cruento conflicto fin de siglo vivido en el sertón del interior de Bahía. La escritura y los escribidores ocupan un lugar especial en esta obra de Vargas Llosa. Uno de ellos, el indefenso León de Natuba, asume la misión de fijar por escrito todas las palabras salidas de la boca del Conselheiro. Otro, Galileo Gall, que redacta artículos para algunos minúsculos y radicales medios de prensa de Europa, proyecta sus sueños revolucionarios sobre la humanidad del sertón en llamas. Finalmente, el tercer escribidor, el innominado periodista miope, es un personaje ridículo que escribe crónicas y lleva al máximo nivel su misión periodística en Canudos. Él va a llegar a comprender «la verdad» de Canudos, muy distinta de la que creía antes y que fijaba en sus artículos. El periodista, en claro homenaje al reportero que también fuera Euclides da Cunha, consigue, tras perder sus anteojos, que no son otra cosa que el trasunto de los prejuicios ideológicos y la ceguera humana, entender que la presunta civilización se torna, a veces, en barbarie con la excusa de exterminar a los bárbaros. Frente a la

voluntad de pasar página del barón de Cañabrava, el periodista se opone al olvido a través de la escritura. Las gafas deformantes impiden, ayer como hoy, el conocimiento de la realidad. La fina vista del miope, una vez liberado de los lentes, va a permitirle percibir en todas sus dimensiones la complejidad del conflicto y concluir que, en fin de cuentas, «Canudos no es una historia, sino un árbol de historias».

Una historia del Brasil fin de siglo resulta necesariamente también una historia francesa –y portuguesa, o europea–, de la misma manera que, como propuse en otro lugar, una historia de la España contemporánea no podía escapar a una historia americana a fin de resultar comprensible en sus complejidades. La perspectiva transnacional se me antoja inevitable. Mientras estallaba la guerra de Canudos, en 1896, en otra parte del inmenso territorio brasileño, en la ciudad de Manaos, se inauguraba el lujoso Teatro Amazonas. Era el 31 de diciembre. Presidió el acto el gobernador Fileto Pires Ferreira, sucesor del gran impulsor de esta y otras obras en la ciudad –el «París de las Selvas», en palabras de Auguste Plane en *L'Amazonie* (1903)–, Eduardo Ribeiro. Constituía el gran símbolo de la inmensa riqueza generada, por aquel entonces, por el caucho. Evidentemente, no exclusivamente dicho país iba a beneficiarse de este producto, que generó una auténtica fiebre y una sociedad transfronteriza entre Brasil, Colombia y Perú, así como un juego de intereses económicos en la etapa de entre siglos que conducían, en ida y vuelta, a Londres. En 1897 falleció en un accidente fluvial en el Alto Urubamba el leyendario y controvertido cauchero peruano Carlos Fermín Fitzcarrald, apodado el rey del caucho, cuya vida inspiró, muy libremente, la magnífica película de Werner Herzog, *Fitzcarraldo* (1982), con Klaus Kinski como intérprete estelar. Más adelante, la también peruana Casa Arana iba a dar lugar a grandes escándalos entre América y Europa, en donde tenía muchos intereses, tras un informe de Roger Casement, por sus métodos de explotación y por los millares de víctimas provocados, especialmente en el Putumayo. En cualquier caso, lo francés y lo europeo, en general, estaban muy visibles en el

Amazonas fin de siglo, y no solo en los vestidos comprados en París o a la moda parisina de muchas de las asistentes a las funciones del Teatro, que en muchos casos se mandaban a Europa para ser lavados, o en los modelos y materiales con los que se construyó y decoró el edificio. Esta presencia era ostensible desde años atrás, como apuntara el geógrafo y explorador Henri A. Coudreau en 1887.

La Euroamérica fin de siglo estuvo muy marcada, en su geometría e identidad, por un par de cuestiones de gran calado: la recomposición geopolítica –y económica– de los continentes americano y europeo, en el último cuarto de la centuria, y, en estrecha relación con ello, sobre todo en lo cultural, los debates sobre la latinidad. Las potencias del norte de Europa y del norte de América, especialmente Gran Bretaña y Alemania y Estados Unidos, afianzaron en el último tercio del siglo XIX su poderío económico-industrial y militar, en plena competencia, en buena parte de los casos, con los países de los distintos sures, y provocaron una auténtica recomposición de fuerzas en ambos continentes. La humillante derrota de la vieja Francia frente a la nueva Alemania en la Guerra franco-prusiana de 1870-1871 constituyó el prelude de esta nueva situación. Sus efectos fueron muy pesados –económicos, internos con la Comuna de París y territoriales, en Alsacia-Lorena– y muy duraderos, adquiriendo un peso decisivo en la Gran Guerra y el consiguiente tratado de Versalles (1919). Émile Zola iba a novelar los hechos un par de décadas después, en *La Débâcle* (1892), una obra muy leída tanto en Europa como en tierras americanas. Alemania surgía como gran potencia europea, al lado de Gran Bretaña, no solamente en lo económico, tras el proceso de unificación, sino también en lo militar y en la carrera imperialista. En enero de 1890, tras muchas tensiones anglo-portuguesas en tierras africanas, tuvo lugar el ultimátum inglés a Portugal, un memorándum mandado desde Londres a Lisboa para forzar la retirada de sus tropas de la región del lago Niassa (en la actualidad, lago Malawi) bajo amenaza de mandar un barco de guerra a la capital lusa. Impidiendo unir los territorios de Angola y Mozambique

se rompía definitivamente el sueño de un África meridional portuguesa. Fue el Ultimato, en portugués, con una mayúscula cargada de significaciones –como el llamado Desastre en el caso español, ocho años más tarde–. No pocos autores consideran este acontecimiento, vivido entonces como ultrajante, el principio del fin de la monarquía, hasta la proclamación republicana de 1910. El 1 de marzo de 1896, las tropas italianas, que intentaban extender los dominios de esta nueva potencia colonial europea, fueron estrepitosamente vencidas en la batalla de Adua por las muy bien armadas del negus abisinio Menelik II. Puede ser considerada la derrota más grave nunca sufrida por una potencia europea en una guerra de conquista colonial, según Jürgen Osterhammel. La humillación pesó durante décadas en la memoria italiana, hasta la intervención mussoliniana de 1935 en Etiopía. En 1898, en Fachoda, a las orillas del Nilo, las tropas francesas tuvieron que retirarse ante el avance de un cuerpo expedicionario inglés, dando lugar a un control por parte del Imperio victoriano sobre Sudán. La superioridad naval británica condicionó la resolución del incidente, que supuso un momento de efervescencia nacionalista y constituyó una clara derrota diplomática de una Francia inmersa en pleno affaire Dreyfus. En el marco de la pugna imperialista de las potencias europeas, el ultimátum británico a Portugal, la derrota italiana en Adua y el incidente de Fashoda acabaron de mostrar las debilidades de los Estados del sur de Europa tras la recomposición imperialista en África que siguió a la Conferencia de Berlín (1884-1885).

Al mismo tiempo, en América, eran los Estados Unidos, sobre todo tras la Guerra de Secesión, los que imponían su dominio, afianzando un poder –en puridad, la tutela continental– que iba a certificar la victoria aplastante sobre España en Cuba en 1898. La anexión de una parte de México ya quedaba atrás. A principios del siglo XX volvió a mostrar su fuerza en el asunto del canal de Panamá. Era la culminación de la famosa doctrina Monroe, formulada por este presidente estadounidense, James Monroe, en 1823. Tras la guerra de Cuba (1895-1898) –contra

los insurgentes cubanos— y la guerra hispano-estadounidense de 1898, España se vio en la obligación, tras una derrota estrepitosa, a abandonar sus últimas colonias ultramarinas: Cuba y Puerto Rico, en el Caribe, y las Filipinas y Guam, en el Pacífico. España dejó de tener presencia americana directa con la desaparición de dichos restos coloniales en plena época del imperialismo. En 1899 se vendió una parte de las islas Marianas, las Carolinas y las Palaos, en el Pacífico, a Alemania. España se convirtió en un país marginal de la Europa del sur, profundamente ensimismado a lo largo del siglo siguiente, sin que las aventuras en el norte de África pudieran cambiar sustancialmente este estado de cosas. El enfrentamiento entre una vieja potencia europea y una nueva, con victoria de esta última, iba a repetirse en 1904-1905 en la Guerra ruso-japonesa. La independencia cubana no significó, sin embargo, independencia, sino independencia de España, pero una nueva dependencia, ahora de los Estados Unidos, a través de la Enmienda Platt. Puerto Rico quedó ambiguamente integrado, hasta hoy mismo, a los Estados Unidos. Las muestras de desaprobación en el mundo latinoamericano fueron muy importantes. Panhispanismo y panamericanismo iban a chocar en los años siguientes. En el Caribe, los estadounidenses siguieron interviniendo, hasta convertirlo en una suerte de «lago americano», en lo que vinieron a denominarse las «banana wars»: Nicaragua, Costa Rica, Colombia, Panamá, Honduras, solamente hasta 1903. El affaire del canal de Panamá fue especialmente significativo, tras las presiones sobre Colombia y ulterior apoyo a la separación de Panamá de este territorio, en 1903, tras la Guerra de los Mil Días. Era una clara muestra del «antiimperialismo imperial» estadounidense evocado por Niall Ferguson. Para la potencia del norte, imperio tardío, 1898 iba a abrir la puerta a una política de intervención e influencia en toda América a lo largo del Novecientos. Fin de siglo significó, en conclusión, un cambio en los colores y en las líneas territoriales, reales e imaginarias, de los mapas de Euroamérica.

El fin de siglo constituyó, asimismo, un momento álgido en la contraposición entre razas latinas y anglo-sajonas, decadentes las primeras y pujantes las segundas. Se trataba de un conflicto cultural bien alimentado por los aspectos militares, políticos y económicos expuestos unas líneas supra. Y es, asimismo, en sentido cultural como debe leerse el término raza latina o, como aparece en algunos poemas del nicaragüense Rubén Darío –en *Salutación del optimista* (1905), por ejemplo–, «latina estirpe». Ciertamente es que darwinismo y evolucionismo sustentaban poderosamente dichas concepciones. En las páginas finales de *La Débâcle*, tras el encuentro entre Henriette y Otto mientras arde París, aseguraba Zola que los alemanes «barrerían los últimos polvos de la corrupción latina». Los países del norte habían acaparado los avances materiales, industriales, militares y científicos, pero también los culturales, intelectuales y artísticos. La superioridad de la raza estaba en el centro de las formulaciones –la educación y otros factores no faltaban–, que llevaron, desde Euroamérica, a unos a aceptar la decadencia latina –y a buscar causas y remedios– y a otros a contradecirla a partir de elementos variopintos como los valores o el catolicismo frente al protestantismo. En este marco se produjo un acercamiento de los países latinoamericanos a España, en especial después de 1898 y el crecimiento del antiyankismo, y de España a Francia, en una relación hasta entonces siempre muy lastrada por la memoria de 1808. Una de las obras de más éxito y más polémica fue *À quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons*, de Edmond Demolins, que salió a la calle en 1897, con una idea central: «el mundo anglo-sajón está hoy a la cabeza de la cultura más activa, más progresiva, más desbordante». Reeditado en muchas ocasiones, se tradujo rápidamente al inglés, alemán, español, japonés y árabe, entre otras lenguas. En España vio la luz en 1899 en versión de Santiago Alba, que redactó un largo prólogo. Se hicieron varias ediciones. Otros autores y obras destacados en los debates fin de siglo fueron los también franceses Joséphin Péladan y Léon Bazalgette –en 1903, apuntaba: «¡Cuántas veces no hemos oído repetir en los medios en

donde se agitan los problemas contemporáneos, estas fórmulas: ‘razas latinas’, ‘familia latina’, ‘inferioridad o superioridad latina’, ‘porvenir latino’! Esta fue una de las cuestiones que estuvo a la orden del día en los últimos años»—, o los italianos Giuseppe Sergi y Napoleone Colajanni.

Los análisis sobre la superioridad anglosajona y sobre la decadencia latina y, asimismo, las ulteriores contestaciones a estas tesis y la afirmación de una superioridad cultural o espiritual latina frente al materialismo o el pragmatismo nórdicos proliferaron, en libros, folletos y artículos, en la Euroamérica fin de siglo. Escritores, políticos e intelectuales españoles como Juan Valera, Marcelino Mendéndez Pelayo, Benito Pérez Galdós, Ángel Ganivet, Joaquín Costa, Miguel de Unamuno, Rafael Altamira o Clarín trataron estas cuestiones —entre panhispanismos, latinismos e hispanoamericanismos, entre razas latinas y raza hispana—, profundamente marcados por la crisis de 1898. Sostenía Galdós, en 1903: «La catástrofe del 98 sugiere a muchos la idea de un inmenso bajón de la raza y de su energía. No hay tal bajón ni cosa que lo valga.» No puede olvidarse, por otro lado, la presencia de dichos temas en una obra, convertida en clásico, como *Ariel* (1900), del uruguayo José Enrique Rodó, cuya gestación tuvo mucho que ver con el impacto de los hechos de 1898 en Cuba. *Ariel* y la juventud de América, a la que Rodó dedicó el libro, versus el monstruoso Calibán —o Caníbal—. En el mismo año, el colombiano José María Vargas Vila denunciaba —y no dejó de insistir en ello en el futuro— el «peligro yanqui» en *Ante los Bárbaros*. Otro autor que hizo alusiones a la figura shakesperiana de Calibán, el nicaragüense Rubén Darío, escribió bastantes textos, en verso o en prosa —las crónicas de *La caravana pasa* (1902), verbigracia—, sobre la decadencia y el resurgimiento latinos en los postreros años del siglo XIX y, sobre todo, en los primeros del XX. Su pieza más célebre, en donde un latinismo que era sobre todo panhispanismo confluía con la indignación ante el expansionismo y dominación estadounidense en América Latina, es «A Roosevelt», que vio la luz en 1904. El

poema fue escrito tras las intervenciones de la potencia encabezada por Theodore Roosevelt en los asuntos regionales del canal de Panamá. Por aquel entonces fungía Darío como cónsul de Nicaragua en París, nombrado por el presidente José Santos Zelaya. En la lectura del poema, lo antiestadounidense resulta aunado con una cierta decepción de alguien que había manifestado vagas expectativas sobre una solución nicaragüense para la vía transoceánica. Aparece Roosevelt en los versos como «un soberbio y fuerte ejemplar de tu raza» al frente de unos Estados Unidos «potentes y grandes»:

«Eres los Estados Unidos,
Eres el futuro invasor.
De la América ingenua que tiene sangre indígena,
Que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.»

La advertencia final del escritor modernista resultaba significativa: «Tened cuidado. ¡Vive la América española!/Hay mil cachorros sueltos del león Español.» Al año siguiente, en el primer poema, sin título, de *Los Cisnes*, Rubén Darío incluía las dos estrofas siguientes, en donde el pasado y el presente cedían el paso a la interrogación sobre el futuro:

«La América española como la España entera
Fija está en el Oriente de su fatal destino;
Yo interrogo a la Esfinge que el porvenir espera
Con la interrogación de tu cuello divino.
¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?»

El Novecientos que entonces principiaba, dejando atrás poco a poco el fin de siglo, iba a ser, en muchas de sus décadas, una centuria más americana –o, quizá, americanizada– que euroamericana. Otros espacios, otros tiempos.

LA AUTOESTIMA DE OCCIDENTE

Santiago Aurell

Catedrático de Historia Medieval

Universidad de Navarra

LA AUTOESTIMA DE OCCIDENTE

Tony Judt fue un respetado consejero de Tony Blair, a quien dotó del realismo que aportan los historiadores a los políticos. Convencido europeísta, fue además un ejemplo de intelectual comprometido socialmente. Aquejado dramáticamente de una esclerosis lateral amiotrófica, tuvo que escribir su gran obra sobre Europa (*Posguerra: Una historia de Europa desde 1945*) con la ansiedad de quien conoce ya el fin de sus días y quiere dejar un legado imperecedero. Lo consiguió. Se trata de una monumental historia reciente de Europa que tiene el ritmo de un thriller y el alcance de una enciclopedia, y que debería formar parte del plan de estudios de todos los bachilleres europeos. Después de casi mil páginas de profunda erudición y clarividente interpretación, Judt concluye:

«El siglo XX asistió a la caída de Europa en el abismo. Estados Unidos forjó el mayor ejército y China fabricó más bienes y más baratos. Pero ni Estados Unidos ni China tienen a su disposición un modelo útil susceptible de emulación universal. Al pesar de los horrores de su pasado reciente – y en gran medida a causa de ellos – ahora son los ‘europeos’ los mejor situados para

ofrecer al mundo ciertos modestos consejos sobre cómo evitar la repetición de sus propios errores. Pocos lo habrían predicho hace sesenta años, pero el siglo XXI todavía puede pertenecer a Europa» (Judt, 2005: 998).

Europa, asociada a los orígenes y el ADN de Occidente, aparece hoy día como una digna pero algo avejentada dama, algo así como alguna de esas esculturas bellísimas, de cuerpo entero, pero algo deslavazadas, inexpresivas y mutiladas, que han llegado hasta nosotros desde la Antigüedad clásica: la Venus de Milo, la Victoria de Samotracia y las Cariátides del Partenón. Su porte elegante y su mirada insabible siguen intactas, pero el paso del tiempo las ha relegado a una aparente monumentalidad estéril. Y, sin embargo, sigue ejerciendo una fascinación permanente entre sus millones de visitantes, procedentes de todas las civilizaciones, atraídos por ese algo sublime que sólo consiguen los clásicos.

Pese a su longevidad y aparente decrepitud, esas tres esculturas siguen siendo «actuales», nos siguen inspirando. Cuando leí el párrafo de Judt, pensé, una vez más, que Europa, pese a su aparente senectud, conserva una dignidad y una serenidad que debemos valorar en su justa medida y tratar de avivar, si no queremos equivocarnos en cuestiones esenciales. Pensé, asimismo, qué actual sigue siendo aquella admonición tan sabia, atribuida al célebre compositor centroeuropeo judeo-católico Gustav Mahler: «La tradición no consiste en adorar las cenizas, sino en avivar el fuego». Embelesarnos con nuestro pasado europeo, que es tan excelso, es un ejercicio tan necesario como reconfortante. Pero no basta admirarlo como se aprecia un monumento inerte, sino actualizarlo, si no queremos caer en ese vicio tan feo de la modernidad que es confundir el tradicionalismo con el sano apego a la propia tradición, esa parte del pasado que, fruto de una densa interacción de una generación a la siguiente, sigue existiendo en el presente.

1- ENTRE LA BAJA ESTIMA Y LA AUTOFLAGELACIÓN

Y, sin embargo, la reputación de Europa y de Occidente está en entredicho. Le está pasando, casi a la letra, aquello de que *quien a hierro mata, a hierro muere*, porque está sufriendo en sus carnes la misma lógica de la Leyenda Negra que ella misma arrojó hacia una de sus componentes más insignes, España. El resto de civilizaciones – Rusia, Islam y China especialmente – están aprovechando hábilmente la baja autoestima que, desde la segunda guerra mundial y los procesos concomitantes de la descolonización, se han instalado, artificial y acríticamente, entre los propios ciudadanos europeos.

No estoy muy seguro que esas otras civilizaciones estén en condiciones de dar muchas lecciones morales a Occidente, pensando en sus acciones en el pasado y en el presente. Pero incluso aceptando aquello de que *mal de muchos, consuelo de tontos*, la paradoja que me inquieta es que muchas de esas críticas provienen de intelectuales o activistas extra-occidentales. Ellos han lanzado sus ideas anti-europeas desde las universidades occidentales, porque desde sus propios centros intelectuales originarios no pueden ejercer libremente su labor. Esto ha tenido unas consecuencias bien perceptibles en la vida pública, que los propios occidentales han asumido con una frivolidad y una sumisión intelectual sobrecogedoras: desde la desmitificación de sus héroes –desde Colón a Isabel la Católica, pasando por el (hasta ahora desconocido) Fray Junípero Serra– al derribo de sus símbolos: desde sus esculturas hasta sus obras artísticas, producciones literarias y realizaciones culturales más representativas.

Y, sin embargo, ¿hay tantos motivos para que Europa y Occidente caigan en esa baja autoestima?

La realidad es que la anciana dama europea conserva todo su poder de seducción, por su patrimonio del pasado y su atracción en el presente. Basta una sencilla exploración en Google para acreditar que Europa sigue siendo el continente más visitado por los turistas de todo el mundo, el destino soñado por

emigrantes de todo el planeta (que incluso se juegan la vida, literalmente, para conseguir su ciudadanía), el territorio donde las coberturas sociales (educación obligatoria, asistencia sanitaria, cobertura de paro, pensión de jubilación) son universales, la tierra prometida para la libertad de expresión, el espacio político donde la democracia está más consolidada, el lugar donde los derechos de las minorías son más respetados, la plaza donde hay mayores índices de seguridad, y la atmósfera donde los intelectuales pueden lanzar sus ideas del tipo que sea sin temor a ser represaliados.

Además, los europeos gozan de una religión cuyo fundador decidió no inmiscuirse en los asuntos temporales (*al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*), lo que consolidó el gran legado cultural de sus tradiciones previas (Jerusalén, Atenas, Roma) y les inmunizó de la teocracia política como la de Irán, de la politización de la religión como en Rusia, o de la condena a la irrelevancia de la religión como en China. Que Europa y Occidente no están en su mejor momento es evidente, pero la realidad no es la que soñamos utópicamente, sino la que se impone a nuestro alrededor: los derechos de los que un ciudadano goza en las otras grandes civilizaciones no aguantan la mínima comparativa con los de los europeos y la mayor parte de los países occidentales.

En este texto me propongo repasar algunos de los aspectos más significativos de los orígenes, fundamentos, desarrollo y actualidad de Occidente, para tratar de recuperar un realismo y una autoestima que es más preciso que nunca en este momento en el que, según argüiré, Occidente está siendo artificialmente atacada, desde dentro y desde fuera.

2- CONFLICTO DE CIVILIZACIONES

¿Cuál es la situación actual de Occidente y cómo hemos llegado hasta aquí? Sus fundamentos se sitúan en el Oriente Medio de la Antigüedad, especialmente en Israel, pero su centro de gravedad pronto se trasladó hacia Occidente, a través de Grecia

y Europa. Este «corrimento hacia Occidente» es el que ha condicionado su propio nombre, puesto que es la única civilización que se conoce por una categoría geográfica, no por una religión, como el Islam, o por una gran nación o cultura, como China, India y Rusia. Ese deslizamiento hacia Occidente hizo que el centro de gravedad se trasladara hacia Europa, que desde la fusión entre romanos y germánicos ha sido siempre la región considerada como el ADN fundante de esta civilización.

Hace tres decenios se publicaron dos libros claves, que marcaron la posterior reflexión sobre Occidente. Francis Fukuyama publicó en 1992 –poco después de la caída del muro de Berlín y por tanto el fin de la guerra fría con el triunfo de Occidente– un libro titulado *El Fin de la Historia y el Último Hombre*. Tras ese título con resonancias apocalípticas –o más bien de categorías hegelianas– se escondía una contundente tesis sobre la hegemonía de Occidente sobre las demás civilizaciones, que ya se haría eterna. Pero sólo dos años después otro politólogo norteamericano, Samuel Huntington, echó un jarro de agua fría al diagnóstico eufórico de Fukuyama, con su libro *El choque de civilizaciones*, en el que el paraíso descrito por el politólogo japonés-norteamericano se convertía en el infierno en el que –seamos honestos– se ha convertido la geopolítica actual.

Si uno contextualiza mínimamente, se dará cuenta de las circunstancias que rodearon una y otra visión que, definitivamente, han marcado las siguientes tres décadas. Y es también evidente que Huntington es quien se ha llevado el gato al agua. Fukuyama acaba de publicar otro volumen, *El liberalismo y sus desencantados*, en el que revisa su propio diagnóstico excesivamente optimista. El problema, según Fukuyama, no es tanto el ataque que sufre Occidente de otras civilizaciones, sino sus propios desencajes: las reivindicaciones de género, los derechos de las minorías que imponen su propia ley, las dinámicas postcoloniales, la crisis de la democracia y las contradicciones del capitalismo.

Aquel Fukuyama, a quien le parecía natural que tanto Rusia, China, India y la civilización islámica abrazarían los valores occidentales de un modo espontáneo, terminó rindiéndose al diagnóstico de Huntington. Éste planteaba un escenario completamente diferente: un inevitable choque de civilizaciones, que se hizo dramáticamente visible aquel 11 de septiembre de 2001 —sólo siete años después de su acertado diagnóstico— con el atentado de las Torres Gemelas. Sólo dos decenios después, la invasión de Rusia en Ucrania confirmó los peores presagios: Occidente no sólo debía enfrentarse con el terrorismo islámico global, sino que también vería renacer la supuestamente superada guerra fría con Rusia —que ahora, además, se convertía en guerra caliente—. El reciente y enésimo brote de violentísimo enfrentamiento entre Israel y el mundo árabe no ha hecho más que confirmar los peores augurios. A eso hay que añadir la actitud expectante pero no menos amenazante de China, con su expansión en África y su recelo frente a Taiwan.

Además de los de Fukuyama y Huntington, hay un tercer diagnóstico que hay que tener muy presente en la situación actual de Occidente: los documentados volúmenes del politólogo y economista francés Thomas Piketty: *El Capital en siglo XXI* (2013) y *Capital e Ideología* (2019). El primero es una reactualización del *Capital* de Marx, en un contexto actual pero significativamente neo-marxista. El segundo es una matización del primero, puesto que se inicia con un *mea culpa* por no haber introducido una mayor contextualización histórica en su originario *Capital*. Sus tesis de fondo, adaptadas por tantos movimientos populistas en todo el mundo —pero especialmente en los países latinos— prescriben subir los impuestos para conseguir una mayor igualdad en las rentas. Muchos observadores han criticado sus obras como una interesada y forzada lectura del capitalismo tras la gran crisis financiera del 2007. Su receta es mucho más radical que la del socialdemócrata Tony Judt, y también me atrevería a decir que mucho más utópica. Los estados de bienestar de Europa no hubieran sido posibles sin una com-

binación entre el liberalismo ortodoxo y las políticas socialdemócratas aplicadas mayoritariamente por los estados europeos durante la posguerra. Cualquier radicalización hacia un liberalismo demasiado extremo conlleva un desequilibrio efectivo en las rentas y una falta de coberturas sociales universales, como sucede en Estados Unidos. Pero una apuesta radical por la intervención estatal, al estilo de los estados autoritarios como Rusia, Cuba o Corea del Norte, precipita a los países a un estado de pobreza –aunque quizás más igualitario, pero siempre «por abajo»– que no es tampoco nada halagüeño.

3- LA REALIDAD DE OCCIDENTE

Nadie mínimamente bien documentado –tanto desde el punto de vista histórico como el de la economía política– puede negar que Europa, a través de esa vía intermedia entre el liberalismo y la socialdemocracia, ha conseguido unos «estados del bienestar» que han conseguido unos estándares de igualdad y cobertura de derechos básicos –educación, sanidad, jubilación– inéditos en la historia. No habido nunca jamás una sociedad capaz de proveer sanidad y enseñanza gratuita para todos sus ciudadanos: ni la omnipresente Roma, ni la opulenta Florencia, ni incluso la brillante Viena-fin-de-siglo. La realidad no es la que nos imaginamos –o la que se imaginan los políticos–, sino la que los historiadores podemos verificar documentadamente.

Otro diagnóstico de gran interés sobre la historia y la realidad de Occidente nos lleva a la época de entreguerras. El historiador británico Christopher Dawson es uno de los líderes intelectuales de la generación de los conversos católicos ingleses de la primera mitad del siglo veinte. Su visión de Europa es algo melancólica –es la época también de *El Mundo de Ayer* (1942), de Stephen Zweig– pero su indagación sobre los fundamentos históricos de la civilización occidental, especialmente de Europa, ha cobrado más actualidad que nunca. Dawson y Zweig veían en esa civilización opulenta de la Europa de entreguerras, simbolizada por el triángulo Berlín-Viena-Praga, una

reactualización de la época clásica. Pero al mismo tiempo era un gigante con los pies de barro, puesto que había perdido buena parte de sus genuinos orígenes.

Ambos autores reflejan mejor que nadie esa nostalgia tan propia del «paraíso perdido» de una Europa que experimentaba un deslizamiento hacia los extremos –comunismo, fascismo– que llevaron a su casi autodestrucción de la segunda guerra mundial. Ese momento fue captado también maravillosamente por el compositor judío húngaro centroeuropeo Gustav Mahler, quien solía advertir que la tradición no consiste en «adorar las cenizas sino en avivar el fuego». A mí me parece una definición magnífica, ya que a día de hoy no he encontrado una mejor para no confundir la tradición con el tradicionalismo. Este es un error que se comete muy frecuentemente y que me parece que está en la base de muchos de los equívocos en forma de demolición de la memoria colectiva o de la cultura de la cancelación.

Mahler, Zweig, Dawson, y tantos otros escritores y artistas activos en Europa en los años 1920s y 1930s constituyen, a mi modo de ver, la última gran generación de intelectuales que tuvieron una idea consistente de Europa y por tanto de Occidente. Todo ello se fue al traste con la Segunda Guerra Mundial aunque, de modo sorprendente, Europa supo resurgir de sus propias cenizas y reconstruirse materialmente, aunque quizás no espiritualmente. Las civilizaciones, como las personas, cuentan con cuerpo y alma, y cuando desaparece una de las dos –la prosperidad material o la tradición que las une– están en peligro de extinción. Curiosamente, sólo la amenaza externa de otras civilizaciones igualmente expansivas como Rusia o el Islam, han hecho que la idea de Europa –a través de la UE– y de Occidente –a través de la OTAN– hayan surgido de nuevo. Por tanto, el resurgimiento de Occidente vino de nuevo desde Europa, que es la que tiene unas raíces históricas más profundas, expandidas después a otros territorios «occidentales», incorporados sucesivamente a través de la colonización, como Latinoamérica, Estados Unidos, Australia o Japón.

Sin embargo, esta reconstrucción de Occidente se ha visto seriamente dañada por una auto demolición causada por la expansión de la cultura de la cancelación impulsada desde algunas universidades norteamericanas. Con la buena intención de asegurar los derechos de las minorías étnicas, raciales, sexuales y religiosas, se están cuestionando muchos de los valores establecidos en Occidente desde sus fundamentos. Esta semilla autodestructiva se basa en una exagerada y artificialmente construida tendencia al meaculpismo. El influjo de lo políticamente correcto –que asume formas tan dogmáticas, por lo menos, que lo que quiere demoler– está generando una cortina de justificación de ruptura con la tradición que no siempre es críticamente asumida, sino acriticamente asimilada. El problema es que cualquier civilización tiende a expandirse, salvo que esté herida de muerte. La expansión en sí mismo no es un problema, porque implica una seguridad en los principios asumidos, sino más bien el modo de realizarla. Es una ironía que la única civilización que ha superado su fase más violenta –sobre todo, después del proceso autocrítico surgido de las cruzadas medievales, las colonizaciones modernas y las guerras mundiales– ahora se autoflagele con argumentaciones autolesivas que pueden llevar a su desaparición. La conveniencia de las reparaciones históricas y de la justa petición de perdón debería ser compatible con la mirada objetiva respecto a los beneficios que la modernización ha llevado a tantos pueblos extra-occidentales. En estas argumentaciones, es difícil también pasar por alto que ninguna civilización actual puede honestamente argumentar que ha tenido un pasado *limpio* de conquistas y atrocidades. La única excepción podría ser la civilización hindú, que es precisamente la más cercana a Occidente y la menos beligerante con sus postulados.

4- ENTRE LA AUTOCRÍTICA Y LA AUTOESTIMA

La autocrítica es la que ha hecho precisamente grande a Occidente, dotándola de una continua ansiedad por mejorar. En ningún otro lugar del mundo los intelectuales pueden expandir

tan libremente sus ideas, y de hecho muchas de las críticas vertidas a Occidente provienen de intelectuales islámicos, chinos, hindús y rusos que tienen posiciones estables en universidades occidentales –habitualmente norteamericanas– y que no podrían ejercer tan libremente en sus países de origen su tarea crítica. Pero cuando la autocrítica degenera en autolesión, pierde todo su sentido y corre el peligro de destruir lo que intenta mejorar.

Las reivindicaciones de pueblo, clase, nación, raza y género han sido desplegadas sucesivamente en Occidente desde finales del siglo XVIII: la primera desde la Revolución Francesa, la segunda con la revolución industrial, la tercera con la desintegración de los imperios tras la primera guerra mundial, y las dos últimas especialmente en la revolución cultural de 1968. Todas ellas han tenido su origen en Europa, y han recibido una especial acogida en Norteamérica. Ninguna otra civilización puede vanagloriarse –así «vanagloriarse»– de haber lanzado unas reivindicaciones que eran tan necesarias como complejas de asumir. Pero ahora parece que el culpable es quien las ha lanzado, y no se valora suficientemente lo que hicieron los valerosos protagonistas que las lideraron, aún a fuer de radicalizarse excesivamente y, admitámoslo, de llevar a sus postulados críticos a una excesiva (¿y quizás necesaria al principio?) utopía, como Robespierre, Marx, Martin Luther King o Simone de Beauvoir.

Todas estas luchas por instaurar los derechos de algún sector de la sociedad han tenido su «momento heroico», lo que ha legitimado esa radicalidad a la que acabo de hacer referencia. Pero la clave de su eficacia y, sobre todo, de su durabilidad, es huir de los formalismos que supone *aburguesarse* en unos derechos adquiridos, que se absolutizan y acaban dañando, a su vez, los derechos de otras minorías –o incluso mayorías– que luchan por conseguir sus derechos. Por ejemplo, las reivindicaciones de clase, institucionalizadas gracias a la creación de los sindicatos, han perdido parte de su credibilidad cuando estos se han formalizado en una estructura cuya principal reivindicación

es su propia supervivencia. El marxismo originario y clásico realizó una crítica necesaria al capitalismo, más o menos radical y más o menos utópica. Pero cuando esta ideología ha sido instrumentalizada con fines autoritarios en la política o monopolizadores en la lucha obrera, dejan de tener todo su sentido y corren el riesgo de deslegitimizar las reivindicaciones conseguidas hasta entonces. Marx construyó su *Capital* en el contexto de una galopante industrialización, en la que los trabajadores sufrían unas condiciones deplorables y muchos de ellos eran explotados vilmente: mujeres trabajando hasta el día del parto, niños con horarios de trabajo de dieciséis horas en condiciones extremas, mayores teniendo que alargar su vida laboral hasta límites insospechados, inseguridad frente a los accidentes laborales. Pero con la incorporación masiva de la clase media en muchas de las naciones occidentales, muchas de esas reivindicaciones dejaron de tener sentido, y se deberían haber acometido otras diferentes.

Lo mismo es aplicable a algunas de las necesarias –y heroicas en sus orígenes– reivindicaciones de género y postcoloniales. Una excesiva polarización entre las categorías de hombre/mujer y las de hegemónicos/sometidos puede acarrear unas consecuencias contrarias a las que se postulan. Si se extrapolan, formalizan, descontextualizan o exageran esas reivindicaciones, se corre el riesgo de lesionar los derechos de otras minorías u otras mayorías, como ha sucedido recientemente en Chile. El primer borrador de la nueva Constitución, elaborado por una Asamblea Constituyente establecida para esta tarea, ha fracasado por dotar a una minoría étnica indígena de unos derechos que pasaban por encima del reconocimiento de los derechos universales de todos los chilenos. El pueblo chileno detectó la incoherencia jurídica y rechazó el borrador de la Constitución en una votación de sufragio universal. La base de Occidente, propiciada en buena medida por el genio jurídico romano, está en buena medida fundamentada en la conciencia de que no hay privilegios en cuanto a los derechos: o son universales, o no lo son de ninguna manera.

Es obvio que las reivindicaciones sociales han sido necesarias y han traído muchos bienes para Occidente, expandidos además en todo el mundo para aquellos que las han querido incorporar a sus respectivas civilizaciones. Pero, una vez consolidadas en sus logros, el reto que afronta Occidente es que no se dejen llevar por un afán vengativo o por el resentimiento, dos sentimientos que suelen generar la violencia y las discriminaciones que ellos mismos habían denunciado en sus orígenes.

Por tanto, un fruto indeseado de esta conciencia autocrítica tan propia de Occidente es el victimismo, que se ha instalado en algunos grupos étnicos, religiosos o de género perjudicados a lo largo de la historia, y que puede llegar a ser asimismo paralizante. Las políticas de «cuotas» son habitualmente un buen instrumento de rehabilitación tras graves injusticias históricas perpetradas contra estas minorías. Pero un excesivo acantonamiento victimista puede degenerar en una paralización que puede llegar a ser peor que el activismo que originó esas reivindicaciones.

5- EL REALISMO DE LA AUTOESTIMA DE OCCIDENTE

El punto medio debería estar entre la necesaria autocrítica y el reconocimiento de la propia grandeza. Quizás lo más sublime de su historia sea la pléyade de grandes urbes que han constituido, a lo largo de los siglos, algunas de las cumbres de civilización de todos los tiempos: la Atenas de Sócrates, Platón, Fidias y Pericles; la Roma de Augusto en su momento clásico con Virgilio, Séneca y Tácito; la Florencia de los Medici con el gran triunvirato Leonardo, Miguel Ángel y Rafael; el Ámsterdam de Rubens a Rembrandt y Vermeer; el París modernista con Monet y Manet; la Viena fin de siglo con Klimt, Freud y Zweig, y el Berlín de entreguerras con la Bauhaus y el cine existencialista. Ellos han mostrado un modelo digno de seguir: una apelación a la época clásica junto con un insobornable deseo de explorar las novedades en la exploración científica y las formas artísticas.

Si Europa puede dar lecciones de algo es de fomentar una crítica interna que ha sido capaz de superar sus propias injusticias. Las cruzadas fueron superadas no por la presión externa de otras civilizaciones, sino por la valiente acción de algunos eclesiásticos cristianos que se dieron cuenta de la contradicción que suponía que una religión aliente la violencia, sea del tipo que sea, tal como lo ha puesto de manifiesto Martin Aurell en su original volumen *Cristianos contra las cruzadas* (2013). Los modernos fundamentalistas deberían tomar buena nota de esta actitud de los supuestamente intolerantes medievales.

Otro gran ámbito de la batalla cultural en Occidente son las cuestiones relacionadas con la «memoria colectiva». Si en la Edad Media prevalecía una visión tradicionalista-preterista cuya legitimación se basaba en la repetición de las acciones reveladas en el pasado (la legitimación histórica de las monarquías a través de las genealogías) y en la Modernidad se impuso una visión futurista legitimada por la confianza en el progreso (las novelas de Julio Verne), en la actualidad prevalece una visión *presentista* por encima de la medieval tradicionalista o la moderna futurista. Esto tiene como consecuencia que cualquier acercamiento al pasado se filtra según las necesidades legitimadoras del presente. Por tanto, se tiende a una descontextualización que deriva en muchas ocasiones en una flagrante distorsión, cuando no intencionada manipulación. De ahí surge el interés de los políticos por resaltar algunos eventos políticos. La guerra civil española (1936-1939) se produjo hace casi un siglo, y por tanto debería caer en la balanza de una ponderada y sistemática visión que da la historia científica; pero algunos políticos pretenden traerla de nuevo al debate público –e incluso al tribunal penal– para adentrarla en el ámbito de la «memoria colectiva» más que al de la historia. Con esto no buscan un acercamiento ponderado al conflicto, sino que consiguen recrear el ambiente polarizado –comunistas contra fascistas– en que se convirtió la guerra en su fase más violenta. Con ello, cometen la atrocidad de *actualizar* un enfrentamiento cuyo recuerdo debería constituir más un *ca-veat* que un arma política arrojadiza. Las teorías indigenistas en

Latinoamérica o la salvaje costumbre de quemar esculturas de personajes relevantes son dos manifestaciones más de este presentismo extremo que azota a Occidente. Los traumas –personales y colectivos– son para reconocerlos y rectificar, más que para reactualizarlos permanentemente con afán únicamente vindicativo. En las sociedades, es tan perjudicial la amnesia colectiva como la hipertrofia de la memoria.

Es preciso distinguir, no sólo a nivel teórico, sino también práctico, la historia, de la memoria y la tradición – esa parte del pasado que sigue estando realmente presente en la actualidad, por la vía de las fiestas, las costumbres, los hábitos colectivos. Distinguir estos tres campos dota a las sociedades de un realismo que reporta muchos beneficios y serena el debate público. Espero que se me permita acudir aquí a un recuerdo personal. En uno de los coloquios organizados por el Instituto Empresa y Humanismo (Universidad de Navarra) invitamos a Hans-Werner Sinn, un economista alemán que se hizo célebre por sus posturas radicales frente al Grexit. Durante su conferencia, hizo una defensa muy bien razonada pero también apasionada del liberalismo político y el capitalismo clásico. Al terminar, uno de los presentes hizo una defensa –igualmente apasionada y legítima– de los movimientos anticapitalistas y antisistema. Sinn, como buen alemán, le escuchó con atención. Al ser inquirido por una respuesta, se quedó un tiempo reflexionando – que a mí se me hizo eterno, por la tensión generada. Finalmente, se decidió a responder y simplemente comentó: «Y, ¿cuál es la alternativa?»

6- CONCLUSIONES: UNA TERAPIA PARA OCCIDENTE

La terapia de Occidente no es sencilla de encontrar. Pero reconocer esa complejidad –de la historia, del mundo– es un primer paso para encarar en futuro. Los otros cuatro grandes modelos existentes son claros: la violenta y autoritaria (de los dirigentes de) Rusia; el colectivismo despersonalizado de China; el clericalismo islámico que implica necesariamente el

desarrollo de políticas autoritarias laicas o eclesiásticas; y el sincretismo hindú, más respetuoso con la complejidad del mundo, pero incapaz de superar las grandes bolsas de pobreza material. Tras algunas décadas en las que el sueño de una globalización buenista pareció imponerse, se ha acabado imponiendo la soberanía de los estados y, sobre todo, el modelo civilizacional. En la base de los conflictos de Ucrania y Palestina hay unos modelos civilizacionales aparentemente irreconciliables. Se trata de conflictos mucho más complejos de comprender y atajar que los del pasado, porque no sólo se une el orgullo de las naciones, sino también el deseo de imponer un determinado modelo de vida.

El futuro de Occidente pasa por un fortalecimiento y reactualización de sus propios principios más que en un clientelismo tutelado por otras civilizaciones. Para lograr este objetivo, lo primero es recuperar la artificialmente maltrecha autoestima de Occidente. Europa puede haber perdido el capital material en manos de Estados Unidos y, cada vez más, China. Pero todavía es capaz de proveer de un único capital simbólico no sólo a Occidente sino a todo el mundo, como la decadente Atenas fue capaz de hacerlo en la antigüedad sobre todo gracias a la expansión de la cultura helenística por los diversos imperios Oriente Medio y el Imperio Romano. Hoy, Estados Unidos es para Occidente lo que Roma fue en la antigüedad, como Europa se identifica con la Atenas clásica. Pablo de Tarso era un judío entusiasmado con la civilización romana, de la que era *ciudadano*. Pero no escribía en latín sino en griego, y todo su bagaje cultural provenía del mundo helenístico de su tiempo – y por esto decidió, en un principio, restringir su predicación sólo al área de influencia griega, y sólo se decidió a dar el salto a la Europa latina por una revelación en sueños de un ciudadano macedonio que así se lo suplicó. En el momento álgido del imperio romano, Roma era no sólo heredera, sino que apreciaba y cultivaba la cultura griega-helenística. Esto nos enseña algo trascendental para el Occidente del presente: que Estados Unidos y Europa se enriquecen mutuamente por su complementariedad,

y que cualquier política de división es un error de consecuencias devastadoras.

Los retos que Europa tiene por delante son ciertamente complejos: la armonización entre diversidad y uniformidad, algo que siempre ha garantizado su grandeza; la preservación de los propios valores específicos junto a la tradicional capacidad de acogida de los inmigrantes; el cuidado de los derechos universales adquiridos (educación, sanidad, jubilación) para pasarlos intactos a las siguientes generaciones, lo que exige una política fiscal y de deuda pública realista; y la consolidación de las propias instituciones jurídicas y políticas. Pero si somos capaces de respetar y valorar nuestro patrimonio –material, artístico y espiritual– del pasado y de afrontar esos retos, seremos capaces de conseguir el desafío que lanzó Judt, y el siglo XXI todavía puede pertenecer a Europa. Pero ninguno de estos nobles objetivos será posible conseguirlos si no nos empeñamos en levantar nuestra autoestima: nuestro sublime pasado y nuestro esperanzador presente así lo exigen.

BIBLIOGRAFÍA

- Aurell, Jaume (2016): *Genealogía de Occidente: Claves del Mundo Actual*, Barcelona: Pensódro.rom.
- Dawson Christopher (2007): *Los orígenes de Europa*, Madrid: Ediciones Rialp.
- Dawson, Christopher (1960): *Ensayos acerca de la Edad Media*, Barcelona: Aguilar.
- Fukuyama, Francis (1992): *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona: Planeta.
- Fukuyama, Francis (2022): *El liberalismo y sus desencantos*, Madrid: Deusto.
- Huntington, Samuel (2015): *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona: Paidós.

- Judt, Tony (2006): *Postguerra, una historia de Europa desde 194*, Madrid: Taurus.
- Tony Judt (2013): *¿Una gran ilusión?: Un ensayo sobre Europa*, Madrid: Taurus.
- Piketty, Thomas (2014): *El capital en el siglo XXI*, Cambridge, MA: Belknap Press.
- Piketty, Thomas (2019): *Capital e ideología*, Madrid: Deusto.
- Piketty, Thomas (2021): *Breve historia de la igualdad*, Madrid: Deusto.
- Ratzinger, Josep (2021): *Una mirada a Europa*, Madrid: Rialp.
- Zweig, Stephen (2012): *El mundo de ayer: Memorias de un europeo*, Barcelona: Acantilado.
- Zweig, Stephen (2003): *El legado de Europa*, Barcelona: Acantilado.



EDICIONES
Universidad
de
Valladolid



Instituto Universitario de
Historia Simancas
Universidad de Valladolid